3 1761 09373110 7

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/ripiosacadmicos00valb

RIPIOS ACADÉMICOS.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

	Ptas.	Cs.
FE DE ERRATAS DEL NUEVO DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, (artículos firmados con el seudónimo de *Miguel de Escalada*), dos tomos . . .	6	00
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio (segunda edición).	0	50

RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, un tomo. 3 00

(Cuarta edición, publicada por LA ESPAÑA EDITORIAL, Tutor, 21, Madrid, donde podrán dirigirse los pedidos.)

EN PRENSA

CAPULLOS DE NOVELA

EN PREPARACIÓN

RATONCITO NOSEMÁS, novela.
RIPIOS VULGARES.
AGRIDULCES (políticos y literarios).
VIDA DEL BEATO JUAN DE PRADO.

LS
V1397ra

RIPIOS

ACADÉMICOS

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA.

(VENANCIO GONZÁLEZ.)

..... Stulta est clementia, cum tot ubique
Vatibus occurras.....

JUVENAL.

417619
17.11.43

MADRID
LA ESPAÑA EDITORIAL,
OFICINAS, TUTOR, 21.

Es propiedad del Editor.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

MADRID.—Imprenta de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

RIPIOS ACADÉMICOS.

I.

En los conventos de la orden de Santo Domingo se sirve la comida empezando por los novicios y acabando por el Padre Prior.

Fúndase esta práctica en una tradición venerable que aparece consignada en la *Relación de Sor Cecilia*, uno de los escritos más antiguos de la Orden.

Según el mencionado documento, un día, en vida del Santo fundador y hallándose éste en Roma, en el convento de San Sixto, sucedió que no había nada que comer en la casa.

A pesar de eso y contra las indicaciones de los hermanos, ordenó el bienaventurado Padre llamar á refectorio á la hora ordinaria, y reunida la comunidad como otros días, pronunciada por el santo la bendición de la mesa y comenzada la lectura, aparecieron de repente en el refectorio dos ángeles, en forma de gallardos mancebos, y repartieron á la

comunidad un pan blanquísimo, comenzando por las hileras inferiores hasta llegar al santo patriarca que dejaron para lo último.

Al repartir yo á los académicos el pan espiritual de la corrección, quiero imitar á los dominicos, siguiendo como ellos el ejemplo de los ángeles, por lo cual voy á comenzar por Marcelino Menéndez Pelayo, que en el refectorio de la calle de Valverde es el más joven.

Este Marcelino es un muchacho de buena memoria, que firma torcido, tartamudea un poco, y nunca se quita la capa.

Nunca; ni para entrar en el redil de los conservadores-liberales.

Pero entiéndase bien, que sólo en la edad es Marcelino inferior á sus compañeros; pues en todo lo demás, incluso en hacer versos malos, está á la misma altura que otro cualquiera.

Ya lo verán ustedes.

Como que los hace tan malos, que aun el mismo D. Juan Valera, que por cierto no los hace mejores, y que además es muy amigo suyo, no se determina á decir que son buenos.

Y eso que Marcelino se empeñaba en que lo había de decir; pues tanto significa empeñarse en que le escribiera un prólogo largo para la colección de sus *odas*, *epístolas* y *tragedias*.

Porque han de saber ustedes que con este

título ha coleccionado Marcelino sus versos, en uno de esos tomos lujosos que hace imprimir Mariano Catalina y que tiene que pagar el Estado, recogiéndolos al Ministerio de Fomento, porque el público no los compra.

¡Qué los ha de comprar, si no los quiere ni de balde! ¡Con que hasta los ejemplares que el autor y el editor regalan á los amigos van en seguida á tomar puesto perdurable en las librerías de viejo!...

Pues sí, en uno de esos volúmenes de lujo que llevan el epígrafe caprichoso de *Colección de escritores castellanos* andan las poesías, llamémoslas así, de Marcelino, precedidas de un prólogo muy largo de D. Juan Valera.

Muy largo.

Setenta y nueve páginas nada menos escribió D. Juan para probar que Marcelino es poeta, y, es claro, no pudo...

Si es que quiso; pues tampoco aparece muy claro que quisiera eficaz y verdaderamente. Porque dice unas cosas...

Lo primero que hace es contar á todo el mundo que Marcelino se empeñó en que le escribiera un prólogo y hasta en que el prólogo fuera largo, con lo cual no parece que se proponga otra cosa sino poner al autor en berlina.

Después dice:

«No me lisonjeo de que en virtud de mi elocuencia crítica he de convertir en admirador de Me-

néndez Pelayo, como poeta, á uno solo de los que como tal le niegan ó le denigran».

Más adelante añade:

«El erudito tiene memoria, y la memoria ahoga en él la fantasía y la suplanta; recuerda y no crea; imita y no inventa; repite los sentimientos é ideas de los extraños, y no siente ni piensa por sí.»

¡Cómo le pone! ¿Ven ustedes?

En otra página escribe:

«Para entender á este poeta erudito, todo lector medianamente profano necesitará, por lo menos, del auxilio de Bouillet. La dama de sus pensamientos, á quien él dirija declaraciones, ternezas ó piropos en sus coplas, se quedará á oscuras leyéndolas, como si en griego estuvieran escritas, ó bien tendrá que seguir un curso de mitología, otro de antigüedades clásicas y otro de filosofía gentílica. Y el vulgo, por último, que ni tiene para comprar el Bouillet ni sabe que existe, ni cuenta con solaz y reposo para meterse en la cabeza tanto enredo, oirá á nuestro poeta como quien oye llover.....»

¡Pues claro!

Y todavía añade D. Juan que «todo esto tiene *una parte* de verdad.»

No sea usted modesto. Diga usted que eso es la verdad pura.

Sobre que de todas maneras ha de haber quien sospeche que no se ha propuesto usted en el prólogo largo defender á Marcelino, sino *tomarle el pelo*.....

Y más al ver que cita usted como versos brillantes estas tonterías:

«Cantó Anacreon el amor y el vino,
Cual del tirano Policrates siervo;
Mas era heleno Policrates: cuna
Diérale Samos.»

Policrates—cuna... ¡Qué monada!..

Mas sea lo que quiera de la intención de don Juan y de su larguísimo prólogo, el caso es que Marcelino, á quien un apreciable francés ó ruso llamado Boris de Tannemberg acaba de clasificar como uno de nuestros tres poetas menores, no es poeta ni mayor ni menor, ni siquiera mínimo, ni nada poeta absolutamente.

Y si no, vamos á ver: ¿es esto poesía?

Vean ustedes la primera composición del libro, después de la dedicatoria. Empieza así:

«Á LA MEMORIA
DEL EMINENTE POETA CATALÁN
D. MANUEL CABANYES
MUERTO EN LA FLOR DE SU EDAD, EL AÑO 1833.
ODA.»

La señal más segura para conocer que es mala una composición en verso, es que tenga un título muy largo.

Bien recordarán ustedes, los que hayan leído los *Ripios Aristocráticos*, que lo mismo hacía el marqués de Heredia.

«A mi querido amigo Ramón Vinader, decía, con motivo de la muerte de su *inolvidable* hermano *gemelo* el Padre Francisco etc.....»

De donde se puede deducir como teorema,

que la longitud de los títulos está en razón inversa del mérito de las composiciones.

«A la memoria del *eminente* poeta *catalán* D. Manuel Cabanyes, muerto *en la flor de su edad*, el año 1833», dice Marcelino; y pone todavía, antes de comenzar á escribir por su cuenta, un renglón en griego.

Una sentencia de Menandro que dice que «el varón amado por los dioses muere pronto.»

En lo cual demuestra Marcelino sus ridículas aficiones paganas. Porque, á no tenerlas, hubiera elegido un texto cristiano que expresa el mismo pensamiento mucho más poéticamente, aquel hermoso versículo del libro de la Sabiduría (IV, 11) que dice: *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius.*

Pero en fin, vamos á la *Oda*.

Ustedes creerán que después de haber dicho en el título hasta la circustancia de que el poeta era eminente, y la de haber muerto en la flor de su edad, apenas le puede haber quedado á Marcelino que decir en los versos.

Pero ¡vaya si le ha quedado!

Empieza:

«Feliz quien nunca en la *inviolada* lira
Al poder tributó *venal* incienso,
Ni elevó al solio de opresores *viles*
Su *profanado* canto.»

Como ven ustedes, Marcelino prescinde de la rima para que no le estorbe, y aun así, en

libertad, tiene que rellenar los versos con ripios tan ripios como la *inviolada, el profanado,* el *venal* y los *viles.*

Con que si tuviera que buscar consonantes..... ¡figúrense ustedes!

Y sigue:

«¿Por qué de Horacio el *numeroso* acento?.....»

Este *numeroso* no crean ustedes que quiere decir que Horacio tenía muchos acentos; quiere decir *armonioso.*

Aunque no lo dice.

«¿Por qué de Horacio el *numeroso* acento
Adula el *sueño* al opresor del mundo?
¿Por qué, *soñada* alcurnia en *su* alabanza
Teje de Mantua el vate?»

Me parece que, aparte de la sosura general de los versos, y de la asonancia fastidiosa de *sueño* con *acento,* eso de tejer alcurnias soñadas, en alabanza no se sabe de quién, es bastante malo.

Después nos cuenta que

«Odio *patricio* y ambición *insomne*
El brazo armaron del *terrible* Alceo;
Envenenó la *Némesis plebeya*
De Béranger el alma.»

Y no me pregunten ustedes quién es la *Némesis plebeya,* porque, en conciencia, no lo he sabido nunca.

Habla luego de

«..... los dones
Que sobre ellos vertieron las sagradas
De Mnemosine hijas?»

¿Qué quienes son las *sagradas de Mnemosine hijas*?..... Tampoco lo sé bien.

Deben de ser las trasposiciones.

Luego invoca á los poetas griegos y les dice:

«Abrid del templo las *doradas* puertas.....»

¡Es claro! ¿Qué menos habían de ser que *doradas*?

«Abrid del templo las *doradas* puertas:
¡Paso al *virgen* mancebo *laletano*.....»

¿La..... le..... qué?

Seguramente no saben ustedes así de primera intención lo que es *laletano;* pero tampoco el saberlo les hace maldita la falta.

Como que es una palabra que los académicos, á petición de Marcelino, han puesto en el Diccionario, y claro es que si no fuera inútil no la hubieran puesto.

Se dirige luego Marcelino al difunto y le dice:

«Tú la belleza con afán buscaste,
Como á los griegos se mostró y latinos.....»

Pero, muchacho..... ¿tú crees que esto es poesía?....

«¡Como á los griegos se mostró y latinos!.....

¡Qué azotes de darte!

¿Y esto?

«Trajo la historia á tu *inspirada mente*
Los *claros* nombres de la edad pasada:
Un rey jurando en manos del *ardido*
Esposo de Jimena.»

¡El ardido!

¡Tú sí que estás ardido, es decir, echado á perder!

Porque esto es lo que significa *ardido*, y no valiente, que es la acepción que tú le quieres dar, y que, aun en el Diccionario académico en que corren tantas tonterías, no corre sino como anticuada.

¿Tanto te costaba haber dicho en lugar de *ardido* valiente ú osado?

Repito que merecías unos buenos azotes...

También escribió Marcelino en su primera edad una epístola á Horacio.

¡Pobre Horacio! ¿Qué daño le habría hecho?

Pero nada; el chico fué á Roma, y le pareció que no debía volverse de allá sin asestar al lírico latino unas cuantas pedradas poéticas, digo, prosaicas, en esta forma:

«Yo guardo con amor un libro viejo
De mal papel y tipos *revesados*,
Vestido de *rugoso* pergamino:
En sus hojas doquier, *por vario modo*,
De diez generaciones escolares
A la censoria *férula sujetas*,
Vese la *dura* huella señalada.....
En mal latín sentencias manuscritas
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotegmas, glosas
Y pasajes sin cuento subrayados...»

Quisiera yo coger aquí al señor Boris de Tannemberg, que tiene á Marcelino por uno de nuestros tres poetas menores; quisiera yo

cogerle aquí para preguntarle á ver si esto es poesía ni menor ni de ninguna clase.

No, señor, esto es prosa mala; pero bastante mala.

Lo mismo que esta:

«¡Adiós, adiós, monarca de la lira!.....
Triunfante se ha de alzar el libro viejo
De mal papel é *innúmeras* erratas,
Que con amor en mis estantes guardo.»

Otra composición pueril de Marcelino se titula:

«CARTA

A

MIS AMIGOS DE SANTANDER

con motivo de haberme regalado
(aquí le salió un verso improvisado)
la biblioteca graeca de Fermín Didot.»

¿Les parece á ustedes bastante título? Pues, á pesar de ser tan largo, todavía no le cabe en los versos todo lo que quiere decir, y ha tenido que llenar la composición de notas.

Que es otra gracia general de los académicos y demás versistas prosaicos.

Empieza la carta:

«*Al fin* llegaron.... desde el *turbio* Sena
Que la *varia* y *gentil* ciudad divide,
Metrópoli *lodosa* de Juliano,
Hasta los montes de Cantabria *invicta*.... »

Y así por este lodoso estilo..... académico.

Allá hacia lo último quiere hacer mención especial de cada uno de los donantes, y dice:

«¿Cómo olvidar á ti, que en rica prosa....

¡Hombre! ¿cómo *olvidar.... á ti?*

Se dice «como olvidarte á ti.»

¡Mira que no saber escribir en castellano un santanderino!....

Pero, ¡ya se ve! como escribía exprofeso para entrar en la Academia, tenía que acomodarse al gusto de la casa, para el cual la poesía consiste en decir las cosas al revés de como deben decirse.

Pues una cosa que escribió Marcelino *á la galerna del Sábado de Gloria*, es capaz de dar la castaña al más pintado. Porque empieza así:

«Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas.»

Y cuando cree uno que todo van á ser tercetos como este, que no es del todo malo, se encuentra con que sigue Marcelino diciendo:

«Tejió del roble de la *adusta* sierra
Y no de *frágil* mirto su corona,
Que ni *falerna* vid, ni *ático* olivo
Ni *siciliana* mies ornan sus campos....»

Es decir, que se va por los campos de la libertad ensartando prosaismos y dislates como otras veces.

Por cierto que llega á donde dice:

«Las sombras de sus mártires patronos,
Las de los dos celtíberos guerreros.»

Y como eso no es bastante para que se sepa quiénes son los dos guerreros celtíberos, pone llamada y nota abajo, diciendo: «San Emeterio y San Celedonio.»

Este sistema de las notas me hace recordar al baturro de la comedia *Robo en despoblado*, que después de muchas tentativas para sacar un cantar, explicando á su novia el motivo de haber tardado tanto aquella noche en ir á hablar con ella por la ventana, se decide á cantarla el siguiente:

«Aquí tienes á tu novio
Que ha venido retrasao,
Porque ha tenido que hacer
En una casa en que entrao....
á servir.»

—Esto se lo digo yo después rezao—añade el hombre tan satisfecho.

Lo mismo suelen hacer Marcelino y los demás compañeros de su maldad poética, que llamamos académicos de la Española. También dicen rezado lo que no les cabe en la medida.

Y es lástima que no se decidan á decirlo todo rezado.

Es decir, á escribir sólo en prosa.

II.

No dejarán ustedes de recordar aquellas viñetas que sobre la envoltura del chocolate de Matías López representaban en primer término un niño muy flaco, y en segundo término un niño muy gordo, con sendos epígrafes que respectivamente decían: *Antes de tomar el chocolate: Después de tomar el chocolate.*

Pues bueno: dando aquí por supuesto que aquella pintura tuviera fundamento en la realidad, hay que convenir en que el chocolate de la Academia no produce los maravillosos resultados que el de Matías López.

Porque Marcelino, que es el niño de la *docta corporación*, como la llaman todavía algunos simples, tan flaco y desmedrado está, poéticamente hablando, y tan raquítico y tan enclenque, después de haber tomado el chocolate de la Academia, como antes de que lo tomara.

En el artículo precedente hemos considerado á Marcelino antes de ser académico, es

decir, hemos examinado los versos que escribió antes de comenzar á alimentarse en la chocolatería de la calle de Valverde; y hemos visto que eran muy malos. En este vamos á examinar los que ha escrito después de tomar el académico chocolate, y verán ustedes cómo son tan malos ó peores.

Abramos el libro por la primera página después del prólogo, y nos encontraremos con una cosa que Marcelino llama *soneto-dedicatoria*, pegando estas dos palabras, una del género masculino y otra del femenino, con un guión, que tiene que hacer de aglutinante.

Y dice Marcelino:

«A tí, de ingenio y luz raudal *hirbiente*,

(Pase lo de hervir el ingenio.)

De las helenas gracias compañera,
De mis cantos daré la flor primera:
Cobre hermosura al adornar tu frente.»

Este cobre á primera vista parece metal, pero después resulta que es verbo.

Cuarteto segundo:

«No de otro modo en bosque *floreciente*,
Rudo y *sin desbastar* el leño espera,
O el mármol *encerrado* en la cantera.....»

La coma del *espera* y este verso tercero que se interpone, hacen creer á uno que el leño rudo y sin desbastar no espera cosa determinada, sino que espera... sentado, es decir, se está allí por no poder marcharse. Pero se

lleva uno un chasco al llegar al cuarto verso, porque el cuarto verso dice:

«El *sabio* impulso de escultor *valiente.*»

Es decir, que lo que el leño *espera* es el *sabio* impulso, etc. Sino que como lo mismo espera el mármol encerrado, y el autor no lo supo decir con buena sintaxis, de ahí la equivocación, y luego la sorpresa del lector al llegar al último verso.

El cual también tiene su poco de ripio.

Porque aun pasando porque el impulso del escultor haya de ser necesariamente *sabio*, siempre nos queda el último *valiente*, que es un valiente muy inoportuno, como lo suelen ser casi todos los valientes, incluso el general Martínez Campos.

¿Pero por qué el escultor ha de ser *valiente?* Vamos á ver.

Porque á Marcelino le hace falta que lo sea. Es claro; porque hizo al bosque floreciente.

Pero si el bosque, en lugar de ser floreciente, hubiera resultado *florido*, el escultor no hubiera sido valiente, sino *atrevido*, ó *ardido*, como suele decir Marcelino para que nadie lo entienda.

«Llega el artista.....»

Y llegamos nosotros á los tercetos; que se me había olvidado advertirlo.

«Llega el artista, y la materia *rinde;*
Levántase la forma vencedora
Del mármol que el cincel taja y *escinde.*»

¿Escinde? ¿Y qué es eso, dirá cualquier lector que no haya estndiado latín? Y se irá á buscar la palabreja al Diccionario de la Academia..... y no la encontrará.

Sin que en honor de la verdad haya que censurar por ello á la Academia, pues no es palabra castellana.

Es el verbo latino *scindere*, que no ha pasado al castellano, ni hace falta, porque tiene su traducción legítima en los verbos rasgar y hender; pero le hizo falta á Marcelino para concertar con *rinde*, y le puso.

Ultimo terceto:

«Corra, en la piedra, de la vida el río:»

Por mí que corra; pero conste que no entiendo una palabra, que no sé lo que quiere decir Marcelino en ese verso.

Un río de la vida que corre en una piedra, que supongo que será el mármol *escindido* más atrás... ¡Vaya! que no se entiende.

«Corra en la piedra de la vida el río:
Tú serás el cincel, noble señora,
Que labre el mármol del ingenio mío».

Pues se conoce que la noble señora no ha querido meterse á cincel; porque el ingenio de Marcelino, vamos, el ingenio poético, sigue enteramente por labrar.

Y sinó que lo diga una composición á *Lidia* que empieza:

«Almas afines hay: bésalas Jove,

Y las manda á la tierra con el sello
De divina hermandad...»

¡Qué las ha de besar Jove! Las almas las cria Dios, bobín, y nada tiene que hacer con ellas Jove ni ningún otro dios académico.

«Almas afines hay: bésalas Jove,
Y las manda á la tierra con el *sello*
De *divina* hermandad. Si no se encuentran,
Largo gemido y *sempiterno* lloro
Es su vida mortal. De vanos *sueños*...»

Etcétera. Donde, aparte de la tontería del fondo, la forma también es muy mala.

«Almas afines hay...
De divina hermandad...
En su vida mortal...»

En cinco versos libres, tres primeros hemistiquios iguales, agudos y asonantados. Y además dos asonantes finales, *sello* y *sueños*.

Ni aun versos libres, que los hace cualquiera, sabe hacer este pobre muchacho.

En otra composición, libre también, que se llama *Remember* pregunta el niño de la Academia á una dama:

«¿Consentirás al menos
Que el ritmo *vago* como el aire *libre*,
Indomeñable, *etéreo* (¡eche usté apodos!)
Que ni montes ni alcázares detienen,
Y halaga y duerme al *velador*...

¡Hombre! ¿También nos ha salido espiritista?—exclamará algún lector asustado.—Porque eso de dormir los veladores...

Pero no es eso.

«Que ni montes ni alcázares detienen,
Y halaga y duerme al *velador* tirano,
Y nada dice...»

¡Acabáramos!

Ese es el signo distintivo de la poesía académica en general, y de la de Marcelino en particular. No decir nada.

Y ahora verán ustedes cómo empieza un soneto:

«Salve, titán de la *cerúlea* frente
Sobre el *materno piélago* dormido:
De tu *férrea* garganta amo el rugido...»

¿Quién dirán ustedes que es ese titán de la frente *cerúlea* y de la garganta *férrea* dormido sobre el *piélago materno?*...

Pues el mar: el muchacho quiere que sea el mar, que ni tiene la garganta de hierro, sino de agua, ni se entiende cómo pueda dormir sobre el *piélago materno,* cuando la Academia dice que piélago, en poesía, es el mar, y por consiguiente ha tenido el mar que dormirse sobre sí mismo.

¡Cuánta simpleza!

Y todavía dice en una elegía libre:

«No sé qué vaga nube
De futura tormenta *anunciadora*
Cubrió mi frente, al encontrar perdida
De un *escoliasta* (?) en las insulsas *hojas*...

(¡Ah! vamos, en las hojas de algún otro *poema* académico... Por lo de insulsas!)

En el canto *purísimo* y *sombrío*
Del amador toscano de la nada,

(¿Quién será el amador toscano de la nada?)

Que en versos no entendidos...

(¡Hombre! Hermanos de los tuyos).

.....Y á espíritus *gentiles*
Como el tuyo, señora, reservados...»

¡Qué atrocidad! Llamar gentil á una señora...

Es verdad que puede ser que lo sea. Cuando es amiga de Marcelino, y por aquello de que Dios los cria...

Después habla de

«La fiebre, que sus huesos,
Cual indómito monstruo *contundía*...»

¡Vamos, que una fiebre contundiendo los huesos!

Y además:

«El rápido corcel del exterminio
Volando por su sangre generosa...»

¡Hombre! Por los líquidos no se puede volar; se podrá nadar á lo sumo.

Y luego un corcel volando por la sangre...

Ni á propósito se pueden ensartar mayores desatinos.

En otra composición libre, á una tal *Aglaya*, que diz que es una señora dulce, á lo menos él la llama *dulce señora*, habla de

«El *ciego* impulso de ambición *insomne*
Que *lucra maldición* en los aplausos...»

Y en otra, libre también, pero muy *libre*,

en el peor sentido de la palabra, que se titula *nueva primavera*, habla de

«Una oculta virtud *germinadora*
De nueva creación *producidora*.»

Y ofrece á su amiga inmortalizarla,

«Cual *hembra* castellana...
Como en Tíbulo, Némesis y *Delia*,
Como en Horacio, la gentil *Glicera*.
¡Ven á alumbrar mis *vigilantes* horas,
A ser la sal de mi desierta *mesa*!»

Lo que necesita sal son estos versos libres que, á más de estar llenos de asonantes inoportunos, no tienen sustancia.

¿Y qué me dicen ustedes de una *oda* que empieza:

«Ven, *septicorde* lira?»

Después de tropezar en el primer verso con este capripede, digo, *septicorde* ¿hay quien tenga valor para seguir leyendo?

Lo mismo que lo de llamar en un adónico á Venus ó á no sé quién:

«Reina bicorne.»

¿Y la traducción del himno de Prudencio en loor de los mártires de Zaragoza?

Verán ustedes:

«De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros, en la misma urna,
Fiel nuestro pueblo: á Zaragoza asiste
Gloria tan alta.»

¡Hombre, esto no es poesía, ni es nada.

Esto es como si yo dijera:

Marcelinico, que la grande llevas
Todos los días con embozos capa,
Y disparates amontonas muchos,
Vete á..... paseo.

Pero, no; no te vayas todavía, que tengo que pedirte cuenta de este otro verso sáfico que irreverentemente diriges á Santa Engracia:

«Y tus medúlas pertinaz gangrena...»

¿Te parece que las médulas de los santos han de ser *medúlas* no más que porque á ti se te antoje?.....

Y no vale enfadarse, no, ni ponerse furioso, como creo que te pusiste, hablando de mí, el año pasado, una vez que, accionando con la mano temblona y con los dedos abiertos, y trabándosete mucho la lengua, decías:

—«No escribiré la historia de la sátira en España, por no nombrarle; y se fastidiará, porque yo dejaré treinta volúmenes y él dejará cuatro libelos.....»

No, eso no conduce á nada: sosiégate, y deja todos los volúmenes que quieras; pero convéncete de que más te valdría no dejar este de los versos.

Donde, á más de las..... cosas ya señaladas, tienes una traducción muy verde de Teócrito, la del *Oaristys*, que sobre ser muy verde y muy escandalosa, es lo más soso que se ha escrito en castellano.

Como que es un diálogo imbécil entre un pastor y una pastora, que dicen:

Ella.—«No abandonarme, por los dioses *jura.*
El.—Por Pan lo juro: seguiréte aunque *huyas.*
(Se advierte que es verso libre)
Ella.—¿Tálamo harás en la paterna casa?
El.—Y establos llenos de *balantes greyes.*
Ella.—Mas, ¿qué decir á mi amoroso padre?
El.—Mi nombre díle: gustará del yerno.
Ella.—Dime tu nombre: agradaráme acaso.
El.—Dafnis, de Lycas y de Nómis hijo.
Ella.—Soy bien nacida como tú, boyero...
El.—Dí: ¿por qué tiemblas, de mis ojos lumbre?
Ella.—¿Por qué desatas la virgínea zona?
El.—En sacrificio á la de Chipre reina.....»

Y..... ya no se puede seguir; pero con lo trascrito bastará para que comprendas, ¡oh! tú, el de la Academia niño, que has echado á perder á Teócrito, y que nadie en el mundo puede tener la paciencia que es necesaria para leer esas soserías.

Como no se puede leer tampoco la traducción que has hecho del idilio de Chénier, *El ciego*, donde, tras de otros muchos giros inadmisibles, se lee:

—«Toma, y ojalá cambie tu destino,
Ellos *dijeron*: y sacando *luego*
De una de cabra piel blanca y luciente
El manjar aquel día preparado.....»

¡De una de cabra piel!.....

¡Pero hombre! ¡De una de cabra piel!....

¿Qué diría de esto el señor Boris de Tannemberg, si se enterara?

Lope de Vega, para burlarse de las trasposiciones, escribió aquella famosa de

«En una de fregar cayó caldera.»

Pero tú, ¡oh, Marcelino! has hecho en serio una trasposición aún más violenta y más ridícula que la de Lope.

Y más que todas las conocidas.

Vamos, que..... ¡De una de cabra piel!.....

Un poeta contemporáneo, mejor que tú, aunque Boris de Tannemberg no le coloque entre los tres poetas menores, cuenta que una modista amó á un veterinario,

«Que la tuvo un amor extraordinario.
Pero un día ¡oh dolor! día funesto,
De emoción el galan quedó *traspuesto*.
Y ella en aquél instante,
Por no ser menos que el sensible amante,
Una gástrica tuvo calentura.
Trasposición se llama esta figura.»

Pero también esta trasposición, hecha en broma como la de Lope, es menos violenta que la tuya,

«¡De una de cabra piel....»

En fin, Marcelino, créeme; que sólo por tu bien te lo digo: quema este libro de las *odas*, *elegias*, *tragedias* y demás, y no vuelvas á meterte á poeta.

Hazlo por tu fama.

Porque en prosa escribes bastante bien. Ya ves que soy justo. Pero los versos, los haces más feos y más cursis que el palacio de la Equitativa.

III

Trataba de casarse un joven, y el padre de la novia pedia informes de su conducta.

—No es mal muchacho—le contestó un compañero del candidato,—pero tiene un defecto bastante grave, que es el de no saber jugar á ningun juego.

—¡Hombre!—replicó el padre de la chica,—eso no me parece defecto, sino, al contrario, una buena cualidad.

—¡Cá! No, señor; es que no sabe jugar y.... juega.

Este viene á ser el caso de Alejandro Pidal.

—Tiene el defecto de no saber hacer versos, defecto que en sí no sería grave del todo. Pero el mal está en que no los sabe hacer y los hace.

Si, los hace. No se si por creer que un aspirante á personaje debe comenzar por meterse á todo, Alejandro se ha metido á hacer versos, lo menos dos veces.

Por cierto que la primera vez le salieron muy malos.

Y la otra vez peores.

La primera vez intentó escribir en verso uno de los Siete Dolores de la Virgen, y le resultó una descomposición verdaderamente dolorosa para la literatura pátria.

Por ahí anda impresa en un librejo, con otras seis, no tan malas como ella, aunque algunas no mucho menos.

Empieza así:

«Desierto está el camino de Sión, desierto
Y abandonado está.....»

¿Que les parece á ustedes del primer endecasílabo?.... *Endecasílabo*, por llamarle algo...

Pues por lo demás, en la medida se parece á aquellos versos de Estrada en *El Pistón*:

«Desde el año cuarenta y tres,
Esto lo hemos visto casi todos;
No hay necesidad de protocolos,
Todo nos ha salido al revés.»

Así mide Alejandro:

«¡Desierto está el camino de Sión, desierto!»

¡Si tendrá oido el hombre!

¡Es claro! El autor de este verso no podía menos de llegar con el tiempo á entrar en la Academia.

Con versos así se llega de seguro.

Por estos disparates se camina
De la Academia al productivo asiento....

Después de tan gallardo comenzar decía Alejandro con muchísima prosopopeya:

«....Reina la calma
En el espacio azul, y un *sol de plomo*
Rayos de fuego en su extensión derrama.

¡Qué atrocidad! ¡Un sol de plomo!.....

Lo más que se podría conceder era que el sol enviara sus rayos á plomo, y algo así debió leer Alejandro en alguna parte.

¡Pero hacer de plomo al sol!.....

¡Un sol de plomo, *derramando* rayos de fuego!.....

Y sigue:

«Muda la brisa está, muda está el ave,
Todo *gime en silencio*, todo calla.....»

¿Gemir en silencio? Eso casi no puede ser..... y gemir y callar á un tiempo no puede ser sin casi. Si todo gime, no calla todo; con que decídase V. por una de las dos cosas.

«Muda la brisa está; muda está el ave,
Todo gime en silencio, todo calla,
Y *solo allá en Jerusalem* resuena.....»
(¡Oh! ¡qué verso, Dios mío, y qué desgracia!)
«Cuando á traves del campo solitario
Una mujer, de un manto cobijada,
Seguida de un mancebo y tres mujeres.....»

(Una mujer..... seguida de tres mujeres..... se dice, seguida de otras tres, hombre.)

«*Hacia* el camino con trabajo avanza.....»

Sí, con trabajo, como hace Alejandro los versos, aunque malos.

Después habla de Dios, y dice que es

«El que *al* orbe forjó de una palabra.»

Malo es lo de la forja, que casi convierte á Dios en herrero, todo por no haber dicho en lugar de *forjó*, formó ó creó, como dice todo el mundo; pero además, no se dice que Dios formó *al* orbe, sino *el* orbe.

Verdad es que si Alejandro supiera gramática, ¿creen ustedes que hubiera llegado á académico?..... ¡Quiá! Tal vez ni siquiera á ministro.

Más abajo se expresa así hablando de Jesucristo:

«¡Con él los dos ladrones! Razón era;
Que el demonio en el mundo vil reinaba,
Y el mundo le robó, dándole al hombre
De redención la enseña sacrosanta.»

¿Quién robó el mundo? ¿A quién se le robó? ¿O fué el mundo el que robó al demonio?.....

No se entiende esto bien, y es natural que no se entienda; porque no se puede pedir claridad á un muchacho que ya estaba predestinado para académico.

Pero, según lo que parece más llano, Pidal llama en estos versos ladrón á Nuestro Señor Jesucristo.....

¡Bendito y alabado sea su nombre santísimo y adorable!

Y quiera en su infinita misericordia perdonarle á este pobre académico la irreverencia.

Sigamos, es decir que siga Alejandrito:

«Y detrás ¡ah! detrás va el pueblo, el pueblo.....»

Ha puesto dos pueblos porque para llenar el verso no bastaba uno.

«..... el pueblo, el pueblo
Que gritó ayer entusiasmado: *Hosanna*,
Y que hoy grita: *Crucifije*, mostrando.....»

¡Hombre! Esto no es verso ni cosa que lo parezca. Para que fuera verso habría que pronunciar *crucífige*, y no se dice así, sino *crucifige*, que además no se escribe con jota.

En fin, que la tal *poesía* de Alejandro es una de las mayores profanaciones que se han hecho de los sacrosantos misterios de nuestra Redención.

Y ahora verán ustedes la otra:

«Rey Alfonso: los reyes asturianos,
Al esgrimir su espada en el combate,
Con sus *heroicas* y *robustas* manos,
Besaban antes con piedad, *ufanos*,
La cruz que *le* servía de remate.»

¿A quién *le* servía de remate? ¿Al combate?

Y bueno que besaran con piedad; pero ¿por qué habían de besar *ufanos?*

Besarían humildes; sino que *humildes* no era consonante de *asturianos*, ni de *manos*; las cuales también eran *heroicas* y además *robustas* para acabar de rellenar el verso.

Otra estrofa:

«Rey Alfonso: los Reyes leoneses,
Al ceñir á su frente la corona
Desnudando *un momento* los arneses.....»

Ese momento no es en realidad un momento, sino un ripio.

A más de que eso de que desnudarán los arneses.....

Los arneses siempre estaban desnudos.

Se desnudarían los reyes de los arneses, si acaso.

> «Desnudando *un momento* los arneses
> Delante de los bravos montañeses
> *(Todo este verso es ripio con sus eses)*
> (*Poesía-Meneses*)
> Ante la cruz *ungían su persona.*»

Tampoco esto es verdad. No ungían su *persona*. Se hacían ungir.

¡Cuidado que es desgracia no acertar nunca!...

Y no conozco más hazañas poéticas de Alejandro, el cual tampoco en prosa ha escrito mucho.

Lo que ha hecho, ha sido hablar; eso sí, muchísimo.

En la Juventud Católica, en la Academia de Jurisprudencia, en la casa de Astrarena (mucha fachada y poca vivienda), cuando era redil del rebaño mestizo allí reunido con el pomposo nombre de *Unión Católica*, en el Congreso de los Diputados..... y en todas partes.

Hay quien dice que ha hablado también en la plaza de Santa Cruz, puesto encima de un coche; pero esto debe de ser una equivocación.

Le deben de haber confundido con algún otro sacamuelas.

Lo cierto es que á sus discursos se ha convenido en llamarlos brillantes, porque suelen tener períodos sin verbo, oraciones sin sujeto, y adjetivos completamente dislocados.

Por eso y porque da muchos gritos y hace muchos movimientos con la cabeza, estremeciendo las barbas, tiene fama de orador elocuente.

(A cualquier cosa llaman en las casas de huéspedes chocolate).

Y por eso también, por hablar mucho y mal, y escribir poco y peor, ha entrado en la Academia Española.

Y porque había entrado ya D. Víctor Balaguer; y después de la *pluma de gacela* el *lanzón de la legalidad* era indispensable en aquel bazar de desatinos.

Alejandro ha dicho que entraba por los méritos de su padre, pero en esto no deja de haber su poco de modestia.

Porque siendo la mejor condición para tener entrada en ese cuerpo de que forman la parte principal el conde de Cheste y el de Casa-Valencia, y el marqués de Auñon, y D. Pedro Madrazo y Mariano Catalina, la de no haber escrito nada, ó haber escrito muy poco, con tal que esto poco sea malo, es muy cierto que D. Pedro José Pidal tuvo condiciones de académico para sí y para toda su

descendencia; pero no es menos cierto que Alejandro Pidal, su hijo, aun prescindiendo de las heredadas tiene de suyo condiciones de sobra.

Como que no ha escrito en su vida más que los versos que ya conocen ustedes, y dos folletos, ambos inferiores. Uno sobre Santo Tomás, á quien, por supuesto, no entiende; y otro sobre la expulsión de los jesuitas de Francia, lleno de simplezas y de galicismos.

¡Ah! y algún mal artículo de periódico, llamando con desdén asalariados á los periodistas, cuyos padres no supieron, es decir, no quisieron llegar por el camino de la política desde promotores fiscales á millonarios.

¡Ah! y otra cosa.

También ha escrito el discurso de recepción en la Academia.

Pero este merece artículo aparte.

IV.

La cosa tiene gracia.

¡Si yo les dijera á ustedes que un académico de la lengua en vísperas de serlo oficialmente, ó sea una docena de días antes de hacer su entrada triunfal en el cobradero literario de la calle de Valverde, por decir que no tenía hiel, y por no saber bastante castellano, dijo que no tenía corazón!...

Por no saber bastante castellano ni bastante fisiología.

Pero, en fin, que no sepan fisiología los académicos de la lengua, puede pasar; ahora, que no sepan castellano... aunque no puede pasar, también pasa.

¡Vaya si pasa!

Ya tenía Alejandro Pidal, el hijo segundo de D. Pedro José, concedido por unanimidad (!!!) un asiento en la Real Academia Española de la Lengua, ya tenía escrito y hasta impreso su discurso de recepción, ya estaban fijados el día y la hora y repartidas las invitaciones para la fiesta, cuando pronunciaba

el mismo Pidal en el púlpito profano de la famosa casa de Astrarena y escribía luego en cuartillas para publicar en *La Unión*, con acento, entre otras alabanzas personales, estas palabras:

«Ahora bien, señores: yo que no tengo hiel *en el corazón*, y no por mérito propio, sino porque se me ha negado esa entraña...»

El corazón. Ya lo ven ustedes. El orador, llamémosle así, de la casa de Astrarena, confiesa que no tiene corazón, y como por otra parte debe de ser verdad, si no lo hubiera dicho sin querer, sería cosa de perdonarle su ignorancia gramatical y fisiológica, por la franqueza...

Y cuidado que una y otra ignorancia son de bulto.

Porque no saber que la hiel no está en el corazón sino en el hígado, y no saber que cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si se quiere que un verbo se refiera al primero, hay que decir *aquél*, y si se dice *éste* ó *ése* se refiere siempre al más inmediato, es cuanto se puede ignorar en estos días.

—¿Y eso es un académico?—preguntará algún lector medio asombrado.

—Sí, señor; eso es un académico, ó mejor dicho, eso son casi todos. Y desde luego este Alejandro que lo era ya electo cuando de esa manera desbarraba, lo es efectivo desde el último domingo de Abril del año 83, y cobra

sus duros correspondientes todas las noches que, por no tener otra tertulia más divertida, acude á la casita baja de la calle de Valverde á matar el tiempo... y el castellano.

Por cierto que el día que Alejandro perpetró su entrada oficial en la Academia, el salón de recepciones estaba brillante, cuajado de seda y de lujo.

Predominaba el bello sexo. Estaban allí todas ó casi todas las mujeres de los moderados, aquellas que, seguún la frase de Balmes, piden á las puertas de los templos limosna á los carlistas para sostener el culto, después que sus maridos se apoderaron de los bienes de la Iglesia que malvendieron los progresistas.

Allí estaban todas las que bailan para remediar las necesidades de los pobres... y, ¡válgame Dios, con qué entusiasmo aplaudían al neófito cuando recordaba, así por encima, las glorias de la España realista y católica!

Con el mismo entusiasmo ó casi con el mismo con que suelen aplaudir las comedias *verdes* de Dumas, hijo, ó los cantares estúpidos é impíos del ciego de *Cádiz*.

El discurso del nuevo académico, hay que hacerle justicia, tenía excelente papel y estaba lujosamente impreso.

No sé si tenía alguna otra cosa que alabar... Creo que no.

El estilo... El estilo es el hombre, suele

decirse, pero allí había que decir que el estilo era el académico.

Porque todos los que no tienen estilo, como Pidal, ó le tienen malo, escriben en el mismo estilo de la Academia.

En el primer párrafo se encuentra ya un período que dice:

«Obligar al que conmovido y absorto traspasa por primera vez estos umbrales, á usar *del magisterio* de la palabra *(¡usar del magisterio!... usar* del *uso*, como quien dice), cuando penetrado su espíritu de *la más* sincera humildad, reclama *ansioso* el *más* solemne recogimiento, sería insigne inhumanidad...»

Sería *la más* insigne inhumanidad, debiera decir para no dejar á la inhumanidad desairada ante la humildad y el recogimiento, que son cada cual *el más* en su esfera.

El segundo párrafo empieza así:

Porque á la verdad, hay cosas en la vida en que se cree y en que se espera...»

Ustedes creerán que esto *en que se cree y en que se espera es la vida*, la vida académica, por ejemplo, ó máscaritativamente pensando, la vida perdurable.....

Pues no es la vida, que son las cosas, lo cual se llega á saber un rato después, por el contexto.

El párrafo tercero y el cuarto los dedica Alejandro á hablar de sí mismo, bien, por supuesto; y el quinto, y el sexto, y el sétimo y no sé cuántos más, á hablar bien de su padre.

En este punto llegó á considerar á D. Pedro José como un gran escritor y un gran hablista, y á decir que su apellido le daba derecho á entrar en la Academia por *herencia*, con otras muchas cosas más ó menos simples, que hay que perdonarle.

Porque últimamente, si á un exministro moderado de los más funestos para la patria, no le elogiaran sus hijos, quién había de hablar en su elogio?

Á más de que también tiene razón Alejandro en proclamar su derecho hereditario para ser académico de la lengua.

Lo fué su padre que escribía y hablaba tan mal como él, por lo menos tan mal como él, lo son otros muchos que escriben y hablan lo mismo, y dirigiendo aquello el conde de Cheste, y mandando allí como rey absoluto D. Antonio Cánovas, nadie tiene mejor derecho á entrar que los malos escritores, especialmente los que también son hijos de malos escritores.

«Breve sería el cuadro que mi *diestra trazase*...» decía luego, para probar sin duda con ese *tra tra*, que, si no tiene oído, tiene facilidad de pronunciar las combinaciones más enrevesadas de letras.

Después elogiaba al conde de Guendulain, su antecesor en la silla, por haber sido consecuente *liberal*, y decía que la venida de don Alfonso «dió *felice fin* á la revolución españo-

la», lo cual venía á ser un memorial para que le hiciera ministro.

Después también jugó á los soldados. No podía menos. Alejandro el del *lanzón de la legalidad*, por lo mismo que es la antítesis perfecta del soldado, no habla nunca ni escribe sin presentarse como militar... de cartón-piedra.

«Suelto almogávar yo (decía) en la reconquista de los eternos fueros de la verdad á que asistimos, (¿asistimos á la verdad?) hecho á pelear por mi cuenta, con buena ó mala fortuna en todos los palenques.... abiertos á los mantenedores de todas las causas, nunca soñé que el tosco y mellado hierro de mi palabra, bueno sólo para esgrimido entre el humo y la sangre de los combates.....»

¡Uf!...

No mate usted más, D. Alejandro...

Nada. Díganle ustedes á este hombre que no es militar; prohíbanle ustedes hablar del hierro, y del humo, y de la sangre, y de la espada, y de todas esas cosas, y se nos muere de repente...

Mas, con todo, no hay más remedio que decírselo. No señor, D. Alejandro, no; ni usted es soldado, sino burgués, ni es usted *almogávar suelto*, sino conservador atado al capricho de Cánovas; ni peleaba usted por la reconquista de los eternos fueros de la verdad, sino por la conquista de un sillón de ministro y seis mil duros del presupuesto con

más el coche y la cesantía de treinta mil reales; ni el hierro, ni la sangre, ni el humo tienen nada que ver con usted, que no ha sufrido más humo que el de algún cigarro de dos reales.

¡Qué afán por la milicia!

Otro párrafo empieza:

«El primer aspecto con que se ofreció á mi *consideración*... fué nacido de una *observación* arrancada por la *meditación*», y todos los acabados en *ón*.

En la página 11, hay un verso mucho mejor que el primero de la composición dolorosa, seguido de otro, que aunque no está bien medido, es consonante.

Están hechos sin querer y dicen así:

«...Surgiese ante mis ojos arrobados
entre los oradores sagrados...»

Estos defectillos, casi no lo serían en un artículo de periódico escrito de prisa, porque cualquiera padece un descuido de esos; pero en un discurso de gala, escrito en seis ó siete meses, y corregido y vuelto á corregir, prueban que el autor no tiene oído ni disposición para escribir, no solamente el verso, pero ni aun la prosa castellana.

Página 12. En el espaacio de ocho líneas se encuentran las palabras *encarnación*, *manifestación*, *personificación*, *consideración*, *atención*, *ocupación*...

Todos estos ones
En ocho reglones.

¿Les parece á ustedes que el párrafo será armonioso?

En la página 15, hay un período de esta figura:

«Y la corona de Carlomagno que *se balanceaba* sobre la cabeza del nieto de Isabel la Católica *y de Maximiliano I*, mientras que Selim el Feroz *asumía* en el imperio turco el poder de los antiguos califas, *esperaba* precisamente el mismo día en que fuese coronado como Sultán en Constantinopla Solimán el Grande para ceñir en Aquisgram las sienes de Carlos V.»

Esto se llama escribir con claridad... académica.

O escribir para que no lo entienda nadie.

En la página 20 hay unos versos muy bonitos, aunque involuntarios, por el estilo de aquellos de la fábula de la ardilla y el caballo. Véanse:

«Como cuando
No bastando
Una sola
Palabra para abarcar
Toda la sublimidad...»

También tiene su poco de filosofía alemana el discurso de Pidal *junior*, tan involuntaria, caritativamente pensando, como los versos.

En la página 23 habla del «poder creador de la palabra del hombre», y en la siguiente,

después de hablar de la creación del mundo dice:

«...Así el hombre engendra su verbo en las profundidades de su mente, brota el amor de la belleza que le adorna, y la palabra en que se *encarna* esta idea, esta belleza y este amor, surge como una aparición radiante *en el silencioso seno de la nada*».

«Cuanto diciendo voy se me figura
Metafísica pura,
Puro disparatar...»

que dijo Espronceda.

Y todavía añade:

«Como de Dios se puede decir del hombre: *Dixit et facta sunt*; pues si Dios con su solo Verbo creó el universo de los seres, el hombre con sólo su palabra *ha creado un universo de ideas*, de sentimientos y determinaciones».

¿Está usted seguro?

Pagina 25:

«Mientras la tierra sea de *un solo labio* (una sola lengua) los hombres adorarán á un solo Dios, conocerán una sola verdad... cuando la confusión de las lenguas traiga consigo la dispersión de las razas, los dioses se multiplicarán...»

Majadería desmentida por la historia, pues muchos pueblos hablando una sola lengua adoraron multitud de dioses; y rechazada también por la razón, pues habiendo sido Dios el autor de la confusión de lenguas, vendría á ser el causante de la idolatría.

Inconvenientes de hablar del arquitrave.

Página 26:

«Los sauces en que mecieron suspendidas al aire sus cunas...»

En lugar de *se mecieron*, que es como se dice.

Página 34:

«San León que cierra *el paso de su botín* al bárbaro emplazado por la *cita misteriosa del destino* en el corazón enfermo del imperio, *para crugir (¿quién?)* como el azote de Dios, sobre la Europa desgraciada...»

—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—¡Y cómo si lo entiendo!—Mientes, Fabio...
Que soy yo quien lo digo y no lo entiendo.

Cuidado con *el paso de su botín...!* para crugir...

Página 56:

«Con razón ha dicho un profundo escritor que veo sentado entre vosotros, que fué en suma de suyo grande y magnífico el siglo XVI, porque condensó *en él* todos los esfuerzos públicos ó latentes de la Edad media».

La cita es de Cánovas.

El disparate no sé de quién será.

Sé que es un disparate decir de el siglo XVI que *condensó en él*, á no ser que sea en el escritor; porque siendo como parece, en el siglo, debía decir *en sí*.

Pero ¡vayan ustedes á averiguar!

Para decir ese disparate y otros mayores, tan seguros son el citante como el citado.

En la página 64 dice:

«...enlazaba *Foxo* Morcillo el genio de Platón...»

Sebastián Fox Morcillo, el egregio sevillano que escribió *De natura Philosophiæ, seu de Platonis et Aristotelis consensione*, el ilustre náufrago que, cuando volvía á España á ejercer el honroso empleo de maestro del príncipe D. Carlos para que le había nombrado Felipe II, fué víctima del furor de las olas, no se llamaba *Foxo*, se llamaba *Fox*.

¿Es que Alejandro ha visto en latín *Foxus* y lo ha traducido *Foxo?*

Sin duda este *Pidalo* y *Mono* hace lo que *El Globo*, que salió contándonos una aventura de *Cecilius*, *Calpurnius* y *Atilius*, porque así lo había leído, no en Tácito, como él decía, sino en un periódico francés.

Aunque bien puede ser que Alejandro lo tomara de Marcelino, que también incurre en la misma barbaridad, diciendo en un soneto muy malo, como todos los suyos:

«De Lulio y *Foxo* y Vives y Valencia».

Página 70:

«...hizo de la *predicación* su oficio, su única y exclusiva *ocupación*,
en la que le sorprendió,
como en su cantar al cisne,
más que las sombras de la muerte, la aurora de la inmortalidad».

¡Hombre! *¿Las sombras* le *sorprendió?*

Vaya, adiós, *Foxo*.

V.

Ustedes habrán oído decir que D. Manuel Cañete es poeta, y crítico, y hablista...

Pues han de saber ustedes que no hay tales Cañetes.

Vamos, que D. Manuel no es hablista, ni crítico, ni poeta, ni nada.

Por eso es académico.

Como hablista, me parece que habla bastante mal; creo que hasta echa pecados y todo.

Como crítico... si tuviera criterio, ya no le faltaría más que conciencia para ser un crítico aceptable.

Entiéndase que hablo de la conciencia profesional, no de la otra, porque no quiero meterme en la vida privada.

A más de que, sobre este punto, con decir que D. Manuel militó en el antiguo partido moderado, ya cualquiera sabe á qué atenerse.

Respecto á la conciencia profesional, es decir, á la conciencia que usa D. Manuel cuando ejerce de crítico, el Sr. Bonafoux averiguó

tiempo atrás que Cañete, en cuanto algún poeta tropical le envía una caja de cigarros buenos, le suelta un bombo que le aturde.

Y yo he averiguado otras dos cosas.

La primera, que D. Manuel, cuando un escritor critica, aunque sea con razón, á algún amigo suyo, por ejemplo, á alguno de esos marqueses literarios que le convidan á comer cada lunes y cada martes, se desata contra el crítico en improperios y dicharrachos, como aquellos de *erial de lo pedestre, lodazal de lo chabacano y de lo inmundo, tropa ligera del periodismo, sandeces, babosear* y otros al símil, que de seguro no habrá olvidado D. Manuel, porque le costaron una buena soba.

La segunda, que cuando el Sr. Cañete se encuentra con una obra de un amigo del todo desgraciada, como, por ejemplo, *La Pasionaria*, de D. Leopoldo Cano, no atreviéndose á decir que es buena, se calla durante mes y medio, para que el vulgo aquél de que habló Lope la aplauda y la pague en Madrid y provincias; y luego, cuando ya la crítica no hace daño al éxito, sale diciendo en *La Ilustración* que la obra es mala efectivamente.

Que es aquello que dice el refrán: «Después de la liebre ida, palos en la cama».

Por ahora no se me ocurre decir más de D. Manuel Cañete como crítico.

Como poeta... verán ustedes.

Ante todo, es de saber que el Sr. D. Ma-

nuel Cañete publicó en el año de 1859 un tomo de versos, ó de *poesías*, como él las llama, impreso en casa de Rivadeneira, con ese lujo propio de todos los libros que no sirven.

Le tengo á la vista, pues le compré ya hace años, por medio real, en una librería de desecho, donde ya he visto después otros varios ejemplares; le tengo á la vista, y vamos á estudiarle un poco.

Lo primero que se advierte hojeándole es que todas las *poesías* que contiene son de esas poesías caseras, dedicadas así... á asuntos domésticos; del mismo género de las de Marcelino y de las del marqués de Heredia, con unos títulos más largos que los de los famosos artículos de *El Tiempo* y casi tan prosaicos como las mismas composiciones.

Por ejemplo: *A D. Manuel Tamayo y Baus, con motivo de los aplausos de que es objeto en Madrid su admirable drama histórico titulado* La locura de amor, *soneto.*

Otro ejemplo:

A D. Manuel Hoyos-Limón, insigne médico sevillano, y autor de El espíritu del hipocratismo en su evolución contemporánea, *soneto.*

Otro:

Al pueblo español, al ir S. M. la Reina á presentar en el templo la augusta Princesa de Asturias, después del inicuo atentado del día 2 de Febrero, soneto.

Otro:

Lodart. Al director de un semanario de Montpeller, por haber dado á luz un elogio de este eminente profesor, gloria de la medicina contemporánea, epístola.

Y así, por este estilo. ¿Qué poesía se ha de guarecer debajo de estos títulos tan largos?

Ahora, tras de estos ejemplos de títulos, pondré también algunos ejemplos de versos.

Verbigracia:

Escribe D. Mannel Cañete á D. Manuel Tamayo una *epístola,* y le dice de buenas á primeras:

«Caro Manuel, los bienes de la vida
Son cual humo fugaz; un solo instante
Desata el rayo y el granizo, y *tal...*»

¿Qué les va á ustedes pareciendo?

Advierto que D. Manuel no dice *y tal,* aunque lo debía decir. Después de esos dos versos y tres cuarterones, no cabe decir otra cosa.

Pero D. Manuel dice «y tala».

«Desata el rayo y el granizo, y tala».

Ese *tala* parece otra cosa así como el rayo y el granizo; pero es un verbo que atornilla luego D. Manuel al verso siguiente.

Porque la gracia de estos versos que llaman libres, diz que está—ó estaría si la tuvieran, —en quebrarse á lo mejor y dejar al que lee medio asustado.

Unos se quiebran por el medio, y otros por

cerca de la punta, cuando parece que van á acabarse.

Son unos versos que, cuando están bien carpinteados como los de D. Leandro Moratín; ¡parecen tan monos y tan ridículos!...

Conque cuando son de D. Manuel... ¡figúrense ustedes!

«Desata el rayo...

Que no estaba atado; pero, en fin...

Desata el rayo y el granizo—y tala
El florido verjel.—Así las glorias
De la esperanza y del amor.—En vano...
La segur embotar.—En el lindero
De lo finito y lo infinito,—sombras
Y dudas sólo *la del hombre* encuentra
Inteligencia limitada;—y cuanto...»

Sí. ¡Y cuánto tropezón! Como que todos estos versos se vienen á reducir á tropezones, con alguna trasposición risible, como esa de *la del hombre encuentra*, que hace comenzar á pensar si *la del hombre* será la sombra que que queda arriba, hasta que luego se descubre que es *la del hombre inteligencia.*

Más adelante se ensaña D. Manuel con una muerta, diciendo:

«Cuando el rayo divino se apagaba
En sus quebrados ojos...»

¡Qué barbaridad!

¡Pobre difunta!

Mire usted que haberla quebrado los ojos así... por gusto.

Y todavía sigue... preguntando:

«Pero ¿dónde me arrastra la memoria
De tan negras imágenes, y dónde
Conforto hallar para dolor tan?...»—*(Pero
¿Con qué diablos se come ese conforto?
Preguntarán ustedes. ¿Con cuchiaro?...)*

Dejémosle que diga otro poquito:

«Yo así también en misterioso lazo
De ignota afinidad, salvo en las horas
De profunda abstracción...»

¡Qué! Escuchen ustedes:

«.....Salvo en las horas
De profunda abstracción, el de la vida
Desconocido límite.—Yo en alas...»

¡Valientes alas! Para ser tan pedestre como es usted y usar esas trasposiciones ramplonas de «el de la vida desconocido límite» y «la del hombre inteligencia» maldita la falta que hacen alas.

Pues otra vez escribió este Cañete unas seguidillas en un álbum, y dirigiéndose á una pajarita, la preguntaba:

«Avecilla canora,
Que andas, te elevas,
Y en los aires modulas
Himnos y quejas:
¿Qué al cielo dices?...»

¡Qué al cielo dices! ¿Háse visto nada más ridículo?

Y un poco más abajo, dirigiéndose ya á la dueña del álbum, la decía:

«Gusta en paz las delicias
Del *casto fuego*
A que *en pasión ardiente*
Rendiste el cuello...»

Esto es escribir por escribir, Sr. D. Manuel, y colocar unas palabras tras de otras, hagan ó no hagan sentido.

¡Porque mire usted que rendir el cuello al fuego... es cuanto hay que rendir!

Las imágenes han de ser racionales y adecuadas, D. Manuel; porque si son como esa de usted, no son imágenes, sino desatinos.

¿Parécele á usted que influirá mucho, para que uno se queme, el que tenga el cuello rendido ó levantado?

Vamos, usted habría leído quizás aquello de Jovellanos, que como poeta era poco menos malo que usted:

«Dobla *sin susto* al *yugo* sacrosanto,
Caro Felipe, el *receloso* cuello,
Mientras el *sello*.... etc.»

Pero debió usted advertir que si lo de doblar ó rendir el cuello al yugo es cosa natural, doblarle ó rendirle al fuego es una tontería.

Sino que á usted no le servía el *yugo*, porque no era asonante de *cuello*, y por decir algo, dijo usted *¡fuego!*... y estalló la bomba, ó más bien el petardo poético de usted, de un modo lamentable.

Porque después de todas esas bobadas con-

cluye usted las seguidillas y la composición con estos versos:

«Mas no del hombre:»

¿Mas no del hombre, qué? ¿Mas no el cuello del hombre? Claro que no, porque es el de la mujer, según usted mismo ha dicho.

Pero entonces, ¿se puede saber qué hace ahí ese hombre? Para qué le ha puesto usted ahí? ¿Para que esté tan de sobra como usted en la Academia, ó como la Academia en España?

«Mas no del hombre:
Copia el amor de arroyos,
Aves y flores...»

Usted dirá que ha querido decir: «Mas no copies el amor del hombre; cópiale de los arroyos...» etc. Pero, á más de que lo de copiar el amor es un disparate, y copiarle del hombre otro, tampoco resulta eso claro.

Porque usted ha dicho á la mujer esa del álbum que «goce las delicias del casto fuego á que rindió el cuello *en pasión ardiente*», y aquí pone usted punto y coma, y luego sigue:

«Mas no del hombre:»

y pone usted dos puntos. ¿Quién entiende lo que quiere decir ese *Mas no del hombre,* tan aislado entre un colón imperfecto y otro perfecto?...

La que sigue en el tomo es una composición, llamémosla así, cuyo título no dice más que esto:

En la restauración del Monasterio de la Rábida y de la casa donde murió Hernán Cortés, á sus altezas reales los serenísimos señores infantes de España, duques de Montpensier.

Y empieza D. Manuel diciendo:

«Siempre la airada mano
Del sañudo mortal, más destructora
Que la del tiempo fué...»

Lo cual no es poesía, pero es verdad, señor don Manuel, eso sí.

Y usted mismo puede servir de prueba, por muy extraño que parezca que un académico sirva de algo.

Usted mismo, cuya mano, puesta á escribir, es más destructora para la poesía y para el buen gusto que la mano... y los pies del tiempo.

Y luego dice usted:

«¿Aún orgulloso el hombre se figura
Con infernal *protervia*
Que ha de ahogar en su estúpida... *soberbia*...»

¡Pues claro: se la veía venir!

A la *soberbia*, por supuesto. En cambio no se ve asomar por ningún lado á la poesía.

Ni aquí ni más adelante, cuando usted dice:

»El pueblo de Isidoro...
En vértigo nefando, *con desdoro*...»

¡Claro! Siendo el pueblo de Isidoro, por fuerza tenía que ser con *desdoro*... ó con ripio.

Y sigue:

¡Oh si pudiese la *infalible* historia
En sus *veraces* páginas *de hierro*,
De tanto y tanto yerro...»

Por cierto que tanto y tanto yerro, ya es demasiado.

Hierro con hache, yerro sin ella... Es mucho yerro, D. Manuel.

Es mucho yerro y mucha majadería eso de hacer de hierro las páginas de la Historia sólo para concertar con esos otros yerros que pone usted ahí, que, siendo tantos, no puede menos que sean de la Academia.

Otro verso dice:

«De muerte, *al parecer*, irrevocable...»

Y poco después acaba diciendo:

«¡Oh perenal memoria
De los héroes *perínclitos!* La llama
De *perpetua salud* en *vuestra fama*
Los antes abatidos monumentos
Salva del rayo; y mágicos acentos...
(¿Quién entiende estos cuentos?)
Ya, Príncipes, publican
Por cien pueblos y cien cómo edifican,
Depuesto el abandono,
Cuando todos destruyen, los nacidos
A la sombra de un trono.»

¡Depuesto el abandono!...

Todo está bien; pero especialmente esa deposición... de abandono... la hizo usted ahí para que concertara con trono. ¿Verdad, don Manuel?

¡Ah! Antes que se me olvide. ¿Cómo son esas muertes irrevocables *al parecer?* ¿Se quiere usted morir, Sr. D. Manuel, á ver si *al parecer* es irrevocable la muerte?

Le advierto á usted que, aunque no quiera, se morirá el día menos pensado; y se lo advierto á usted precisamente para que viva prevenido.

Para que no le sorprenda á usted la muerte como sorprende usted á los lectores con esta *oda:*

«¿Qué voz conturba en aclam*ar ardiente*
(Aclam*ar ar ¡qué suave* y *qué corriente!*)
La paz de mi retiro?
Ten el rápido giro
Párate, sol (*¡qué nuevo!*)
No *despeñes* tu carro al occidente...»
(Usted sí que despeña
El suyo al desatino ¡impertinente!
Por eso nos enseña
La estupidez siguiente:)
«Y cuando el orbe absorto
Cantó su dicha del poniente al *orto*...»
(¿Al *orto*? *¡Buen aborto!...*
¿Y ese orbe es por ventura el de la tierra,
O el de Fernández-Guerra?...)

Más adelante dice usted que la nube

«Fecundiza la *roca fulminada*...»

¡La roca *fulminada!* ¿Qué roca es ésa?
Y añade usted:

«Abra la tierra su *agostado* seno.»

¡Hombre! Lo agostado suele ser la super-

ficie; pero el *seno*... ¿por qué ha de estar *agostado?*

Item más:

«Esquifes *voladores*...
Hollando el mar y *el viento.*»
(Eso de hollar el mar, puede pasar.
Pero eso otro del vieuto... Es mucho cuento.)

¡D. Manuel, D. Manuel, que huella usted demasiado la poesía!...

...Premie el talento
Que *acendra* la moral...»

(¿Conque *acendra*, eh?)

«*Feral* remordimiento...»

(¡Usted sí que es *feral!*)

Rompecabezas (hablando de la luna):

«De su casto fuego
La varia *alternación* súbito pruebe
Dentro de mi...» (*¡Lo entenderemos luego!*)

Lo que tiene de bueno este D. Manuel es que es muy cristiano, y muy campechano, y muy amante del pueblo.

¡Vaya!

No hay más que leer:

«...si truena
Contra el derecho y la razón sencilla
La popular escoria...»

¡Vaya usted con Dios, grandísimo... duque!

VI.

Le di á usted palabra, Sr. D. Manuel, hace unos cinco años, allá cuando á usted le plugo meterse en la renta de..... la Academia; es decir, cuando usted se metió á defender con admirable destemplanza á los marqueses de Molins, de la Pezuela, de Valmar y consortes fustigados en los *Ripios Aristocráticos;* le di á usted palabra de que, al coleccionar los Ripios Académicos, le acabaría de reventar á usted literanamente, y quiero cumplirla.

Y por si no queda usted bastante reventado con el artículo anterior, le dedico este otro.

Comenzando por decirle á usted con mi franqueza acostumbrada que, en clase de mal poeta, tiene usted una buena cualidad: la de no ser fecundo.

Afortunadamente ha compuesto usted, ó mejor dicho, ha descompuesto usted muy poco.

Hasta el año de 1859 un tomito de 250 páginas, y de entonces acá no más que alguna poesía que otra en honor y en aumento de alguna desgracia.

Porque esto siempre lo ha tenido usted, don Manuel.

En cuanto se ha muerto alguno, ha acudido usted en seguida con el soneto ó con la oda, como si, afligiendo á la literatura, se hubiera de consolar la familia.

Verdad es que, acaso por aquello de «mal de muchos.....»

Se murió Palafox, y salió usted preguntando:

«¿Qué resonante trueno es el que asorda
La región de los aires?»

Vamos, que se arrancó usted con una *oda*, diciendo á España:

«Que la implacable muerte
Tu más digno varón *siega en su saña.*»

Y diciéndola además:

«Espúreos hijos en tu suelo ahora
Nacen tan solo, y en *feral* batalla
Contra españoles pechos
Nubes asestan de infernal metralla.»

¡Mire usted que asestar nubes!.....

Se había muerto allá el año de 1811 un señor de Gabriel, y en cuanto usted lo oyó contar, salió soneteando de esta manera:

«Huérfano *casi* el trono de Fernando,
Triunfante *aún* la extraña felonía,
Tu generoso *aliento* no podía
Tranquilo soportar el yugo *infando*.....»
(Ni nosotros tu INFANDA *poesía.)*

Se murió el duque de Feria, y le disparó

usted en seguida al marqués de Auñón (¡justo castigo de su perversidad poética!) una andanada..... de sáficos y adónicas, capaces de hacer llorar, no solamente á la literatura, sino hasta al sereno de la calle.

Véanse las muestras:

«Hoy que al impulso de profunda pena
Dócil tu pecho, *en abundoso llanto*,
Sangre del alma á los hinchados ojos.....»
(¡Qué tontería!)
«Deja que el rayo de la muerte *dura*
Súbita causa de tu *mal lamente.....*»
(¡Qué malamente se pronuncia esto!).....
(Sigue, Manolo):
«Nacen las flores de *preciado* aroma,
Gala del *campo*, de la *tierra* orgullo,
Y aires de aciaga destrucción sedientos
Quiebran sus tallos.
Nace la yerba ponzoñosa y crece;
Crece y resiste el *implacable abrojo;*
(No es poesía, pero es cierto) y ambos
Viven y duran.»

Repito que esto es cierto, por desgracia, Sr. D. Manuel, y de ello le pondré yo á usted otro ejemplo en mejor prosa.

Nacen Espronceda, y Enrique Gil, verdaderos poetas, ó flores de preciado aroma, como usted decía, y se mueren pronto. Nace usted, verdadera hierba ponzoñosa, ó verdadero abrojo literario, y vive usted y dura ¡ay! y escribe..... y es usted más viejo que un palmar, y todavía escribe.....

Sigamos el inventario de los siniestros.

Quiso un loco dar una puñalada á doña Isabel, y como si no se hubiera llevado la pobre bastante susto, al otro día la asestó usted un soneto con los siguientes ripios agravantes:

«*A S. M. la Reina Doña Isabel II después del horrible atentado del día 2 de Febrero de 1852.*

SONETO.

Cual súbito aparece en *seco* estío,
Cuando más brilla el sol nube *sangrienta*,
Y se ennegrece y con fragor revienta,
Lanzando de su seno el rayo *impío*.
Tal en un pecho á las virtudes *frío*
Y á quien *cobarde* la traición alienta,
Nace crimen *adusto* con que afrenta
De la razón el *noble* poderío.
Pero es de Dios el brazo *soberano*.....»

Naturalmente. El brazo de Dios es soberano. Como también es el poderío *noble*, y el crimen *adusto*, y la traición *cobarde*, y el pecho *frío*, y el rayo *impío*, y el estío *seco*, y así sucesivamente: todo con trufas.

Siguiendo la cadena de desgracias, vino la revolución de Setiembre, que echó el trono á rodar; y entonces no lloró V., Sr. D. Manuel, ni *compuso* nada, ni siquiera el obligado soneto de otras veces; no se sabe si por que tenía usted miedo á los revolucionarios, ó porque esperaba algo de ellos.

Vino D. Alfonso, lo cual á V. quizá no le parecerá desgracia; pero en esto hay distintas

opiniones, y... lo que es para la literatura, sí que lo fué, y bien grande. Porque entre don Leopoldo Augusto, y usted, y otros así, perpetraron un tomo de versos muy malos.

La parte de usted que, por supuesto, es un soneto, dice:

«¡Viniste al fin!...»

¡Hombre, no! Vino al principio, me parece. Al fin, lo que hizo fué marcharse; es decir morirse, que para el caso lo mismo dá:

«¡Viniste al fin! Como *tras noche* oscura
De tormenta y de horror... *(Pase el trasnoche.)*

Y no contento con ese *tras... noche* empieza el segundo cuarteto con otro:

«*Tras noche* horrible de infernal locura
Brillas, astro de amor...

Brill*as as*...tro. Qué *desastrosa* combinación de palabras.

Lo demás todo es algo peorcillo, y... hasta otra.

Se murió Doña Mercedes de Orleans, la primera mujer de D. Alfonso, y aquí ya le pareció á usted poco una *poesía*, y la enjergó usted dos; una en el cesto de cardos literarios que reunió para conmemorar aquel amargo trance Carlos Coello (q. s. g. h.), y otra para el manojo de ortigas poéticas que formó con tan triste motivo D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

La primera es un romance muy largo y muy pesado y muy lleno de ripios.

Empieza así:

«Pueblo que ansioso te *agolpas*...»

Tras de este *golpe*, ó tras de este *agolpamiento* antipoético, suelta versos tan dulces como este:

»Freno *pon* á la zozobra...»

y estrofas tan... ripios como esta:

«Sumo Dios Omnipotente,
Origen, *esencia* y causa
De cuanto ven nuestros ojos
Y la inmensidad abarca,
Mira benigno á la hermosa...»

Bueno, que la mire; pero mire usted también lo que escribe, y no barbarice, señor don Manuel, ni escriba herejías como esa de la *esencia*.

Usted está acostumbrado á meter en los versos todos los ripios que le hacen falta, ó todas las palabras que se le vienen á la boca, y en la necesidad de llenar ahí cuatro versos con un vocativo, dice usted de Dios cinco ó seis cosas, una de las cuales no puede decirse.

Porque Dios es Sumo y Omnipotente y es la causa y el origen del mundo, pero no es la *esencia* del mundo: Dios y el mundo son dos esencias distintas. Y eso de decir que Dios es esencia del mundo ó que Dios y el mundo

son una misma esencia, ha de saber usted que es una herejía más fea que Cánovas, y creo que también más vieja, llamada panteismo.

Para que vea usted, D. Manuel, que no se puede escribir *ad vultum tuum* porque, á lo mejor se mete la pata.

Como la vuelve usted á meter un poco más adelante en otra estrofa, que refiriéndose, á el Escorial, dice:

«Al *espléndido* edificio
Que *audaz* se remonta al cielo,
Del gran Felipe Segundo
Palacio y sepulcro *á un tiempo*...»

Esto no es herejía, pero es disparate.

«Palacio y sepulcro *á un tiempo*...»

No, señor, *á un tiempo*, no. Primero fué palacio y después fué sepulcro.

Esto aparte de que por la menguada construcción de usted parece que el palacio y sepulcro *á un tiempo* de Felipe II, es el cielo, y no el Escorial. ¡Chancleta!

Más adelante, entre los muchos epítetos impertinentes que usted siembra, llama usted á una bóveda *encumbrada*, lo cual es una tontería, y llama usted *hispánica* á la fe del mártir San Lorenzo, lo cual tampoco está bien, porque la fe de San Lorenzo no era *hispánica;* era *católica*.

Después dice usted de Doña Mercedes:

«Feliz tú, que en *verdes* años
Como cierva fugitiva...»

¿*Verdes* años? ¡Qué tonterías dice usted, señor don Manuel!

Los años de doña Mercedes ¿por qué habían de ser verdes? Serían blancos, pues todos convienen en que era una joven muy buena.

Sino que ustedes los *poetas*, así, á lo académico, son terribles; ponen ustedes *verde* al lucero del alba.

Y cuenta que en esto reincide usted luego, poniendo en boca de otra reina del siglo XVI este verso:

«Yo también en *verdes* años...»

¡Dale con que los años de todos han de ser *verdes!* ¡Qué afición al verde, hombre!

Otra estrofa dice:

«En vano el *rencor verdugo*
De las altas jerarquías...»

Donde no se sabe si habla usted del rencor de las altas jerarquías, al cual en su afán de poner motes llama usted *verdugo*, ó si quiere usted decir que el rencor es verdugo de las altas jerarquías.

«Que fué mi *fatal locura*...»

dice usted en otro verso: *fatal locura*... ¿A que no es usted capaz de pronunciarlo claro?

Pues la otra *descomposición* que dedicó usted á la misma desgracia es peor todavía.

Como que en ella dice usted de la *parca horrible* que

«.....abate
Con ímpetu *feral* la *fresca* rosa
Gala y honor de la *eminente* cumbre».

Y dirigiéndose al viudo le dice usted:

«Doblega
Sumiso el cuello á su mandato y *saca*...»

¿La petaca? Cualquiera cree que le va usted á mandar sacar la petaca, y le manda usted sacar «nueva fuerza»...

¿Pero qué más?... ¡Si hasta el dolor de la Santísima Virgen ha profanado usted dedicándola una *poesía* muy mala y muy llena de epítetos inútiles!... Ahí va una muestra:

¡Ay, que la *madre* tierra
En *hondas* convulsiones... y la lumbre
Del sol se oculta en *lúgubres* crespones.
Y la *enriscada* cumbre
Llamas despide. De la *blanca* luna
El *argentado* disco,
Sangre destila. Y la *rosada* aurora
Mustio su resplandor, *lágrimas* llora.
(¿Quizá se lloran rábanos ahora?)
Las *fúlgidas* centellas
De las *claras* estrellas
Pierden su luz. En *ronco* torbellino
Braman los aires. El *menudo* polvo
Sube á la esfera *en turbio* remolino
Y el valle gime con el *sordo* acento
De la *funérea* trompa...
(¡Ojalá se te rompa!)

Pero hombre... ¿No sabe usted que hay que dar cuenta á Dios de las palabras ociosas? ¿Y le parece á usted que no es bien ocioso decir, por ejemplo: que el polvo es *menudo*, que el remolino es *turbio*, que las estrellas son *claras*, que las centellas son *fúlgidas*, que la luna es *blanca*, etc., etc.?

Adulando á Sartorius, cuando era personaje, decía usted:

«Ya que de la pátria escena
La *vil servitud* rompiste...»

¡Pero qué afán de decir las cosas mal! ¡Qué afán de expresarse de la manera más revesada!

Decía el marqués de Valdegamas que, desde el pecado original, entre la razón humana y el absurdo existe una atracción invencible. No negaré yo que sea cierta la atrevida afirmación del gran filósofo católico; pero es todavía más invencible y más constante la atracción que existe entre el académico y el desatino.

«La *vil* servitud rompiste...»

Ni *servitud* es castellano, Sr. D. Manuel, ni *vil* hacía falta, ni necesitaba usted para expresarse como Dios manda más que haber dicho:

«Ya que de la pátria escena
La servidumbre rompiste...»

Esto era lo natural, lo sencillo, lo bello...

mas por eso mismo no era lo académico. Y por eso usted puso en lugar de «servidumbre», palabra castiza, *vil servitud*, un epíteto innecesario y un latinismo repugnante.

Pero voy á completar la redondilla, porque la segunda mitad es peor que la primera, si cabe:

«Ya que de la patria escena
La *vil servitud* rompiste,
Y al numen de Lope abriste
Más ancha y *fecunda* arena»....

Suponiendo que, «el numen de Lope,» quiere ser el numen dramático, el numen teatral, suposición harto gratuita, puesto que en España ha habido poetas dramáticos mejores que Lope de Vega, y puesto que Lope de Vega no fué exclusivamente poeta dramático sino que escribió de todo; suponiendo eso, todavía lo de *la arena*, lo de abrir arena al numen, lo de abrirle arena más *ancha* y *fecunda*, llamando fecunda á la arena del circo ó del palenque es una barbaridad ó un conjunto de barbaridades de tomo y... espalda de usted. ¡Pues si precisamente la bondad de la arena de los circos está en que sea infecunda, en que no dé hierba!

Dedica usted un soneto al Sr. Tamayo para felicitarle por un triunfo teatral, y de los catorce versos emplea usted seis en poner la fecha: eso después de haber puesto cinco renglones de título.

Véanse los rodeos y los ripios que emplea usted para decir *En Sevilla:*

«Del *claro* Betis en la *fresca* orilla,
Donde procura el corazón *herido*
Sepultar para siempre en el olvido
Triste memoria que mi frente humilla;
Donde aún la causa de mis males *brilla*
Para irritar el pecho dolorido,
Súbito llega á regalar mi oído....., etc.»

Ya se ve que los seis primeros versos pueden sustituirse con estas palabras:

«En Sevilla
Súbito llega á regalar mi oído....., etc.»

¿Y por qué llamó usted soneto á eso?

¿No sabe usted que el soneto ha de desarrollar un pensamiento solo desde el principio hasta el fin?

También tuvo usted una vez la mala ocurrencia de escribir una epístola á su compañero D. Aureliano Fernández: mala ocurrencia, porque las simplezas que usted le escribió en ella se las podía haber dicho al oído en la Academia cualquiera noche, sin necesidad de molestar con ellas al público.

Total, que le escribe usted desde un valle *repuesto*, por donde corre..... no corre, sino que se *desata*, un río en *sesgo* curso, y le dice usted que se sube á los *altos* montes y busca salud en la *eminente cumbre*, respirando los aires *benéficos* del mar *ancho*, y así por este estilo.

También ha escrito V. otra *epístola* al marqués de Molins, contándole la tontería de que

«la *roja* Ceres
Los *áureos* granos en la troje humilla.»

Y la de que

«Del *ancho* Betis en la fresca *orilla,*
¡Cuántas veces rompiendo la cadena
Del *propincuo* dolor!.....»

Y las de que la inquietud es *acerba*, y la voluntad del cielo es *peregrina*, y la audacia es *interesable*.....

Y también le dice usted:

«...Generoso
Tú, *además*, gozas en mirarme *orlado.*»

¡Y que no estaría usted mono ni nada!.....

Pero también compuso usted un soneto que que decía:

«No es infalible signo de nobleza
Regio blasón, ni alcázar esplendente,
Ni el poder *que se juzga* omnipotente,
Ni el brillo seductor de la riqueza.
Con menos aparato de grandeza
Brota en el corazón: es clara fuente
Cuya virtud ensalza al indigente
Y el orgullo castiga y la flaqueza.

¡Cualquiera adivina que todo este fárrago de palabras se dirige á un sastre!

Y sin embargo..... al sastre Caracuel, cuando estaba de moda, dirigía usted ese soneto,

quizá con el siniestro fin de que le vistiera á usted gratis.

Y luego..... ¡qué prosaismos!

Ni el poder *que se juzga* omnipotente...

Con menos aparato de grandeza...

Cuya virtud ensalza al indigente...

¡D. Manuel, D. Manuel!..... ¿Y á estas cosas las llama usted poesías?

¡Qué han de ser poesías, hombre!

Estas son cañeterías y..... nada más.

VII.

D. Aureliano es otro *poeta* de vuelo académico, que es como decir de vuelo bajo, tan ripioso como Cañete.

Y tan insulso.

Y muy poco menos antipático.

Hablo de D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, y no sé si alguna cosa más, académico de todas las Academias existentes y de otras varias.

El cual, con capa de cristiano, debe de ser epicureo ó cosa parecida.

Porque verán ustedes la moral que usa don Aureliano escribiendo, ó por lo menos la que usaba hace unos veinte años, cuando, por halagar á Manzanedo, escribió *El libro de Santoña.*

Refería la hazaña principal ó más bien la única de aquel hombre, que es la de haberse hecho muy rico, y exclamaba en su estilo académico:

«No *hay dudar* que fueron de esta suerte bien merecidas las grandes cruces de Isabel

la Católica y Civil de Beneficencia que *su pecho esmaltan*, y bien ganado el título de Castilla con denominación de marqués de Manzanedo.»

¡No *hay dudar!*...

De lo que no *hay dudar* ó no hay que dudar, hablando en cristiano, es de que es usted un adulador de siete suelas.

Porque si eso no fuera una simple adulación, si así como usted lo dice lo pensara, había que convenir en que no tiene usted idea del fin para que fué criado el hombre, ni de lo que es amor á la Religión y á la Patria, ni de lo que es derecho, ni de lo que es justicia.

¿Cree usted que las grandes cruces y los títulos de Castilla se merecen con sólo enriquecerse de cualquier manera?

¡Y los tontos de Cristóbal Colón y Hernán Cortés y Francisco Pizarro y el duque de Alba y el marqués de Santa Cruz... que anduvieron descrismándose y desenriqueciéndose por esos mundos!

Verdad es que ahora los títulos y los honores no se conceden por hacer verdaderos servicios á la Patria, sino por hacerla flacos servicios, y hasta por hacer servicios de loza; pero eso es porque la sociedad está desquiciada y apartada de la ley de Dios, y usted que se las echa de religioso no había de ayudarla á seguir en tal desvío y apartamiento.

Mas según parece no fué por usted por quien dijo Rioja:

«Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinan la frente
Antes que la rodilla al poderoso.»

En el mismo libro se consigna en loor de don Juan Manuel Manzanedo, Dios le haya perdonado, este rasgo casi sublime:

«Pero *así como* estalló la guerra de Africa (este *así como* quiere decir *así que* ó *tan pronto como,* por más que no lo diga) facilitó *presuroso* al Gobierno español, sin ningún interés (!!!) y á reintegrarse el último, dos millones de reales.»

¡Dos millones de reales!

¡Y un hombre que no tendría más que unos ochocientos millones!

Esto *no hay dudar* que es para enternecer á una estatua.

Había en León un zapatero de poco pelo, pero de bastante buen humor, á quien llamaban de apodo *Morcilla*, el cual siempre que llegaba un pobre á la puerta de la zapatería á pedirle limosna, le solía decir:

—Mira, tráeme una hogaza y te daré un zoquete.

Los leoneses, que son gente formal, se reían de la generosidad del zapatero; pero don Aureliano, que parece formal también, la toma en serio y la celebra mucho.

Porque *no hay dudar* que la generosidad es la misma.

Y todavía en otra página añadía D. Aureliano este otro elogio:

«El barón cuyo caudal se reputa hoy de los mayores y más saneados de España, y á quien *fué comunicado el secreto de ganar dinero...*»

Patarata, D. Aureliano, patarata.

Ese secreto le sabemos todos. Lo que hay es que muchos no le queremos usar.

Porque no queremos renunciar á la herencia del Reino de los cielos, que nos adquirió Jesucristo con su preciosa sangre, y nada menos que esta renuncia lleva consigo la adoración del becerro de oro.

¿Le parece á usted que los que no somos ricos es porque no sabemos el secreto?

No, señor, no; es porque sabemos que, como dijo el mismo poeta antes citado, el mismo Rioja, que es el autor de la epístola moral, contra la opinión ridícula de usted y de otros que, como usted, no saben por donde andan; como dijo el mismo Rioja:

«Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina,

y porque sabemos que las riquezas temporales, como dijo otro poeta más antiguo, mi paisano Gómez Manrique, son cosa fútil, despreciable.

«E non son sus crescimentos
Si non juego,
Menos durable que fuego
De sarmientos.»

Mas dejemos aparte, por ahora, los pecados filosóficos de don Aureliano Fernández, y hablemos de sus pecados literarios.

La especialidad de don Aureliano, después de eso de las adulaciones, son las antigüedades.

Se ha empeñado en pasar por arqueólogo, y para ante el vulgo, que en esta materia es más numeroso que en otras, y aun para ante algunos sabios alemanes que también suelen hablar de lo que no conocen, lo ha conseguido.

Pero la verdad es, dicha así en confianza, que no entiende una palabra de esas cosas.

Y además discurre como un pez cocido, poco más ó menos.

Que se disputa el lugar donde estuvo una antigua población romana de que hablan las historias, *Concana*, por ejemplo, y que don Aureliano encuentra en cualquier parte una lápida sepulcral que dice en sustancia: «Aquí yace Fulano, natural de Concana»; y exclama don Aureliano loco de contento: *¡Eureka!* ¡ya pareció! ¡aquí estaba *Concana*!....

Cuando á cualquiera se le ocurre que *Concana* pudo estar en cualquier otra parte menos allí; por que al que se muere en su pueblo y

es enterrado allí mismo, no se le pone en el epitafio que era de aquel pueblo: al contrario, esa indicación de origen sólo se pone en los epitafios de los que mueren lejos de su patria.

En fin, que por estas cosas y otras, mi antiguo catedrático el señor Castrillón, que es de los pocos anticuarios de verdad que hay en España, le ha dado algunos revolcones; pero él sigue carteándose con un alemán que le da bombos por allá en alguna revista, bombos que el interesado cuida de que se publiquen acá traducidos, y vamos andando.

Pues como poeta..... verán ustedes:

«SONETO.

Sin premio el *sabio*.....»

¡Todavía le parece que tiene pocos premios! Y eso que cobra una barbaridad entre dietas y uno y otro. Y además disfruta en la Academia Española casa gratis.

Y digo que le parecen pocos premios, porque para mí es indudable que, aunque él no subraya la palabra, al hablar del sabio se refiere á sí mismo; al *sabio* con letra bastardilla.

«Sin premio el *sabio*, el criminal impune.»

En esto último tiene razón. Y si no que lo diga la causa de la calle de Fuencarral. Y alguna otra.

«Sin premio el sabio, el criminal impune,
Glorioso el vicio, la virtud con luto.....»

Vamos á ver lo que resulta de estos contrastes del vicio *glorioso* (que mejor sería triunfante), y de la virtud enlutada:

«En muerte y perdición *cógese* el fruto
Del lazo vil que á los malvados une.»

¡Hombre! ¿Con que *cógese?* ¿Y *cógese en muerte y perdición?* ¡Qué manera más rara de decir las cosas!

A más de que los lazos, aunque sean viles, no crea usted que dan fruto como las tierras bien aradas.

Segundo cuarteto:

«Falaz plegaria al cielo no importune
Del soberbio y avaro y disoluto.....»

¡Eche usted gente!

Pero ¿cómo son esas plegarias *falaces?*

¡Ah! Vaya, como las de los conservadores y conservadoras que compran lujosos devocionarios con la hacienda arrebatada á la Iglesia.

Siga usted:

«Falaz plegaria al cielo no importune
Del soberbio y avaro y disoluto;
Que ya hacia el Capitolio marcha Bruto,
Y Atila ya sus bárbaros reune.»

Bien; pero ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Y además, ¿quién es Bruto y quién es Atila?

¿Nos lo quiere usted decir, aunque sea rezado?

Porque la verdad es que, hoy por hoy, el que marcha hacia el capitolio del poder es D. Antonio Cánovas.

Aunque acaso no llegue; pero, en fin, de todas maneras, que le perdone á usted don Antonio el modo de señalar.

Y por lo que hace á Atila..... como no sea D. Manuel Ruiz Zorrilla, que es el que anda reuniendo Asambleas.....

Con lo cual pasamos á los tercetos, que dicen:

«Alma sumisa á Dios, que *en noche oscura*
De *horrenda* tempestad vagas *perdida*,

(¿Perdida y sumisa á Dios? No puede ser).

Triunfa *serena* de *implacable* suerte.....»

¿Qué *suerte* ni qué niño muerto?

No hay tal suerte implacable.

Esa es una muletilla muy ridícula en un soneto religioso.

El alma sumisa á Dios, de lo que puede llegar á triunfar con el auxilio de su gracia, es del vicio y del pecado; pero ni el pecado ni el vicio son suerte implacable, sino voluntarias aberraciones.

¿O cree usted que los que son pecadores y viciosos lo son porque les ha tocado eso en la lotería?

Acabe usted.

"Pues es....."

¡Pues es! ¡Qué armónico, y qué poético, y qué!.....

«Pues es del mundo la mayor locura
Llamar al *tiempo* fugitivo *vida*,
Y que la *eternidad* se nombre *muerte*.»

¡Miren ustedes qué monada!

¡Y qué satisfecho se quedaría D. Aureliano con estas fatigosas y prosáicas contraposiciones!....

Aunque para muestra dicen que basta un botón, quiero presentar á ustedes dos botones de la casaquilla poética de D. Aureliano.

Es decir; que además del soneto que acaban ustedes de ver, quiero que vean también un romance que D. Aureliano ha escrito en un álbum y ha publicado después en un periódico.

Empieza así:

«¿Brisa, luz, himnos y flores
Al *gélico* invierno pides?.....»

Ya comienzan los epítetos raros.

¡Al *gélico* invierno! Y es de advertir que D. Aureliano lo dice por sí: á sí mismo se llama *gélico*. ¿Verdad que se necesita afición á poner motes?

Y prosigue D. Aureliano:

«¡Ay!.....»

Esto se llama llorar el verdugo lo que había de llorar el ahorcado; porque D. Aureliano es el que se queja y la maltratada es la poesía.

«¡Ay! que ya el estro divino
En mi mente *no reside*,

(Ni nunca residió).

Ni *abrasan* mi sien las rosas
De los vergeles de Chipre.»

¡Hombre! Las rosas no son para abrasar las sienes: antes las refrescan.

Pero á lo que es cuenta, usted quiere que entendamos por las rosas de los vergeles de Chipre los ardores del amor. ¡Vaya una imagen natural y adecuada!

Para decir á una señorita: «no tengo amores», decirla: «no abrasan mi sien las rosas de los vergeles de Chipre.»

¡Se quedaría enterada la pobre muchacha! *No hay dudar* que se quedaría enterada...

Y sigue D. Aureliano diciéndola:

«Tú, en el *paterno* regazo...»

Hombre, será en el *materno*, porque los hombres no tenemos regazo.

¿No dicen ustedes en el Diccionario, definiendo el regazo, bastante mal por cierto, que es «*enfaldo* de la saya que hace seno desde la cintura hasta la rodilla»?

Y siendo el regazo *enfaldo* de la *saya*, ¿cómo le ha de tener el padre?

¿Llevan ustedes saya los académicos?

Siga usted:

«¿Dónde el armónico plectro;
Dónde los gayos....»

En el monte. ¡Dónde quería usted que estuvieran?

«¿Dónde los *gayos decires?*...»

¡Ah!

«Ni la inspiración amiga
Para mí siempre difícil».

Ya, ya se conoce. Pero aquí hay una llamada y abajo una nota que dice:

«Don Juan de Cueto y Herrera, canónigo del Sacro-Monte de Granada».

Por lo visto este señor era la inspiración amiga de D. Aureliano, que sigue diciendo:

«Todo pasó: aquellos días
Que el sol *en púrpura tiñe*...»

Será *tiñó*, si los días eran aquellos; y si los tiñe, serán *estos*.

Y añade:

«Miré en derredor, y falta
Cuanto *escogí*, cuanto quise:
Padres, amigos, maestros...»

(¡Hombre! ¿Escogió usted sus padres?...)

Dignos de *eternos buriles*».

Se suele decir de eternos mármoles, ó de eternos bronces, ó de que los eternice el buril; pero ¿de *eternos buriles?*... Los buriles ¿por qué han de ser eternos, ni qué falta hace que lo sean, después de haber hecho su oficio, labrando los mármoles y los bronces? ¿Tampoco sabe usted que los buriles se estragan y se gastan trabajando?

Y pregunta D. Aureliano todavía:

«¿Yerma no ves la campiña,
Y de las nobles raíces

Del ya descuajado cedro
brotar y *brotar* reptiles?»

¡Claro! *Brotar* y *brotar*, porque un brotar solo no llenaba el verso.

A más de que de las raíces del cedro no pueden *brotar* más que pámpanos, cedros pequeños; los reptiles podrán salir, ó, si usted tiene mucho empeño, *brotar de entre* las raíces, pero no *brotar de* las raíces.

¡Todo hay que enseñárselo á este hombre!

Acabe usted:

«¿No ves por tierra el antiguo
Decoro, el vicio sin dique,
La santa *virtud con luto...*»

Sí, lo mismo que en el soneto. Se conoce que eso del luto de la virtud le ha hecho á usted mucha gracia.

¿Lo aprendió usted en viernes?...

Otro botoncito y concluyo.

Un día se publicó en un periódico de esos literarios, que suelen ser verdugos de la literatura, un cuento pequeño, pero muy soso, de D. Aureliano Fernández.

La primera quintilla decía:

«Muerto de sed á *la viva*
Llama del sol estival,
Echando pestes iba,
Mal calzado y cuesta arriba,
Un estudiante pardal».

Desde luego se echaba de ver que en el verso tercero faltaba algo.

Yo creí que D. Aureliano habría escrito «echando mil pestes iba» y que en la imprenta habrían dejado caer el *mil*.

La quintilla por eso no dejaba de ser una sosada, pero no tendría un verso cojo.

En el número siguiente del mismo periódico apareció una rectificación.

¿Qué creerán ustedes que decía?

Pues decía que donde se leía «pestes» debía leerse *pésetes*.

«Echando *pésetes* iba...»

¿Que qué son *pésetes?*...

Nada: una tontería académica.

VIII.

Los Genios son así...

Hablo de los Genios con ge grande, que es como suele llamar á Echegaray una apreciable duquesa viuda.

No me refiero á los otros genios con ge pequeña, es decir, á los hombres de mal genio como Cosgayón y Arsenio Martínez, ó como el marqués de la Vega de Armijo, que también tiene un genio de cincuenta mil... judíos danubianos.

Me refiero á los Genios; y digo que son así, porque á lo mejor, comienzan haciendo una barbaridad, y después hacen otras muchas.

Salen de la escuela, se ponen á hozar entre las ruinas de una fábrica de hules, encuentran un mechón de cerdas de la cola de un rocín sarnoso, y dicen muy graves que es el pelo de una dolorida doncella quemada por la Inquisición; con lo cual sientan plaza de Genios, y... échenles ustedes un galgo...

Y si no ahí está el mismo D. José, que se

dió á luz cantando en mala prosa aquella trenza fósil, y después de ser ministro y demás, se conoce que se dijo:

—¿Qué me falta á mí, vamos á ver, qué me falta á mí para ser ya Génio del todo?... Porque yo conozco que me falta algo...—Y en cuanto lo pensó cinco minutos, se dió una palmada en la frente diciendo:

—¡Ah, sí! ser poeta. Y fué y escribió en seguida unas quintillas para el Almanaque de *la Ilustración Española y Americana.*

Se titulaban *Noviembre*, y decían:

«Otoño toca á su fin...»

¡Tilín! ¡tilín!...

Supongo que así sonará la campanilla con que el otoño toca.

¿Verdad que es una imagen muy bonita, muy nueva y sobre todo muy poética esa de tocar á su fin una cosa? Y más si la cosa es el otoño.

«Otoño toca á su fin;
Pierde su verdura el monte;
Cesa el *rústico trajín*...»

¿Qué será el rústico trajín?... Bien podía el autor habérnoslo dicho en una nota en prosa, de esas que suelen poner los académicos á sus versos cuando á ellos mismos les parecen imposibles de entender. Pero...

«Otoño toca á su fin;
Pierde su verdura el monte;

Cesa el rústico trajín;
Y *en brumas* el horizonte
Trueca tintas de carmín.»

¡Olé, por los poetas cursis!

¿Han visto ustedes nada más pobre, más amanerado, más trabajoso ni más sin sustancia que esa quintilla?

«Y *en brumas* el horizonte
Trueca tintas de carmín...»

Parece que estamos viendo al horizonte metido *en bromas* á comerciante.

¡Y á este *trueca-tintas* le llaman Genio!

¡Y tratándose de asunto tan poético como el otoño, no se le ocurren más que esas simplezas!

Y estas otras:

«Yerba que *jugosa crece*
No es de las selvas alfombra..»

¡Claro! Porque se la habrán comido los académicos. Pero si ya no es de las selvas alfombra, ¿por qué decir que *jugosa crece?*... Por decirlo todo al revés...

La hierba señor don José, no *crece jugosa* en el otoño, creció en la primavera, y por eso no debió usted decir «hierba que jugosa crece,» sino «hierba que jugosa creció» ó «hierba que creció jugosa.»

Esto, en caso de decir algo; porque lo mejor era que no hubiera usted dicho nada.

Y luego afirma usted que en el otoño, esa hierba que *jugosa crece* (y que ya ha visto usted que no crece) «no es de las selvas alfombra.»

Pues sí, señor, sí lo es. En el otoño es precisamente cuando la hierba, que jugosa creció en la primavera, «es de las selvas alfombra,» porque está mustia, seca y echada por el suelo, é imita entonces mejor la alfombra que en primavera cuando está erguida.

¡Vaya, que no da usted pie con bola, don José,

«Yerba que jugosa *crece*
No es de las selvas alfombra;
La luz solar palidece...»

¡Bueno! Ahora salta usted de la botánica á la óptica... No tiene usted juicio.

«La luz solar palidece,
Y no se busca la sombra,
(¡Hombre!)
Y muy temprano anochece...»

¿Y qué más?

Porque, puesto á inventariar, así sin orden ni concierto, ni poesía, las cosas que suceden en Otoño, pudo usted haber alargado mucho más la relación, diciendo verbigracia:

«Yerba que jugosa crece
No es de las selvas alfombra;
La luz solar palidece,

Y no se busca la sombra,
Y muy temprano anochece»,
Y Moret su casa alfombra,
Y algo más tarde amanece,
Y Elduayen no desescombra,
Y Frontaura no embellece,
Y Pidal no tiene sombra,
Y Cos-Gayón se enfurece,
Y aun el Manzanares crece,
Y Nido á Cánovas nombra,
Y el mónstruo se ensorbece,
Y Sagasta no se asombra,
Y la capa no parece...»

Ni la poesía tampoco.

Y eso que no desmerecen nada los versos mios de los de usted con ser usted tan Genio.

Como que apenas se distinguen.

Pero siga usted adelante:

«Y el frío su manto eterno
Tiende de *monte á colina...*»
¡Cual si protegiera á un yerno
De la piara sagastina?
¡Hombre, vaya usted al cuerno!

Y perdone; pero francamente, eso es muy malo.

Porque ni el frío tiene manto que tender ni aunque le tuviera se le podría llamar eterno, puesto que no dura más que una temporada.

Del frío se puede decir figuradamente que estiende su aliento, su álito, etc., pero no su

manto, porque el frío es invisible y no le cae bien el manto, ni aun en figura.

Si en lugar del frío hubiera usted dicho el hielo, ya lo del manto no estaría mal; mire usted lo que son las cosas. Pero lo de eterno siempre sería un disparate.

Aparte de que la frase «*de monte á colina*» es pobre y amanerada.

La última quintilla es de esta figura:

«¡Cuánto y cuánto humano ser...»

Es claro: *cuánto* y *cuánto*.—Donde no basta un *cuánto* para llenar el verso se ponen dos, y adelante.

«¡Cuánto y cuánto humano ser,
Cuánto *cuerpo* dolorido,
Y harto ya de padecer...!»

Lo que es de eso se harta uno muy pronto, de suerte que ese verso entero y verdadero es un ripio, vamos, que no hacía falta, porque todo cuerpo dolorido, suponiendo nada más que por complacer á usted que los cuerpos sin alma puedan sentir dolores, todo cuerpo dolorido está ya harto de padecer, aunque no haya padecido mucho.

Excepción hecha de los santos que con el auxilio de la divina gracia se sobreponen al orden natural y desean padecer por Cristo.

Mas volvamos al cuento ó lo que sea.

«Cuánto y cuánto humano ser,
Cuánto cuerpo dolorido,

Y *harto ya de padecer*,
Caerá en la nada vencido
De las hojas.....»

¡Hombre! ¿Las hojas vencen á los cuerpos doloridos y les hacen caer en la nada? ¡Qué valientes!

Pero no; no es eso. Ahora veo que usted añade completando el verso último:

«De las hojas..... *al caer*.»

Y me entero de que lo que usted ha querido decir es que «al caer de las hojas, cuánto cuerpo dolorido *caerá* vencido en la *nada*»; sino que como al adjetivo *vencido* sigue inmediatamente de *las hojas*, «caerá en la nada vencido de las hojas», la primera idea que le produce á uno la lectura es la del vencimiento del cuerpo por las hojas.

Todo esto sin contar con que lo de *caer en la nada* aplicado al «humano ser» es una herejía, y aplicado al *cuerpo* es una tontería cuando menos; porque el cuerpo del hombre que muere no cae en la nada, vuelve á la tierra de que fué formado: *Pulvis est, et in pulverem reverteris*, como, con palabras del GÉNESIS (III, 19), le dicen á uno el miércoles de ceniza.

Y sin contar con que no sólo se muere la gente al caer de las hojas, sino también al brotar, y en todo tiempo.

Tal es usted, señor, Echegaray, como poeta

lírico: con mucho trabajo hace usted cuatro quintillas, pobres, insípidas, revesadas y detestables.

Ahora, como poeta dramático, ya es otra cosa.

Pero es otra cosa peor que la de antes, aun cuando parezca imposible.

IX.

Quedábamos, señor Echegaray, en que como poeta dramático es usted peor todavía que como poeta lírico.

Mucho peor. Porque en los dramas de usted no suele haber argumento racional, ni trabazón, ni lógica, ni nada más que una aglomeración caprichosa de crímenes y de sucesos espeluznantes.

Por eso algunos escritores han hecho de los dramas de V. tan buenas parodias; porque como todo es allí convencional ó absurdo es muy fácil ponerlos en ridículo.

Creo yo que de esto usted mismo estará convencido á estas horas; así como de que los éxitos de sus dramas son debidos á la *cofradía* de los tres puntos, interesada en hacerlos triunfar y en popularizarlos, por lo que tienen de desmoralizadores, que no suele ser poco.

Bien me acuerdo de cuando se estrenó *El Gran Galeoto.*

Mucho antes de que usted le concluyera, y no me atrevo á decir antes de que le empe-

zara, no porque no sea verdad, sino porque no lo parece, ya sabía un periódico liberal, que suele ser el que da la consigna para todas las algaradas masónicas, que iba á ser admirable, mejor que todos los anteriores.

Mas como no estaba lejos el drama anterior, *La muerte en los labios*, del que había dicho lo mismo, era menester preparar el terreno, rectificándose y declarando que, respecto de *La muerte en los labios*, se había corrido en las ponderaciones.

Y así salió diciéndolo, tres ó cuatro meses después de haberlo conocido el público.

Llegó la noche de San José del año 81, y toda la secta citada para el Teatro Español acudió á la cita.

Se estrenaba el drama.

La consigna era entusiasmarse á todo trance, ó, por lo menos, aplaudir mucho, aunque fuera sin entusiasmo.

Un admirador íntimo de usted, colocado en la puerta central del salón de butacas, con un roten muy gordo en la mano, hacía, medio en broma, á todos los que iban entrando, esta suavísima insinuación: *Al que no aplauda le divido.*

No sé si porque aquel caballero se creyera formalmente obligado á cumplir su palabra, ó porque hubiera algún otro que, sin manifestarlo, llevara intención de hacer lo mismo, lo cierto es que un espectador que en el pri-

mer intermedio se permitió dudar de la excelencia de la obra, tuvo que andar á palos.

Y se explica.

Corre un adagio latino en las escuelas que dice: *Contra axiomata negantes, fustibus est argüendum*; y elevado á la categoría de axioma que usted es un Genio, así con ge grande, y que el último de sus dramas, sea el que fuere, és el mejor del mundo; si hay algún díscolo que lo niegue, nada más natural que tratar de convencerle á estacazos.

Análogo procedimiento quisieron emplear unos estudiantes de esos que ganan los cursos por prescripción, cuando los ganan, contra la redacción de un periódico carlista que se rió de los que se entusiasmaban con *El Gran Galeoto*.

Mas dejando á los estudiantes, que apenas suelen tener ideas fijas, como no sea la de no estudiar, y volviendo al aludido periódico liberal, que es el porta-cencerro de los estudiantes desaplicados y de los periódicos y de todo el *servum pecus* que se llama gente ilustrada, ¡qué alborozo el de aquel periódico en la mañana del 20 de Marzo!

Usted se acordará de seguro.

Comenzó por la confesión de que eran medianos todos sus dramas anteriores.

«Nótase (dijo) que Echegaray prosigue su transformación buscando las formas correctas: las escenas, los diálogos, los personajes, tienen ya propor-

ciones armónicas; su lenguaje, sobriedad; las pasiones, movimientos artísticos.....»

Lo cual es decir bien claro que en los anteriores dramas de usted faltaba todo esto.

Y añadía:

«Echegaray edificaba antes con yeso y con barro; hoy edifica con mármol y bronce.»

Y después se metía á profetizar, y decía:

«Esta obra será la más vista, la más aplaudida, la más popular. Sus representaciones serán innumerables.»

Bien sabe usted, Sr. D. José, que el tal periódico no salió profeta; pero también sabe usted que concluyó el campaneo dedicado á celebrar el estreno, con este repique:

«CORONACIÓN.—Me dicen que anoche algunos admiradores de Echegaray le acompañaron á su casa con antorchas.—Aquí no se sabe hacer más que lo ya hecho. Sin embargo, *hay que hacer algo.* El entusiasmo del público no cabe ya en el teatro. Poetas, autores, periodistas, aristocracia, clase media, pueblo..... á vosotros me dirijo. ¿Qué recompensa merece el Genio?»

Había que hacer algo.

Este era el decreto de la logia promulgado por el periódico aludido. Esta es la explicación de todo lo que se ha hecho.

La Epoca y *El Liberal* quisieron coronarle á usted por suscrición.

Pero la suscrición, á pesar de haber tomado parte en ella con cuatro mil reales cierta

dama que acababa de retirar el aceite que su casa suministraba á las lámparas de una iglesia, produjo muy poco dinero, y el proyecto de coronación se quedó en cierna.

Si hubiera llegado á granar, los que recordábamos las palabras de aquel periódico masonizante hubiéramos dicho con resignación: ¡Había que *hacer algo!*

Conste, pues, Sr. D. José, que el éxito feliz de sus dramas ha sido obra de la masonería, pues ellos son malos de remate.

Y conste, que como autor dramático tiene usted dos gravísimas responsabilidades ante Dios y ante la patria; una directa, por el daño que sus dramas han hecho en el público, y otra indirecta, por haber formado, acaso sin querer, discípulos como Leopoldo Cano, cuyos dramas son peores que los de usted todavía.

Y ahora, hay que añadir, Sr. D. José, que el ropaje con que usted suele vestir sus dramas, esto es, la versificación, tan alabada por algunos críticos pudorosos, que queriendo alabar algo, no se atreven á alabar otra cosa, también es detestable.

Prosaismos, ripios, cacofonías, durezas, oscuridades, de todo hay en los dramas versificados de usted; de todo menos poesía.

Ahí va para muestra una redondilla de *El Gran Galeoto*, que no es de las peores ni con mucho.

Habla usted del autor de un libro y dice que

«Gallardamente celebra,
Demostrando no ser zote,
Amores de Lanzarote
Y de la reina Ginebra».

¿No es verdad que el ripio del segundo verso ni siquiera podría pasar en los primeros ensayos de un alumno de retórica?

Otra muestra:

¿Es suficiente en paseo
O en mi mesa ó en el teatro...?

¿No es verdad, que para hacer de este segundo renglón un verso octosílabo, se necesita casi tanto esfuerzo como para hallar el sentido común del drama?

Pues si hiciéramos una visita á *Haroldo el Normando* ¡qué cosas encontraríamos por allí! ¡Cuántos *rescoldos* particularmente! ¡Hace usted tan gran consumo de *rescoldo*, para concertar con *Haroldo!*..

Por ejemplo, en el monólogo de la escena quinta del acto primero, dice usted ó hace decir á una pobre muchacha, á la cual tiene usted cuidado de sentar junto al rescoldo para ir preparando el consonante:

AURELIA.

"Dice cosas tan extrañas....
La pobre mujer delira...
(Pausa: se sienta junto al rescoldo)
¡Cómo se eleva la *espira*
Del humo en estas cabañas!„

Antes de pasar adelante, Sr. D. José, ¿no sabe usted que el rescoldo no da humo?

Si tenía usted interés particular en que la muchacha viera subir el humo, hubiérala sentado usted junto á la lumbre.

Pero ya se ve; usted necesitaba el rescoldo, y... hace usted á la muchacha seguir diciendo:

«Pero no se va jamás...»

¿Quién, el humo, la espira ó la pobre mujer que delira?

«Envuelve oprime y *acosa*...
Y eso que *esta* es más *hermosa*,
Más grande que las demás».

Pero ¿quién es *esta* más hermosa y más grande? ¿Es la *espira*, es la pobre mujer, ó es la cabaña?

(Nueva pausa).

«De mi padre en el castillo
También un *rescoldo* había,
Pero no se parecía
A este *rescoldo* sencillo.

Ya van tres rescoldos en tres cuartetas, y todos estaban demás.

El primero porque lo que allí necesitaba usted era un poco de humo, y eso no se lo podía á usted dar el rescoldo, á lo menos el rescoldo que se usa en Castilla y en el *Diccionario*; el segundo, porque en un castillo tampoco suele haber rescoldo, sino buena lumbre; y el tercéro, porque es lo mismo que el primero.

¡Y decir que todavía están empezando los *rescoldos!*

Siga la niña hablando del castillo:

Por las *muchas chimeneas*
Arrebataban los vientos
Los humos de los sarmientos
Y *los humos* de las teas.

Pero D. José, ¿para qué hace usted ese derroche de humos? ¿No bastaba un humo para cada cosa? ¿O es que se ha propuesto usted demostrar que «tiene usted humos» ó que «gasta usted malos humos», únicas frases en que suele usarse el plural de la palabra?

¿Y las mu*chas chi*meneas? ¿Le gusta á usted ese *chas... chi?*

Pero, en fin, no riñamos por eso y vamos adelante.

Siga la muchacha:

«Los escuderos reían
Y las mujeres rezaban...»

Ni los escuderos están siempre riendo, ni las mujeres suelen rezar en la misma pieza ó junto al mismo rescoldo, donde los escuderos se ríen:

«Los escuderos reían,
Y las mujeres rezaban,
Las llamas chisporroteaban...»

Poco á poco, señor D. José.

En primer lugar, las llamas no chisporrotean jamás. No las levante usted falsos testimonios. Lo que chisporrotea es la leña ó el

carbón, ó cualquier otro combustible que tenga huecos llenos de aire que al dilatarse con el calor produzca estallidos.

Parece mentira que no sepa usted esto siendo ingeniero, y además especialista en cosas de quemar, desde que descubrió usted el famoso *quemadero* de la Inquisición, que resultó una fábrica de hules arruinada.

Y en segundo lugar, ¿lo vé usted ahora cómo no era *rescoldo*, sino lumbre, lo que había en el Castillo de Galicia? ¡Bien se lo decía yo á usted!

Si hubiera sido *rescoldo*, como decía por mandado de usted la simple de la chiquilla, ¿cómo había de tener llamas, y llamas que se permitieran el lujo de chisporrotear?

Bueno. Con poetas como usted ya se sabe que hay que pasar por todo. Paso por lo del chisporroteo de las llamas, y hasta por el *gruñido* inverosímil de unos lebreles á quienes hace usted *gruñir* para concluir la cuarteta:

«Y los lebreles gruñían...»

Yo no sé por qué habían de gruñir; pues habiendo, como usted dice, buen rescoldo, ó mejor dicho, buena lumbre, y estando, como usted dice también, rezando las mujeres y riendo los escuderos, lo más natural era que los lebreles durmieran estirazados á la larga en medio de la cocina.

Sin embargo, ¿usted quiere que gruñan?

Pues por mí que gruñan hasta que se cansen.

«En fin, yo á todo me amoldo...»

Esto creerán los lectores que lo digo yo, porque realmente me estoy amoldando á todos los malos versos de usted.

Pero no; es usted mismo quien lo dice, ó la muchacha por encargo de usted, y, es claro, en cuanto sepan los lectores que usted es el que dice eso de «á todo me *amoldo*» sospecharán que al final de la redondilla viene un *Haroldo* como una loma.

Porque si no, dirán ellos, ¿qué necesidad teníamos de saber ahora si la muchacha se amoldaba ó no se amoldaba á todo?

«En fin, yo á todo me amoldo
Gracias á la Virgen pura...»

¡Eso! Gracias á la Vírgen pura, porque había que preparar un consonante á oscura; que si no, de seguro no se hubiera usted acordado de dar gracias á la Virgen.

No puede decirse que ese verso sea ripio, porque la Virgen Santísima no puede estar de sobra en ninguna parte; mas lo cierto es que usted la puso ahí por el consonante exclusivamente.

Y gracias que para el consonante le convino á usted una oración, que si le hubiera á usted convenido una blasfemia, lo mismo la pone. Siga usted:

«En fin, yo á todo me amoldo,
Gracias á la Virgen pura,

Mi cabaña es más *oscura*
Que esta cabaña de Haroldo...»

Y á nosotros ¿qué nos importa, criatura, que tu cabaña sea más oscura ó más clara?

Y sin embargo, estos dos últimos versos le determinaron á usted, señor D. José, á escribir la redondilla, que es de esas que empieza usted á hacer por la parte de abajo.

No lo niegue usted, porque lo hace usted muchas veces.

Le pareció á usted un día que era buen final de redondilla este:

«Ni se ha hundido el firmamento
Ni han temblado las esferas.»

Y escribió usted encima otros dos versos cualesquiera, llenos de ripios, con lo cual quedó la redondilla hecha.

Quiere usted otro día buscar un contraste, y dice usted verbigracia:

¡Qué frío se siente afuera!
¡Qué calor hay aquí adentro!

Señalando al pecho. Y dice usted para sí: ¡bonito final de redondilla! Con lo cual ya no tiene usted que hacer más que poner encima cualquier cosa.

Y queda hecha la redondilla, por ejemplo, así:

«El mundo no está en su centro,
Yo soy hijo de una fiera:
¡Qué frío se siente afuera!
¡Qué calor hay aquí adentro!

Y el aplauso es seguro.

En la escena siguiente dice usted, ó hace que Haroldo diga:

¡Necio! ¡Conmigo luchar!
Ya verá toda su maña
De qué le sirve. Y *sin saña...*»

¡Es claro! Sin *saña*, aunque no sin ripio.

Un hombre que está loco furioso, y que no conoce otro sentimiento que el de la venganza, ¿qué cosa más natural, teniendo que concertar con *maña*, sino que obre *sin saña?*

Así le gustan á usted las cosas, sin saña, y sin sentido común y todo.

Después, entre el bárbaro y la muchacha dicen:

AURELIA. —Perdona.
HAROLDO. —¿Quién es?
AURELIA. —*¿Haroldo?*

(Ya vendrá el rescoldo: no hay cuidado.)

HAROLDO. —Aurelia.
AURELIA. —Yo soy.... venía...
HAROLDO. —Sí, la noche está muy fría,
Quédate junto al *rescoldo.*»

Bueno, pues que se quede.

Y dejemos también *junto al rescoldo* la leyenda trágica y los versos de usted, porque al cabo, aunque surta una chispa y se quemen, no se pierde mucho.

X.

Lamentábase amargamente de su desgracia un ciego en una romería, por no poder gozar del espectáculo que, según el murmullo animado de la gente, debía de ser magnífico; y el monacillo le decía por consolarle: «Ande usted, mi amo, que ¡para lo que hay que ver!»

No sé yo si al ciego le parecería muy consoladora la reflexión del monacillo; lo que sé es que, para ver ciertas cosas que se ven en el mundo, casi era mejor no tener vista.

Figúrense ustedes, que hace unos años *salíme yo una mañana*, no al primer reflejo del sol precisamente, ni creo que al segundo, sino al tercero ó al cuarto, y no tampoco por la puente segoviana, sino por la Carrera de San Jerónimo.

El caso es, que con esta bendita afición á las letras, que apenas me deja vivir, me acerqué al escaparate de la librería de Fernando Fe, á ver qué había de nuevo.

¡Y lo que ví, vive Dios,
Que me hizo estremecer!....

¡Un número de *La Ilustración Española y Americana*, entre cristales, con un soneto de D. Pedro Madrazo debajo de todos estos rótulos:

LA CARIDAD AL USO

ó sea

EL HIPODROMO DE PARIS.

EPIGRAMA....

¿No les parece á ustedes que había motivo para temblar?

Lo primero cuatro renglones de título; después un trozo de impresión con forma exterior de soneto; debajo la firma de un académico de la lengua, y todo.... ¡en *La Ilustración Española y Americana*!

Las señas eran mortales.

Temblando y todo, comencé á leer el soneto-epigrama de D. Pedro, que decía:

«O Satán se convierte á Jesucristo,
O se quiere que Cristo al diablo adore...»

¿Qué saldrá de aquí, de este contraste? Vamos á ver:

«O Satán se convierte á Jesucristo,
O se quiere que Cristo al diablo adore,
Pues ley que más cautive y enamore
Que la moderna Caridad, no he visto.»

No, ni yo he visto tampoco mayor falta de ilación y de sindéresis.

¡Qué tiene que ver, diga usted señor D. Pedro, qué tiene que ver que Satán se convierta á Jesucristo ó que se quiera que Jesucristo adore á Satanás, con que usted haya ó no haya visto ley que cautive y enamore más que la caridad moderna, que tampoco es ley ni cosa parecida?

¿No estudió usted lógica, señor D. Pedro, en el antiguo Seminario de Nobles?

Me parece haber oído que sí. Pero si usted la estudió ¿cómo la ha olvidado tan completamente?

¡Si será verdad que al entrar en la Academia olvidan todo lo bueno que saben los que saben algo!

Aunque así fuera, ni Pidal ni Comelerán habrían podido olvidar nada, ¿eh? dicho sea de paso; pero usted ha podido olvidar la lógica que le enseñaron los padres jesuitas.

Que de seguro no le enseñaron á usted á hacer entinemas como este:

«No he visto ley que más cautive y enamore que la moderna caridad; luego..... ó Satán se convierte á Jesucristo, ó se quiere que Cristo adore al diablo.»

Que es igual que aquel otro que se usa en los seminarios para burlarse de las consecuencias falsas:

«En el cielo aparecen nubarrones,
Luego la burra tiene sabañones.»

¡Vaya con el señor D. Pedro!

El segundo cuarteto dice:

«Ley de Amor, mas sin cruz.....»

Antes de pasar adelante, ¿se puede saber, señor D. Pedro, por qué ha puesto usted ahí *Amor* con a mayúscula?

Verdad es que también en el primer cuarteto puso usted Caridad con ce grande. Y eso hablando de la moderna *caridad,* de la caridad falsa; con que si llega á ser caridad verdadera.....

Siga usted.

«Ley de Amor, mas sin cruz; código mixto
De cristiano y gentil, *porque no llore*
La prole de Lutero y de la *Bore*
Rigores de Filipo y papa Sixto.....»

¿Entiendes alguna cosa, lector de mi alma?.....

¿Dices que no?..... Pues yo tampoco.

Por lo cual sería bueno que el mismo don Pedro nos lo explicara, si lo entendiera.....

Pero no lo hará, y es menester que yo te diga lealmente lo poco que sobre el particular se me alcanza.

La moderna Caridad, usando la ortografía de D. Pedro, es ley que cautiva y enamora, y es ley de Amor (¡naturalmente!..... para enamorar..... tiene que ser ley de Amor) con a grande, mas sin cruz, con ce chica; y es código mixto de cristiano y gentil.....

Bueno, ¿y qué?

Hasta aquí la cosa podía pasar, aunque mal; pero luego resulta que esa Caridad con ce grande, que es ley de Amor con a grande, mas sin cruz con ce pequeña, código mixto, etcétera, es todas esas cosas «porque *no llore* la prole de Lutero y de la *Bore*.»

Es decir, porque no lloren los protestantes, pues á éstos supongo yo que alude don Pedro en su logogrifo, llamándolos prole de Lutero y de Catalina.

Verdad es que la manceba de Lutero, la monja criminal y guapa, en cuyos ojos leyó el fraile apóstata la necesidad de reformar la Religión, se llamaba Catalina de Bora y no de *Bore*; pero D. Pedro encontraría el *Bore* en algún libro francés, donde aprendió Ramoncito Nocedal á decir *Bâle* y *Mayence* por Basilea y Maguncia; y como, por otra parte, le hacía falta decir *Bore* para concertar con *no llore*.....

En cuanto á los

«Rigores de Filipo y papa Sixto,»

supongo yo que *Filipo* querrá decir Felipe, nuestro Felipe II, gran enemigo de los protestantes; pero, ya se ve, diciendo Felipe, lo entendían algunas personas más; y luego como Felipe no es asonante de Sixto, no había asonancia entre el primer hemistiquio y el segundo, y tenía el verso un defecto menos: por eso, para que tuviera uno más, creo yo que se decidió D. Pedro á decir *Filipo*.

¿Y *papa Sixto*?

Este papa Sixto, con pe chica, parece una broma, como quien dice papa-suegro.

Pero debe de referirse al Sumo Pontífice Sixto V.

Vamos, que no he leído en mi vida cosa más sin sentido que este segundo cuarteto del soneto-epigrama de D. Pedro Madrazo.

Y eso que he leído cosas de D. Antonio Cánovas.

Pues bueno; con ser este cuarteto tan malo y el anterior y los tercetos no ser mejores, hubo un periódico mestizo que tuvo la osadía de decir del autor, lo siguiente:

«El Sr. Madrazo ha comprendido que el asunto se prestaba á los altos vuelos de la verdadera inspiración, y le felicitamos por la idea y por el desempeño.»

Diga usted, D. Pedro; ¿se lo creyó usted.....?

Pues otro día, tentado por las voces de un moscayón desfarrapado que sin cesar gritaba: *¡A real el tomo, y á perro grande el tomo! ¡Aquí á elegir! ¡A perro grande, á elegir!* me paré, á la boca de una calle de las que bajan á la del Arenal, ante una librería de desecho.

Era de esas en que están los tomos por secciones, siendo los de una sección baratísimos y los de otra todavía más baratos; y en la sección de *á perro grande á elegir* tropecé con un libraco titulado *Homenaje poético*.

Seguí leyendo la portada, que además de-

cía: «*A S. M. el rey D. Alfonso XII en su feliz advenimiento al trono de sus mayores. Dedicatoria á S. M., por D. Leopoldo A. de Cueto, de la Academia Española. Poesías de 35 ingenios.*»

Basta que ellos lo digan, dije yo para mí, y creo que también para el vendedor, aunque no estoy seguro. Lo cierto es que pagué mi perro grande correspondiente y me traje el librejo para casa, donde, apenas comencé á hojearle, me encontré con otro soneto de don Pedro.

También con cuatro rótulos, y también muy malo; esto no hay necesidad de decirlo.

Véanle ustedes:

«Á S. M. EL REY
DON ALFONSO XIII
EN SU REGRESO Á ESPAÑA.

—

SONETO.

Con *divina* misión y alma *gigante*
Al seno vuelves de tu Iberia *amada,*
Donde encuentras *doliente* y *lacerada*
A la que *vistes*, aunque *infiel*, *pujante*.....»

¡Ave María purísima, cuánto desatino!

Venga usted acá, Sr. D. Pedro; venga usted acá. Que no vale escribir así á santa acierta ó santa yerra, para que luego los lectores se devanen los sesos. Venga usted acá, y tenga la bondad de ir contestando á lo que se le pregunte.

Pasemos por lo de la misión *divina* y lo del alma *gigante*, figuras un poco atrevidas.

Pero ¿quién es esa, á la que viste ó vestía D. Alfonso?

España no debe ser, no sólo porque está desnuda, sino porque dice usted al destinatario del soneto: «Vuelves al seno de tu Iberia amada, *donde* encuentras..... á la que vistes.»

De modo que esa *á la que vistes* se encuentra en el seno de España, y por consiguiente, no puede ser España.

Aunque quiera usted que lo sea, que yo creo que sí quiere.

Y luego, ¿quién es, «aunque infiel, pujante»?

Porque aquí lo hay que preguntar todo.....

¿A quién *vestía*, ó á quién *vió* D. Alfonso, *aunque infiel, pujante?*

¿O es que ese pujante, aunque infiel, era el mismo destinatario del soneto?

Vamos, que no se sabe nada.

Como no sea que en el segundo cuarteto se aclaren las cosas.....

Pero ¡quiá!

«De la tenaz Vasconia al moro Atlante
«La audacia fué virtud y ley la espada.....»

¿Fué nada más? ¿Pues qué otra ley tenemos ahora? ¿Me lo quiere usted decir? ¿Y quiere usted preguntar á los diputados de la mayoría fusionista, por ejemplo, á ver qué

otras virtudes conocen más que esa que usted dice?

«Y herida en la satánica algarada
La santa Religión cayó espirante...»

Pero ha tenido en ustedes buenos valedores, buenos. Siga usted:

«Restáurese, *á tu ejemplo*, el timbre *hermoso*
Del castellano honor, la fe *perdida*,
Generosa altivez, honor *preclaro*;
Y de un *largo reinado* en el reposo,
La libertad cristiana *escarnecida*
Deba á tu trono y al altar amparo».

Esto no es poesía, pero tampoco ha resultado verdad.

Es decir, que D. Pedro no se ha acreditado de profeta; porque ni se ha restaurado nada de lo que él decía, ni la libertad cristiana ha debido á aquel trono más que desazones.

¡Como que se llegó al extremo canovista de que al subir un sacerdote á predicar se le ponía un espía debajo del púlpito!...

Pues otra vez, y á la tercera va la vencida, en otra librería de viejo, me tropecé con otro libro titulado *Corona fúnebre*, y también hallé entre sus hojas otra producción de D. Pedro Madrazo.

¡Cuidado, que es porfiado el hombre!

Y esta vez, por desgracia, no era un soneto, que por malo y desgraciado que sea, siempre tiene la ventaja de ser corto. Esta vez, en lugar de ser una combinación de catorce

versos, era una ristra de catorce décimas ó quince.

Véase la clase:

«Á S. M.

EL REY D. ALFONSO XII.

CONSUELO EN SU TRIBULACIÓN.

¡Consuelo, sí! Ya verán ustedes como es lo contrario: un verdadero desconsuelo, á lo menos para la literatura.

«Rey D. Alfonso, no llores...»

Después de este poético principio, cualquiera cosa se puede esperar, aunque sea una sosería como esta:

Tal fué de tu esposa amada
El providencial destino:
Yo la ocasión adivino
De su muerte tan llorada.
Jamás la vi, su mirada
Nunca *cual otros* gocé,
Su senda no holló mi pie...

(¿Qué?)

Mas me dice el pensamiento
Que del cielo al alto asiento
Llamada por Dios no fué.

¡Qué atrocidad! ¡Y qué cosas le dice el pensamiento á este D. Pedro de mis pecados!... Pues ¿por quién fué llamada al cielo? ¿Por su abuelo Luis Felipe?... Difícil sería, porque regularmente no estará allá.

En fin, el caso es que, para explicar esa noticia de que no fué al cielo llamada por Dios, inventa D. Pedro un infundio muy soso, diciendo que si ella le pidió á Dios que no la separara de su marido, que si Dios se lo concedió, que si la dijo ó no la dijo que para estar siempre con él la era mejor morirse y volver en espíritu á vigilarle... con otro montón de incoherencias y de despropósitos capaces de aburrir á la misma difunta.

Esto en cuanto al fondo. Porque en la forma... ¡también hay cada belleza académica de esas que los profanos llamamos desatinos!...

Verbigracia:

«Ni, la aurora de su vida
No nublaba, Dios clemente.
Él miraba complaciente
La hermosa llama *espandida*...

¡Vamos, que también... *espandida!*

Después le dice:

«Dejaís la *codiciada*
Pompa los mundanos bienes

(¡Qué manca de llamarla codiciosa!)

Y aun la hermosura que tienes,
Como *rosa deshojada*».

¡Ah! ¿Las rosas deshojadas tienen mucha hermosura?

Porque supongo que eso es lo que quiere usted decir, que tenía hermosura *como rosa deshojada*; pues si, por el contrario, quería us-

ted decir que dejaría la hermosura como la rosa deshojada, no debió usted meter allá la pompa codiciada ni los mundanos bienes, que es á lo que en primer término afecta el verbo dejar, porque la rosa deshojada no tiene que dejar bienes mundanos.

¡Esa gramática, D. Pedro, esa granática!...

¿Y esta imagen de la gloria?

«Sólo en el eterno día
Que *colorara tu sien...*»

¿Qué tal?... Para decir: «Cuando estés en el cielo», decir: «en el eterno día que *colorara tu sien...*»

¡Casi bien!

Y ahora vamos á ver este inventario:

«Para tí van á cesar
El halago de la madre,
Y del cariñoso padre,
El solícito anhelar...»

No, el anhelar solícito del padre no cesó hasta este invierno.

¡Dios le haya perdonado!

Pero, además, dice la décima que van á cesar también estas otras cosas:

«El aplauso popular,
El risueño porvenir...»

Hombre, el porvenir, ó *lo prvenir* como dicen Ramoncito Nocedal y Damián Isern y algunos otros pobres diablos, no puede cesar,

porque no ha empezado todavía. Si hubiera empezado, no sería porvenir.

«El aplauso popular,
El risueño porvenir,
Las bendiciones oir...»

¿Y la gramática, D. Pedro?

Esa sí que me parece que ha cesado para usted, si es que comenzó.

¿Le parece á usted que está bien eso de

«Para ti van á cesar...
Las bendiciones oir?»

¡Desgraciada joven, siempre blanco de malas concordancias y de todo género de disparates en vida y en muerte!

Porque ya cuando se casaba, puso el marqués de Miraflores en el balcón de su casa un trasparente que decía: «¡*Viva* el Rey y la Reina!»

Y el marqués de Torneros, que era alcalde, puso ó dejó poner en la plaza de Santa Cruz esta copla:

«A los regios consortes
Los deseamos
Felicidad *eterna*
Por muchos años...»

Parecerá mentira, pero es cierto: lo tengo yo *apuntado en mis apuntes*, como decía Pidal, el padre.

Volviendo al Sr. Madrazo, dice en otra décima:

«Mas ¡qué vértigo, qué espanto!...
Al lanzarse *al salto enorme...*»

¡Mire usted que convertir á una princesa en funámbula!

También dice:

«En aquella hora suprema,
Mientras *nos miraba el suelo,*
sumidos en hondo duelo...»

El suelo no mira, señor D. Pedro, ¡qué ha de mirar! Lo que hace es sostener á las gentes, aunque no lo merezcan; pero mirar, no mira.

Y todavía añade usted:

«La mortal *reliquia impura*
De la angélica *sirena...*»

¡Cuánto mote, y cuánto despropósito!

Sirena angélica, y luego *impura....*

Vamos, hombre, que nos va usted á hacer opinar como el lazarillo.

Porque la verdad es que ¡para ver semejantes versos!...

XI.

Voy creyendo que no le faltaba razón al criado del ciego, en resumidas cuentas.

Porque ¡cuidado que se ven unas cosas!

Vean ustedes una carta, ó cosa así, que con el título de *¡Viva Galicia!* muy parecido al de *¡Viva la Pepa!* nos ha traído *El Correo*... no el correo de Mansi, que ese en lugar de traer las cartas, las suele perder, sino *El Correo* del maestro Ferreras, de parte de don Manuel Silvela, el académico.

Véanla ustedes... Y si después de verla no sienten algo así como pesadumbre de tener vista, digo que no tienen ustedes ni miaja de amor á la literatura, ni aun á la gramática.

Supongo que sabrán ustedes que este Silvela es aquel *Juan Fernández* que, hace poco más de tres años, intentó defender el Diccionario de la Academia contra mis censuras, y no supo sino dejarle peor que estaba; el mismo que allá en sus juventudes escribió unos artículos literarios, firmados con el seudónimo de *Velisla*, y después, en el año

de 1867, los coleccionó en un libro titulado: *¡¡¡Sin nombre!!!* (1.)

Por cierto que este título le plagió D. Manuel de un libro francés, traducido del inglés y publicado en París cuatro años antes.

Y no es lo peor que le plagiara, aunque el plagiar no es bueno; peor es que quisiera hacerle pasar por invención propia, y que escribiera para eso un artículo muy largo y muy cursi, titulado *El bautismo de un libro.*

Allí, dice dándose tono, que envió sus artículos á un editor y que éste se manifestó dispuesto á publicarlos, cosa que al pronto parece inverosímil, y después se sabe que no es verdadera.

Añade que el editor le pidió un título para el libro, que él propuso el de *Colección de....*

---

(1) Recientemente se ha reimpreso en el folletín de *La Correspondencia de España*, aumentado con una comediucha del mismo autor y con una *advertencia* del señor Sánchez Moguel, que termina con este chaparrón de alabanzas:

"Y pues que de Silvelas hablo, *permitido me sea* dar á los lectores de nuestra biblioteca una grata (?) nueva. Los hermanos D. Manuel, D. Francisco y D. Luis, mi carísimo compañero, representan la *tercera* generación de Silvelas (¿la tercera nada más, señor Moguel? ¿de modo que el abuelo nació por generación espontánea?) la cual, lejos de descender, comparada con las anteriores, puede decirse que ha llegado al apogeo de las aptitudes y á la plenitud de los merecimientos (y de los sueldos). Ahora bien; la cuarta generación promete rivalizar dignamente con esta, no sé si más en los órdenes político y jurídico ó en el literario. (No está bueno de saber.) Lo que sé es que han sido discípulos míos dos nuevos Silvelas, y que éstos descollaron en mi cátedra de literatura española, y entre *seiscientos alumnos* en primeros lugares (¡claro! para descollar así tenía que ser) y que me complazco en consignarlo aquí, etc.„

y el editor le interrumpió diciendo que no, que el público iba á concluir: *de disparates.*

Sigue diciendo que propuso el título de *Hojas*..... que el editor desaprobó también, diciendo que eso era la especialidad de Selgas; que propuso el de *Cuentos*..... y que tampoco le pareció bien al editor, por ser la especialidad de Trueba; que insinuó el de *Horas*..... que el editor rechazó, temiendo que el público añadiera *perdidas*, y después el de *Pasatiempos*, que no tuvo mejor fortuna.

Cuenta que entonces dijo amostazado, al editor: «Pues yo no digo más; proponga usted», y que el editor propuso *Ocios*, y *Ramillete*, y *Ensayos*, sin que le gustara á él ninguno.

Y refiere D. Manuel, haciéndose ya muy pesado, que empezó de nuevo á proponer y propuso *Al amor de la lumbre*, que no mereció la aprobación del editor, y que después propuso llamar al libro *El verdugo*, y..... tampoco; y *¡Adiós para siempre!*, y menos; y *Aves nocturnas*, y..... mucho menos..... hasta que por fin dijo que, en vista de la dificultad de hallar un título adecuado, estaba resuelto á que la colección se publicara *sin nombre.*

Y que el editor exclamó:

—«¡Sin nombre!.... ¿qué ha dicho usted?....

¡Qué título más interesante, más vago, más incitativo!.....»

¡Señor D. Manuel, señor D. Manuel! ¡Tanto arrumaco y tanto circunloquio para apropiarse sencillamente el título de un libro extranjero!

¡Señor D. Manuel, señor D. Manuel! Figúrese usted lo que me reiría yo leyendo sus pobres alardes de ingenio..... yo que tenía á la vista el libro francés con esta portada:

«SANS NOM
par
W. WILKIE COLLINS
traduction de
E. D. FORGUES
París, 1863.»

SANS NOM, SIN NOMBRE. No puso usted de su casquis más que las seis admiraciones que dan al libro de usted un aire cursi, que el original no tiene.....

Pero dejemos estos pecadillos antiguos de D. Manuel, y veamos el pecado de ahora.

A su tiempo sabrían ustedes que, así como Mambrú se fué á la guerra, D. Manuel Silvela se fué á Lourizán, en compañía de don Eugenio Montero Ríos, ó como dice D. Víctor Balaguer, del «*varbo* de la democracia» (1).

Volvió D. Manuel; y unos días después

(1) Quiso llamarle "el verbo de la Democracia„, pero, como es catalán, se le abrió la *e*, y D. Eugenio resultó *varbo*.

apareció alegre y regocijado, como Canalejas con zapatos nuevos, gritando en *El Correo: ¡Viva Galicia!*

La soflama de D. Manuel, dicho se está, que, como mala, es bastante mala.

Por eso, y porque, llevando la fecha del 15 de Mayo no salió en *El Correo* hasta el 29, hay quien piadosamente sospecha que D. Manuel pretendería primero publicarla en *El Imparcial*, y que este periódico, después de haber visto la clase, se excusaría como pudiera, con lo cual el Sr. D. Manuel no tendría más remedio que acudir á *El Correo* para dar á su senil vanidad la satisfacción de ver en letras de molde su postrero desdichadísimo parto.

Iba éste firmado por *Velisla*, pseudónimo que D. Manuel cree buenamente tan popular y conocido, que no hay nadie que ignore lo que representa.

Pero el señor D. José Ferreras, que es hombre más práctico, y que se pone en la realidad de las cosas, no debió tenerlas todas consigo sobre la notoriedad del mote.

Por no desilusionar completamente al autor, publicó un sueltecito en que se anunciaba la silveliana lucubración, diciendo: «Firmado por *Velisla*, pseudónimo célebre en la república de las letras, publicamos hoy una carta en que su autor describe primorosamente las impresiones *por Galicia* en su viaje de ocho días.»

Pero cuidó de decir en otro suelto, separado sólo del anterior por un bigote:

«Ha regresado á Madrid de su expedición á Lourizán el Sr. D. Manuel Silvela.»

Con esto la popularidad del nombre de guerra literario de D. Manuel no quedaba muy bien parada; pero de la paternidad del artículo tampoco podía quedar duda.

Y vamos al grano.

Es decir, vamos á lo que sería el grano, si en la carta lo hubiera.

Comienza diciendo:

«Mi querido director: No extrañe usted la expresión de júbilo que brota de mis labios.....»

De mi pluma, querrá usted decir. ¿O es que escribe usted con los labios?

«Jamás hubiera creído.....» etc.

Jamás hubiera creído D. Manuel

«que después de recorrer medio mundo, de peregrinar por Italia..... Dinamarca, Alemania, Austria, Praga.....»

¡Hombre! Conque Alemania, Austria, y además Praga. ¿Cree usted que Praga está en el Indostán?

«Alemania, Austria, Praga.....»

O como si dijéramos: Portugal, España y Medina del Campo.

Y continúa diciendo el Sr. D. Manuel que jamás había creído, que después de haber visto todas esas maravillas «todavía habían

(pase la cacofonía) de alcanzar á conmover las fibras de una naturaleza gastada (¿no será literariamente, eh? ¡Ca!..... Si está usted hecho un joven), espectáculos grandiosos como los que ofrecen las riberas del Miño y las rías bajas de Galicia.»

¿Las rías *bajas?* Le advierto á usted, señor D. Manuel, que las rías todas son bajas. Digo, me parece, salva sea la opinión de usted; que las rías todas son igualmente bajas, tan bajas como para estar al nivel del mar, porque si no ya no son rías. Advirtiéndole á usted que si las llaman así en el país, debió usted decir las llamadas rías bajas, ó subrayar cuando menos la frase.

«Y sin embargo (continúa D. Manuel), y sin embargo, tan cierto es que el panorama que ofrece la provincia de Pontevedra excede en frescura y atractivo á todo lo que cabe imaginar, que siento en el alma no poder abandonar la prosa (¿?) y no *atreverme* á cantar la magnificencia de la bahía de Vigo en octavas reales.....»

¡Caracoles! ¡De buena nos hemos librado!... Gracias á que me tuvo usted miedo..... y se comprende. Pero si no es eso nos arrima usted unas octavas que nos divide.

¡Caracoles! vuelvo á decir. ¡Hemos estado á dos dedos de sufrir un terrible chaparrón de octavas reales de D. Manuel! Y estábamos tan descuidados. Bien dicen que no sabe uno la hora en que ha de morir.

En fin, lo mejor es que D. Manuel no se atreviera á cantar en octavas reales la magnificencia de la bahía de Vigo, ni en quintillas la fortaleza de Monte-Real, á cuyos pies se estrellan los malos escritores..... ¡Ah! no; las olas: D. Manuel dice que se estrellan las olas, y vamos adelante.

«A las seis de la tarde del 5 de Mayo (dice don Manuel), salimos con dirección á Galicia.....»

Sería á las seis y cincuenta minutos, ó á las *siete menos diez*, hablando en cristiano.

¿Tan pronto le cogió á D. Manuel la embriaguez del entusiasmo poético-galaico, que al salir de la estación de Madrid ya no distinguía las horas?... Pues ni la purga de Benito...

¿O acaso se le figura á D. Manuel que para que las cartas resulten poéticas hay que alterar y tracamundar las horas de salida de los trenes?

Pero no es esto de la hora lo más malo. Lo peor es que además dice D. Manuel:

«... salimos para Galicia *impelidos* por el tren...»

¡Hombre! *¿Impelidos?..* ¿Por ventura, en lugar de subirse á un coche de primera, se pusieron ustedes sobre el rail delante de la máquina para que ésta fuera dándoles empujones?

¡Impelidos!.. Mire usted, señor don Manuel, los verbos son para usarlos cada cual con la

significación que tiene, y no para poner unos por otros.

Ni su cualidad de académico le autoriza á usted para decir las cosas al revés, por más que explique perfectamente el que usted no las sepa decir de otro modo, ni la cualidad de poética que usted pretende dar á su carta, consiste, v. gr, en llamar escopeta al abanico.

Siga usted *impelido* por su académica afición al disparate.

¡Ah! Y no vuelva usted á poner dos «Galicias» en tres renglones, porque eso es muy feo. Dice usted:

«A las seis de la tarde del 5 de Mayo salimos con dirección á Galicia, *impelidos* por el tren que pone en comunicación el centro de la monarquía con las apartadas *regiones* de Galicia.»

Es claro, y hasta natural. Lo raro y lo que por raro hubiera merecido decirse, hubiera sido que «por el tren que pone en comunicación el centro de la monarquía con las apartadas *regiones* de Galicia» (que entre paréntesis no es más que una *región)*, hubieran salido ustedes con dirección á Zaragoza.

¡Qué cosas le pasan á este D. Manuel!

Y todavía dice más. Todavía dice:

«Después de dormitar toda la noche (dato cuya importancia es imposible desconocer) nos detuvimos en la estación de León, *y sin pararnos á admirar su célebre catedral*, *y dando al olvido* sus bellezas arquitectónicas, pasamos á saborear en su *hermoso*

restaurant un sucelento almuerzo, que se inició brillantemente con una sopa juliana picante y de grata recordación.»

Vamos; ese contraste de la célebre catedral con la sopa juliana... picante, le habrá parecido á usted una gracia de primer orden, un chiste de esos que no se olvidan... ¿No es verdad, D. Manuel? Diga usted que sí; sea usted franco.

Pues bueno; yo también voy á serlo. Mire ueted, eso que á usted le ha parecido una gracia, no es más que una simpleza.

¿Y no tenían ustedes más chispa allá por el año 59?..

Ahora me explico que aplaudieran ustedes, y hasta aprendieran de memoria los disparates de *Flor de un día*...

«Volvimos á emprender la marcha—dice D. Manuel, el de la sopa juliana... picante;—atravesamos *regiones*...»

¡Dale con las regiones!

Este señor llama regiones á los surcos.

«... atravesamos regiones que nos recordaban la planicie inconmensurable de la Mancha; cruzamos Ponferrada, Astorga y toda la región florida del Vierzo.»

¡Olé, por la geografía de D. Manuel!

¿Ha estudiado usted con el general Ibáñez?

Porque ese itinerario parece como si estuviera tomado de algún mapa suyo...

«¡Cruzamos Ponferrada, Astorga y toda la región florida del Vierzo...»

Mire usted, señor D. Manuel, yendo de León á Galicia, antes de *cruzar Ponferrada*, como usted dice con mala sintaxis, pues los nombres de pueblos no se usan en castellano sin preposición, y la misma gramática de la Academia lo prohibe; antes de pasar por Ponferrada, hay que pasar por Astorga, que está todavía en la cuenca del Duero. Después de pasar por Astorga y de atravesar la cordillera que separa la cuenca del Duero de la del Miño, es cuando se baja á la orilla del Sil, afluente del Miño, y se pasa por Ponferrada y por la región florida del Vierzo, de la que es Ponferrada el pueblo más importante.

¡Vamos, que trasladar á Astorga al Vierzo, ó trasladar á Ponferrada á la tierra de los maragatos, son de esas cosas que imprimen carácter!

Es como si describiendo usted un viaje de Madrid á Vitoria por el ferrocarril del Norte, dijera:

«Cruzamos por Burgos, Miranda y Avila.»

¡D. Manuel! ¡D. Manuel!

En seguida quiere D. Manuel hacer otro chiste diciendo:

«...las márgenes del hermoso río Sil, que arrastra arenas de oro, aunque jamás han acertado á depositarse en mi bolsillo...»

¡No sea usted terco, D. Manuel, que no le salen á usted los chistes!

¿Qué importa que las arenas de oro del río Sil no hayan acertado jamás á depositarse en el bolsillo de usted, ni qué falta hacía que acertaran, si es usted quien ha acertado á depositar ó á reunir en su bolsillo y en sus gavetas montones de oro, no en arenas, sino bien acuñado en centines, cobrando pagas de ministro, de embajador, de exministro, etcétera, etc.?

¿Todavía quiere usted más?

Es decirle á usted, Sr. D. Manuel, que eso de las arenas de oro, que no han acertado jamás á depositarse en el bolsillo, sería medio chiste, nada más que medio, dicho por algún periodista pobre; pero dicho por un hombre opulento, como usted, es en lugar de medio chiste, inocentada entera.

Y, para concluir, porque esto se va haciendo muy largo, le haré á usted en compendio las leales advertencias siguientes:

1.ª Que el túnel natural de que usted habla no se llama *Monte-jurado*, sino *Monte-Furado*, es decir, horadado.

2.ª Que toda la descripción que hace usted de Lourizán, desde la *inmensa galería de cristales* hasta los *gallos colosales*, es muy pobre, muy amanerada y muy pasada de moda.

3.ª Que aquello de que las comisiones de Santiago, Vigo y todos los alrededores iban á exponer sus agravios, convirtiendo á Lourizán en *hormiguero* de Audiencias, Diputaciones y

Ayuntamientos, ó en nueva Meka de pretendientes, será verdad, pero viene á ser así como llamar á Montero Ríos cacique.

4.ª Que en cambio, lo que le dice usted de su *futura canonización* es una impiedad dicha sin gracia y una adulación sospechosa de parte de un abogado en ejercicio, al que era entonces presidente del Tribunal Supremo de Justicia.

5.ª Que no se dice «puertos á cual más *hermosos*», sino á cual más *hermoso*.

6.ª Que aquellas «*islas gigantescas*» que se quiebran, yo supongo que serán olas.

7.ª Que aquello de que las costas son «ricas en pesca y en productos naturales» parece dar á entender que la pesca es un producto sobrenatural.

8.ª Que al decir que aquel país está provocando la *emigración* veraniega, habrá querido usted decir la *inmigración*, sólo que no ha acertado, y

9.ª y última. Que las *tortas* esas por las que usted dice que es célebre la estación de Monforte... buen provecho le hagan.

XII.

Don Juan Valera, considerado como prosista, es pasaderillo; pero como poeta, ¡Dios mío, qué malo!...

En prosa se le puede leer.

No es lujoso como Emilia Pardo Bazán, ni robusto como Gabino Tejado, ni punzante como Leopoldo Alas, ni fácil y ameno como José María Pereda. Pero es correcto, y á veces tiene algo de gracia; de modo que si fuera un poco menos relamido y un poco menos pobre, escribiría en prosa tan bien como Marcelino Menéndez Pelayo, su compañero de armas y fatigas poéticas.

Que ¡vaya si han debido de pasar fatigas estos dos académicos metidos á versificadores!

No se necesita más que leer los versos de Marcelino, que ya conocen ustedes, para comprender que le han tenido que costar desvelos muy formales.

Con que los de D. Juan Valera, que son lo mismo, también le han debido de dar muy malos ratos.

Y todo ¿para qué?

Para tener el disgusto de que yo los saque ahora á la vergüenza literaria y los aflija y los vapulee, sin dejarles ni el derecho de quejarse, porque todo el mundo se persuadirá, y aun ellos mismos se han de convencer, de que tengo razón de sobra.

Verdad es que también tienen la satisfacción de que el bueno de Boris de Tannemberg los alabe un poco en francés con notoria injusticia, formando con ellos dos y con Manuel del Palacio la terna escogida de nuestros poetas menores; pero bien seguro es que la tal satisfacción no les compensa el dolor de la azotaina.

El libro de los versos de D. Juan, porque también D. Juan ha publicado su libro de versos, no es tan nuevo como el de Marcelino; tiene ya treinta y dos años de fecha. Pero, aunque no es tan nuevo, es tan malo, eso sí; y no digo que es peor, porque no cabe.

El mismo D. Juan hubo de conocer, sin duda, al imprimir el tomo, que sus versos no eran muy buenos. Pero D. Juan tenía un tío en Indias, quiero decir, un tío que era de los que cortaban el bacalao literario en el bodegoncillo de la Fontana de Oro, y creyó que con decirle: tío, páseme usted el río; iba á pasar su libro á la posteridad sin ahogarse.

Y se lo dijo. Verán ustedes cómo se lo dijo D. Juan Valera á su tío D. Antonio Alcalá Galiano, en una dedicatoria muy prosáica:

«Con todos estos versos en la mano,
Infeliz parto del ingenio mío,
Que por ganar un nombre *suda en vano*,
Imploro tu favor, *querido tío*...»

¡Vamos! ¿Creían ustedes que era broma? ¿No es esto decir bien claro: tío, páseme usted el río?

Y la verdad es que el tío hizo lo posible por pasarle; sólo que no pudo.

El tío, el *querido tío*, escribió, con muy buena intención, un prólogo de veinte páginas dedicado á repetir varias veces que las *poesías*, porque así las llama, de su sobrino, son bastante buenas.

La verdad es que no haría más un padre por un hijo, como suele decirse.

Pero se conoce que el mismo tío no estaba muy seguro de que le creyera la gente, y de cuando en cuando habla con sinceridad y de esta manera:

«Todo cuanto pudiese decir el presente prólogo en alabanza de las obras que á continuación van á ser sometidas al juicio del público, sería inútil.»

Ustedes creerán, y yo también, que con esto pudo haberse ahorrado el *querido tío* de seguir su tarea.

Pero él no lo creyó así, y continuó escribiendo en favor del sobrino, sin perjuicio de decirle también cosas amargas, como cuando habla de los que con frases sonoras ó retumbantes quieren encubrir lo vacío del fondo,

cuando llama obrillas, así, *obrillas*, á las obras de D. Juan Valera, y cuando manifiesta formal temor de que, á pesar de sus esfuerzos para pasar al sobrino á otro lado del río del olvido, «una furiosa avenida se lleve este y otros libros, productos de una generación parlera por demás», de lo cual á llamar charlatán al pariente, no va el canto de un duro.

Y lo peor es que el tío tiene razón, porque ya verán ustedes á D. Juan escribiendo en verso: ya verán ustedes qué soso es y qué frío y qué insoportable.

Conversando con el mismo tío en la citada dedicatoria escrita en tercetos dislocados, le dice:

«Jamás en buscar símiles me paro,
Si con perfecta claridad explico
Lo que *enturbie* quizás si lo comparo.»

¡Lo que *enturbie!*

Sobre ser prosa pura, sobre no haber ni asomos de poesía, tampoco hay gramática.

Porque D. Juan quiso decir «lo que enturbiaría si lo comparara», y por la necesidad del consonante y de la medida y demás, dijo lo que *enturbie*, que no tiene sentido gramatical ninguno.

Él mismo confiesa su falta de inspiración cuando dice prosáicamente:

«Encontrar en iglesia luterana
O en mis versos imágenes es raro:
Y si alguna tal vez los engalana,

Sin yo buscarla entre los versos llega,
Como arrastra en sus ondas flor temprana
Raudo torrente que inundó la vega.»

Y así salta con el sentido de un terceto á otro, quebrándolos todos por la mitad, lo cual es insufrible.

Más adelante se echa sus cuentas allá entre sí, como el oso de Iriarte, y exclama con ademán modesto:

«Quizás en nuestra época de prosa
Al llamarme poeta desatino.»

Quite usted el quizás. Efectivamente desatina usted al llamarse poeta. Mas no porque nuestra época, la época de Zorrilla y de Campoamor, sea época de prosa, sino simplemente porque usted no es poeta, ni por asomo.

¿Qué ha de ser poeta el hombre que escribe tercetos de esta facha?

«*Muy* semejante el pensamiento creo,
En su hermosura á la gentil doncella
Que necesita de primor y aseo
Para *que amable nos parezca y bella;*
Pues la falta de ornato y compostura,
Eclipsa la beldad que luce en ella.

Vamos á ver, señor de Boris; venga usted acá, y dígame si esto es algo más que prosa mediana.

Y si no coja usted la epístola moral de Rioja, que de Rioja es, y no puede ser de ningún otro, por más que la pedantería quiera atribuírsela á un tal Fernández de Andrada,

lo mismo que ha querido atribuir la *Imitación de Cristo* del venerable Tomás de Kempis á diversos autores, alguno de los cuales ni siquiera ha existido; coja usted la epístola moral de Rioja, busque usted en ella los dos tercetos que menos le gusten, y compárelos usted con los dos trascritos. Y después vuelva usted á decir, si se atreve, que D. Juan Valera es poeta, aunque no sea más que de los menores.

Que como se atreva usted á volver á decir eso, también me atrevo yo á decir que entiende usted tanto de poesía como yo de capar rocines.

¡Pues hombre!

Y continúa D. Juan:

«Así como la frase ingrata y dura
De la poesía *disminuye el precio.*
(¡Ay! Todo esto, D. Juan, es prosa pura.)
Aunque también *lo que de suyo es necio,*
Por más que se revista de primores,
No podrá nunca *merecer aprecio.*»

¡Carulla! Aquí está Carulla clavado. Estos tercetos se parecen á los de la traducción de la *Divina Comedia* como un burro á otro.

Y todavía dice D. Juan Valera en otro terceto:

«No digo yo que deba la poesía...»

Pues yo sí digo que no debía usted escribir versos haciéndolos tan malos como ese, que

sobre ser una locución pedestre y prosaica si las hay, tampoco se ajusta á la medida, sino que resulta demasiado largo. Porque poesía tiene cuatro sílabas, en toda tierra de poetas, y aquí no puede tener más que tres si el verso ha de ser endecasílabo.

Y sigue D. Juan diciendo de la poesía en mala prosa no bien rimada:

«Más allá de la ciencia *volar debe*
En alas de creadora fantasía.
Do la razón *á entrar nunca se atreve*,
Allí la inspiración, allí el misterio,
La cábala del arte hallarse *debe*.»

¡Hombre! ¡Cuánto debe, D. Juan! Por ese sistema tiene que ser muy fácil la rima. Que hace falta concertar con *debe*... pues *debe* otra vez, y al avío.

Verdad es que en un verso dice *volar debe* y en otro *hallarse debe*, locuciones las dos tan prosáicas y tan impropias de la poesía como todo lo demás de la epístola valeriana.

Más adelante hay otro terceto que dice:

«Hoy hacen los poetas que se siente
El monstruo de los héroes en el cielo.
¿Cómo la noble España lo consiente?

No lo sé. Pero lo primero es averiguar quién es el que se sienta y dónde se sienta.

¿Es el monstruo, así, á secas, ó el monstruo *á solas*, como diría Cánovas, el que por obra de los malos poetas, como este D. Juan, se sienta en *el cielo de los héroes?* ¿O es, por el

contrario, *el monstruo de los héroes* el que se sienta en el cielo?

O en otros términos: ¿de qué son propietarios esos héroes? ¿Del cielo, ó del monstruo?

Aparte de que nada de eso es verdad; porque suponiendo que el monstruo sea D. Antonio Cánovas, ni es monstruo de los héroes, ni se ha sentado nunca en el cielo, ni se sentará si no muda de vida.

Otro terceto bueno:

«Allí, en Gerona y en Bailén no pudo
Ni en Zaragoza, ver el *gran* Quintana
La última gloria de su *patria mudo.*»

¿Qué es esto de patria-mudo?
¡Si nos lo quisiera explicar el Sr. Boris!
Aunque de seguro no lo habrá entendido.

«Y no porque la raza degenere...»

Así es; no porque la raza degenere, sino porque degenera la poesía en manos de escritores así como D. Juan, esencialmente prosáicos.

Después de dar D. Juan algunos consejos á España, la dice:

«Así de nuevo te alzarás bizarra,
Y *entonces yo y otros insignes vates...*»

¡Caracoles, con la modestia de D. Juan! ¡Anda allá con la medida del verso!...

«Y entonces *yo y otros* insignes vates...»
(Dirán ustedes muchos disparates).

Y concluye así:

«Estos versos sin gracia y sin colores
Son de mi primavera, de la calma
Y el amor que pasó, las pobres flores.

(Pues si esa es la flor... ya sabe usted lo otro).

Y aunque no me han de dar lauro ni palma
Por ellos, *caro tío*, ni dinero,
Antes que se marchiten en el alma
Bajo tu amparo publicarlos quiero.»

Bien; pero ya se habrá usted convencido, caro sobrino, de que cuando los versos son así tan malos como los de usted, no hay amparo que valga.

Porque ¡cuidado que los de usted son malos de veras!

No solamente los de la epístola dedicatoria, sino todos los que siguen en el tomo.

En una... cosa titulada *en la tumba de Laureta* se halla este renglón que pretende ser un verso endecasílabo:

«*Guiada* por un hermoso querubín»

En otra parte dice usted de la maga de sus sueños:

¿Eres quizás la *rápida* esperanza
Que, con tus alas de esmeraldas *vivas*
Vas más ligera...»

Vivas vas más... ¡Qué oído tiene usted, don Juan! ¿Le parece á usted que eso puede sufrirse?

Aparte de lo de hacer *rápida* á la esperanza, que es una ocurrencia... académica.

¡Vamos que una esperanza *rápida!*

Pues á sus amigos, á sus pobres amigos de Granada, les dice usted:

«Entonces iré ahí...»

¿Se puede escribir de una manera más prosáica?

Y más adelante:

«Esa es, amados míos,
Mi ilusión querida.»

¡Don Juan, D. Juan!

Mi ilusión querida ¿cree usted que es un verso heptasílabo?...

Antes nos quiso usted hacer tragar como versos de once sílabas aquellos de

«No digo yo que deba la poesía»

y

«Guiada por un hermoso querubín»,

que tienen doce cada uno.

Y ahora pretende usted hacer pasar por de siete este otro de

«Mi ilusión querida»,

que no tiene más que seis, no descoyuntándole.

Verdad es que hay un cantar que dice:

Tienes la saya larga
Y el mandil corto;
Lo que la sobra á una
Le falta al otro.

XIII.

Me parece que fué Metastasio el que dijo del ave-fénix:

Che vi sia, ciascun lo dice;
Dove sia, nessun lo sa.

Y lo mismo se puede decir del talento de D. Antonio Cánovas.

Porque todos dicen que le tiene, pero no se le ve por ninguna parte.

Y si no vamos á ver: ¿dónde está el talento de D. Antonio?

¿En sus versos?

¡Ay! Los versos de D. Antonio son rematadamente malos, como verá el curioso lector más adelante.

Verdad es que puede un hombre tener talento y no saber hacer versos. Pero el hombre de talento que no sabe hacer versos, no los hace. Y si acaso alguna vez ha caído en la tentación de ponerse á hacerlos, conoce que son malos y no los publica.

Y aquí está ya la falta de talento de don Antonio que, no solamente publicó sus versos

allá de mozo en el folletín de *Las Novedades*, sino que ya en la edad madura los ha vuelto á publicar en un libro ó en dos con el pomposo nombre de *Estudios literarios*.

¡Ya verán ustedes qué estudios!

Pues si escribiendo en verso, ó en prosa, porque también en prosa escribe muy mal, demuestra D. Antonio su falta de talento, cuando se pone á gobernar ¡Dios nos libre!

Don Antonio se estrenó en política en el año de 1854, redactando el manifiesto de Manzanares, que en la forma está muy mal escrito, y en el fondo viene á decir todo lo contrario de lo que D. Antonio ha hecho después en el trascurso de su vida, ya bastante larga.

Durante el quinquenio de la Unión Liberal nunca fué tenido por gran cosa, ni pudo pasar de Subsecretario. Después, en Marzo del 64, fué ministro de la Gobernación en un ministerio de entretiempo, presidido por el señor Mon, y entonces hizo una ley de imprenta muy confusa y muy mala, mandando llevar á los periodistas ante los consejos de guerra ordinarios. Cuando volvió al poder O'Donnell, en Junio de 1865, no le hizo ministro de la Gobernación, sino de Ultramar.

Vinieron por fin los moderados y ya no se volvió á oir hablar de D. Antonio hasta la revolución de Setiembre.

Y después tampoco.

Sino que luego el año 69 vino á las Córtes Constituyentes por chiripa (Mansi creerá que es un distrito de la provincia de Málaga), y aunque pasó mucho tiempo callando, cuando ya se convenció de que aquellos pobres progresistas, aunque blasfemaran alguna vez, no comían niños, se arriesgó á prestar el suyo, es decir, se arriesgó una tarde á hablar por D. Alfonso.

Y es claro, como fué el primero que habló en este sentido, se encontró nombrado presidente de un Comité, para trabajar por la vuelta del hijo de la que se había llamado Isabel II.

No hizo como tal presidente nada que sirviera; y bien sabido es que si él hubiera de haber traído á D. Alfonso no hubiera éste venido todavía.

Pero le trajo el general, D. Arsenio Martínez, con la sublevación de Sagunto, sublevación que D. Antonio, por creer el triunfo imposible, calificó de calaverada, ó algo así, en un manifiesto que tuvo impreso y que por un tris no salió al público.

De todos modos en cuanto D. Alfonso fué proclamado rey constitucional por obra y gracia de D. Arsenio, con sorpresa y contra la previsión de D. Antonio, éste fué el que vino con sus manos lavadas á ser presidente del Consejo de Ministros y amo de la cosa.

Hasta aquí no parece el talento de D. An-

tonio. Pero desde entonces acá ¡cuidado si ha hecho chapucerías políticas el hombre!

Abolió los fueros de las Provincias Vascongadas, que fué lo mejor que pudo hacer para acabar de enagenar á su rey las simpatías de aquel país y favorecer la causa de don Carlos.

Sin tener apenas oposición en el parlamento ni partido dinástico que le disputara el poder, para llegar á gobernar seis años, tuvo que caer del ministerio dos veces, poniendo de sustitutos una vez á Jovellar y otra á Martínez Campos, á éste con ministros comprometidos á plantearle la crisis cuando al mismo D. Antonio se le antojara.

Se empeñó injustamente en que no había de ser princesa de Asturias la niña mayor de D. Alfonso, para que continuara siéndolo la hermana; y tras de muchas vigilias, zurció un decreto con un preámbulo laberíntico en el que revolvió muchísimas leyes, todas las cuales decían lo contrario de lo que él quería que dijeran. Porque evidentemente, siguiendo en la sucesion al trono la ley de Partida, ó Constituciones basadas en ella, no se podía sostener aquel capricho.

Por la vanidad de presidirla y de leer en ella un discurso en francés chapurreado, reunió en Madrid una Conferencia sobre Marruecos, acto sumamente impolítico que nos ató los pies y las manos por extender por allí

nuestra dominación cuando Dios quisiera, puesto que habiéndose firmado un protocolo, la más ínfima de las potencias firmantes puede el día de mañana echarnos el alto y estorbarnos cualquier intento....

¿Dónde está, pues, ese talento macho que generalmente se le concede á D. Antonio?

Ya lo dijo el poeta:

Che vi sia, ciascun lo dice;
Dove sia, nessun lo sa.

En fin, hoy por hoy, no vamos á examinar á D. Antonio como político, sino como académico de la lengua, y hay que saber por dónde llegó á serlo.

Verán ustedes.

Revolviendo el cajón de los papeles selectos (por lo malos), he encontrado una *poesía* ó cosa así, de las mocedades de D. Antonio.

Se llama *Los amores de la luna;* está en verso libre, muy libre, y prueba, entre otras cosas, que D. Antonio ya desde joven debía de mirar con malos ojos al astro protector de los rondadores nocturnos.

Es decir, supongo yo que no miraría bien á la luna, porque si la mirara bien, no la trataría con tanta falta de respeto.

Y hasta de gramática.

Es de noche; circunstancia agravante que, sumada con la *impremeditación* y alevosía con que D. Antonio ha cometido este poema, hace del todo imposible el indulto.

El futuro monstruo *cantaba*, por decirlo así, de esta manera:

«De noche tenebrosa nació un día...»

¡Hombre!... digo, ¡Monstruo! ¿Qué nos cuenta usted? ¿Le parece á usted el caso tan raro que merezca decirse en verso? ¿Acaso con todas las noches, tenebrosas ó no tenebrosas, no sucede dos cuartos de lo mismo?

No que de la noche nazca el día, es decir, que la noche haya parido al día, que esto es una figura cursi, muy propia de un comadrón político que hizo nacer á la vida ministerial á Tejada y á Villaverde, pero que á la noche siga el día, es la cosa más trivial del mundo.

O si no la más trivial de todas, al menos la segunda en trivialidad; la más trivial después del subsecretario que ha sido de Gracia y Justicia, á quien usted hizo marqués de Trives.

Vamos, siga usted, D. Antonio, á ver después del parto lo que pasa.

«De noche tenebrosa nació un día,
Que halló de Cária en la llanura estéril
Al vagabundo *Endimión despierto*...»

¡Despierto precisamente!

Pues mejor era que le hubiera dejado usted dormido ó cloroformizado, para que no diera cuenta el infeliz, y no se quejara del estirón horrible que hay que darle á fin de que llene la medida del verso, como llena us-

ted las medidas de todos los españoles desinteresados.

Porque para hacer de eso de

«Al vagabundo *Endimión* despierto»

un endecasílabo, hay que estirar al pobre *Endimión* como á un quinto hasta ponerle en forma: *En-di-mi-ón,* ó *En-di-mi-jón,* y no se sabe que el pobre pastor haya merecido tan malos tratamientos.

Como no ha merecido, de seguro, tres *yas* que le dispara usted luego á quema-rropa, y que me recuerdan las tres *hastas* famosas del soneto del marqués de Cerralvo.

¡Pobre Endimión! ¡En buenas manos has caído!

«No atiende él *ya* en sus ocios al donaire
De la *desnuda saltatriz...*»

Esto es una alusión á Becerra, ó á Romero Girón, ó á Montero Ríos, ó á Martos, ó á Pidal, ó á cualquiera de los políticos saltadores como Romero Robledo, que saltó de la unión liberal á la demagogia, y desde la demagogia, en cuanto escribió con carbón en las paredes de la Aduana aquel anatema contra los Borbones, volvió á saltar al partido conservador para ser ministro de D. Alfonso, y luego saltó á la democracia con López, y de allí á la sin López, y está dispuesto á volver á saltar al campo conservador en cuanto lo permita Paco Silvela.

Lo que hay es que eso de la desnudez no

está del todo bien, porque los políticos saltones no están desnudos.

«No atiende él *ya* en sus ocios, al donaire
De la desnuda saltatriz, que apenas
Con los *ligeros* pies al suelo toca,
Ni *ya visita* al *húmedo Ninfeo*
(Este Ninfeo debe ser Elduayen
Porque es húmedo y feo como pocos.....)
. . . . . .
Helo *ya* errante en la del *tardo* río,
Margen *doliente* que habitó *contento.*»
(¡Contento, sí, contento! Muy contento,
Como cada español el día fausto
En que reviente usted, ó se retire
A la vida privada, con Vallejo,
Y uno y otro Pidal y Saturnino,
Y..... ¡Vaya! ¿Está usted viendo, D. Antonio,
Como hago versos libres, menos malos
Que los que hacía usted, y aún hace ahora,
Sin tantos yas *ni tantos disparates?....)*

Y ahora, aunque sea en prosa, vamos á ver lo que Endimión ó En-di-mi-jón dice á la luna, ó lo que D. Antonio dice que la dice, porque, en realidad, no es posible que Endimión la dijera tantas bobadas ni tan mal dichas...

¡Vaya! ¡Ni que Endimión fuera Becerra...

Pero D. Antonio nos presenta á Endimión encarándose con la luna, y

«Mujer, *cuando no diosa*, incierto exclama:
¿Quién eres, *dime*, *dí*, que tal me dejas?...»

¡Usted sí que nos deja *tales*, Sr. D. Antonio, con eso de *cuando no diosa* y con ese

dime, dí, que parece otro mote que usted pone á la luna!

«Mujer, *cuando no diosa*, incierto exclama:
¿Quién eres, *dime*, *di*, que tal me dejas,
A tiempo que contigo bien hallado,
Sin ti la vida á conservar ni acierto?...»

Sin ti... contigo...

Ni contigo, ni sin ti, que dice el conocido cantar, y que es lo mismo que nos pasa contigo, ¡oh, *monstruo!* y sin ti, ¡oh, mal poeta! á todos los españoles de buenas costumbres; es á saber: que no podemos vivir contigo cuando estás en el poder, porque nos matas... á cosgayonadas y á contribuciones, ni podríamos tampoco vivir sin ti, porque nos moriríamos de gozo... si no te sustituyera Sagasta.

«Mujer, *cuando no diosa*, incierto exclama,
¿Quién eres, *dime*, *di*, que tal me dejas?...»

Y diga usted, D. Antonio, si se puede saber; ¿no dirigía usted mejores apóstrofes á su novia? ¿La llamaba usted *mujer cuando no diosa* y la decía usted eso del *dime, dí?* Pues no sé cómo no le mandó á usted á paseo.

«A tiempo que contigo, bien hallado,
Sin ti la vida á *conservar* no acierto?
(*Pues parece mentira que no acierte*
A CONSERVAR *el fundador y padre*
DE LOS CONSERVADORES. *Aunque es claro,*
Entonces eras progresista inconscio,
Sin soñar en ser jefe, ni por pienso,
De partido, ¡oh, Antonio detestable!)

Si este mundo te enoja, al que prefieras
Llévame luego, y *tróquese* gozoso...»

¡Hombre! *¿Tróquese* dijiste?

Pues dijiste una barbaridad solemne.

Porque has de saber, ¡oh, eminente Antonio! que trocar es un verbo irregular, que cambia la *o* en *ue*, en la primera, segunda y tercera persona de singular y en la tercera de plural del presente de indicativo y del presente de subjuntivo, y en la segunda de singular y tercera de singular y plural del imperativo, y por tanto se dice «truéquese» y no *tróquese*:

«Truéquese en risa mi dolor profundo»

que dijo Espronceda, sin ser monstruo ni nada.

Pero bien mirado, ¿qué adelantas ya con saberlo ahora? Nada absolutamente, porque ya está el daño hecho. Cuando habías de haberlo sabido, y permíteme que te tutee ¡oh monstruo! ya que tengo que hacer contigo oficios de maestro de escuela, y es seguro que tú también tutearías á los niños, cuando ayudabas, aunque mal, á tu padre en sus tareas pedagógicas; cuando habías de haberlo sabido era antes de escribir. Por eso dijo Horacio:

..... *qui Pythia cantat*
tibicem, DIDICIT PRIUS...

Que es como si dijera que para cantar á la luna hay que aprender antes la gramática, cuando menos.

Pero antes, entiéndelo bien, antes, porque después ya no hace al caso.

Ya no sirve más que para corregirlo, como has hecho tú, poniendo *trocaré* en la segunda edición que no ha de leer nadie.

Conque no vuelvas á *truecar* las conjugaciones de los verbos, feo de mi vida, y vamos andando:

«Si este mundo te enoja, al que prefieras
Llévame luego, y *tróquese* gozoso
Por éste *aquél*. Pero si acaso *en otra*
Región terrena te escondieses, oye
Cuál te ha de amar, ó quién allí tan breve
Hará tus horas como *aquellas*, luna
(Ya que este nombre consentir solías)
Aquellas, *digo*, en que á tu amor el mío
Tales forjaba *dichas deliciosas*,
Que el astro *consagrado* á Venus pudo,
Quizás de envidia *apresurar el paso*...»

que es lo mejor que puede uno hacer, leyendo composiciones de este D. Antonio, *apresurar el paso*, para concluir lo antes posible, sin ningún *aquel*, ni *aquellas luna*, ni *aquellas digo*, saliéndose por *dicha deliciosa* de la *región terrena*, para no volver á meterse *en otra*...

¡Cuidado que disparata D. Antonio! ¿eh?

Pues esto que sigue...

«Al hora *de ordinario* en que la tarde
Su manto *de carmín* plegaba *encima*
Del llano fértil, con ligera planta
Buscábate, y tu disco esplendoroso
Sin falta por la cumbre hallaba, y *puerto*
Seguro siempre en tu *invisible carro*...»

¡Mira, que hallar puerto en un carro!..

Y en un *carro invisible*, que es lo más gracioso.

Y luego, *sin falta*... y sin poesía.

Pero lo que él dice:

> «Mujer, cuando no diosa, incierto exclama:
> ¿Quién eres, dime, dí, que tal me *dejas?*
> (*¿Cómo le dejó á usted?)* ¡Ay! cuán alegres
> Eran *tales* allí las horas lejos
> Del bullicio del mundo y *las estrellas...*»

¡Ah! ¿Las estrellas tambien tienen bullicio?

¿Qué tendrán que hacer aquí las estrellas?

Pero hombre, *cuando no Dios*, ó cuando no demonio ¿le parece á usted poco haber estado haciéndonos ver las estrellas ocho años (de dos veces) á todos los españoles, para hacérnoslas ver ahora otra vez en versos libres?

Por lo demás, esas horas *tales*, que eran *alegres lejos*, se parecen á usted, Sr. D. Antonio, que si no es usted alegre ni lejos ni cerca, produce usted alegría en los demás estando lejos.

¡Ah! ¡Pero muy lejos!...

XIV

Pues ahora les voy á presentar á ustedes á D. Antonio traduciendo.

Ustedes creerán... digo, ustedes no, porque habiendo leído el artículo precedente, ya saben á qué atenerse sobre D. Antonio; pero los redactores de *La Epoca*, algunos jueces de instrucción y demás personas de pocos alcances literarios, creerán que D. Antonio, traduciendo es un *monstruo* también como politiqueando.

Y la verdad es que al fin no se equivocan mucho, porque D. Antonio es verdaderamente un monstruo de mirada indirecta, que gobierna mal y traduce peor; es decir, que allá se van Cánovas traductor y Cánovas político.

Pues si en política está D. Antonio á la misma altura que *Merluza* en tauromaquia, como traductor no desmerece mucho de Carulla y del conde de Cheste.

Y eso que traduce también del italiano, que es lo más fácil.

O si no traduce, por lo menos tradujo.

¡Ah, sí! Esta es la única circunstancia ate-

nuante del afrentoso delito literario por que le vamos á procesar hoy (aunque sin secuestrarle las formas (1) ¡qué más quisiera él!), la de haber traducido cuando todavía no era monstruo, ni con mucho.

Aunque, ya se conocía que lo había de ser, por lo mal que lo hizo.

Y no crean ustedes que D. Antonio se puso á traducir ahí cualquier cosa, no; las bromas, ó pesadas, ó no darlas.

¿Conocen ustedes *La Rondinella* de Tomás Grossi?

Pues en esta bellísima poesía puso sus profanas y pecadoras manos D. Antonio.

¡Ah! y gracias que pusiera sólo las manos; pues no dejan de aparecer en la traducción vestigios y señales de que no solamente las torpes manos de D. Antonio, sino también sus anchos pies tomaron parte en la fechoría.

Lo que no se sabe, y debiera saberse para medir mejor los grados de responsabilidad literaria de D. Antonio; lo que no se sabe es si perpetró la traducción por su propia voluntad y sin excitación de nadie, ó si fué á instancias de alguna novia romántica que D. Antonio pudiera tener por entonces.

En este último caso, la gran culpable del destrozo poético sería la novia.

---

(1) Se alude al secuestro de formas del periódico *El Progreso*, ordenado á gran tuerto por un juez llamado Brú, durante la dominación del señor Cánovas.

Culpable por dos lados: el primero por tener el mal gusto de hacer caso á D. Antonio, y el segundo por haber sido causa del estropicio.

Que es como sigue...

Mas para conocer á fondo su gravedad hay que leer antes algo de la poesía original, aunque no sea más que la primera estrofa.

Dice la *canzonetta* italiana:

«Rondinella pellegrina
Che ti posi in sul verone,
Ricantando ogni mattina
La piu flebile canzione,
¿Che vuoi dirme in tua favella
Pellegrina rondinella?

Y dice la traducción de D. Antonio:

«Golondrina *aventurera*
Que *arrimada* á la ventana
Tu canción cada mañana
Me repites lastimera;
¿Qué me quiere cuando trina
Tu voz, dulce golondrina?»

¡Y ahora díganme ustedes si eso tiene perdón de Dios!...

¿Pero de dónde demonios habrá sacado este hombre ó este monstruo, que *pellegrina* es lo mismo que *aventurera*?

De ninguna parte. De que se le ha puesto á él en la cabeza y nada más. Este D. Antonio todo lo hace despóticamente, desde los marqueses hasta las traducciones.

¿Que quiere hacer duque á Lasala?.. Pues le hace. ¿Que quiere llevar un periodista á la cárcel?... Pues le lleva, ó hace que le lleven. ¿Que dice el original italiano *pellegrina?*... Pues D. Antonio pone *aventurera*, sin otra razón que su antojo; y el que venga detrás que arree, ó por lo menos que traduzca, si acierta, la traducción de Cánovas.

El que ha de ser rey, dice un refrán, desde niño se ha de llamar infante. Y también el que ha de ser muy mal ministro y ha de gobernar haciendo barrabasadas, desde niño, ó á lo menos desde joven, comienza á traducir detestablemente.

Llamando aventureros á los peregrinos.

¿Y qué diremos de aquello del segundo verso; aquello de traducir *che ti posi in sul verone*, «que *arrimada* á la ventana?»

Diga usted, D. Antonio: ¿dónde ha visto usted jamás una golondrina *arrimada* á una ventana?

¡Mire usted, que una golondrina *arrimada* á una ventana!.. ¡Usted sí que es arrimado... Iba á decir un disparate.

Porque leyéndole á usted se contagia uno sin sentirlo.

Y en fin, que si fuera usted todavía un simple gacetillero como entonces, lo primero que se me hubiera ocurrido decirle á usted era esto: «¡Que arrimada á la ventana!.. usted sí que es arrimado á la cola.»

Conste que, si no se lo digo á usted, es por ser quien es, vamos, ex-ministo, etcétera.

¿Y aquello de los últimos versos:

«Qué *me quiere* cuando *trina*
Tu voz, dulce golondrina?»

Ni la golondrina trina, Sr. D. Antonio, ni su voz tampoco. Los que trinamos somos los españoles de verdad, contra usted y contra su malísimo gobierno, cuando gobierna.

Y además, ¿por qué pregunta usted á la golondrina á ver *qué le quiere*, si tampoco en el original estaba así? ¿Qué le ha de querer á usted la golondrina, Sr. D. Antonio? Nada absolutamente; la golondrina no le quiere á usted nada. Ni nadie, hombre, ni nadie.

Segunda estrofa.

El poeta italiano dijo:

«Solitaria, nel' obblio
Dal tuo sposo abbandonata...»

Y el remendón español traduce, dígamoslo así:

«Solitaria abandonada
Del *ingrato esposo impío*...»

¿Nada más?...

¿Qué daño le habrá hecho al Sr. *Bodegas*... (en italiano *Cánova* significa *bodega*), qué daño le habrá hecho al Sr. D. Antonio *Bodegas* ese pobre *esposo* para emparedarle ahí de esa manera entre dos adjetivos denigrantes? ¿De dónde habrá sacado él que el *esposo* de la golondrina fuera *ingrato*, si el autor no lo dice?

¿No pudo haberse muerto?

Y luego diga usted: ¿por qué llama usted *impío* al golondrino, Sr. D. Antonio? ¿Por qué le llama usted impío?... Algo más impío es usted, que nos metió la libertad de cultos sin que hiciera maldita la falta.

A más de que *sposo* tampoco se traduce *esposo*.

Y vamos adelante:

«Solitaria abandonada
Del *ingrato esposo impío*,
¿Por ventura al llanto mío
Viuda lloras desolada?...»

Pase que la golondrina sea viuda ó *viudita*, porque así la llama el autor, *vedovetta sconsolata*, me parece. Pero que *llore por ventura*, eso ya es más raro; y sobre todo que *llore al llanto mío*, es decir, *al llanto* de usted... ¡Vaya! que eso de *llorar al llanto* no entiendo lo que es. Ni usted tampoco.

Lo único que ha lugar á pensar, es que la golondrina llore por lo mal que traduce usted, Sr. D. Antonio.

Debo advertir honradamente al lector, que cuando el Sr. Cánovas hizo el año 68 una remonta general en sus poesías, también á esta traducción la echó medias suelas.

De modo que en lugar de aquello de

«*¿Por ventura al llanto mío*
Viuda lloras desolada?»

Puso esto otro:

«¿Juntar llanto al llanto mío
Quizá quieres desolada?»

¿Cuál de las dos versiones escogerían ustedes?

Ya lo sé... Ninguna.

Allá va otra estrofa:

«No cual yo, *triste á lo menos*
Tú *en las plumas te levantas...*»

¡Ah! ¿Conque la golondrina no se levanta cual usted *triste á lo menos en las plumas?...*

¿Con que usted se levanta en las plumas?...

¡Bien, hombre, bien!

«No cual yo, *triste á lo menos*
Tú *en las plumas* te levantas;
Las colinas, los serenos...»

Pero D. Antonio, ¡por Dios! ¿Qué tienen que ver los serenos con la golondrina? ¿No sabe usted que las golondrinas son, por lo común, gente de buen vivir, que pasan la noche recogidas en el nido, sin que nunca se encuentren con los serenos por las calles?

Es verdad que como usted comenzó llamando á esa golondrina *aventurera*, á mi entender con notoria injusticia, es natural que haya usted querido que los serenos tomaran cartas en el asunto.

«No cual yo, *triste á lo menos*
Tú en las plumas te levantas;
Las colinas, *los serenos...*

Lagos corres y *á par cantas*,
Y á *llamarle* se encamina
Siempre tu voz, golondrina.»

¿Y á quién llama esa *voz golondrina?* ¿Al sereno?... Vale que no acudirá, de seguro, porque no suelen los serenos acudir cuando se les llama; pero como acudiera y supiera algo de literatura, sería capaz de llevarle á usted á la prevención, por turbar la tranquilidad pública con semejantes traducciones.

Otra estrofa:

«Ya viene *con sus azares*
Setiembre, y partir dispones...»

¿Y de qué sabe usted que Setiembre viene con sus azares? ¿Quién le ha dicho á usted que Setiembre tenga azares siquiera?

Si se tratara de Febrero, se comprende, porque ese mes verdaderamente ha tenido para usted sus azares; como que en él fué en el que se *azaró* usted y cayó del gobierno el año 81. Como cayó usted en Noviembre el año 85.

Pero lo que es Setiembre, no sé por qué dice usted que viene *con sus azares*.

Porque para poner debajo

«Nuevos montes, nuevos *mares*»,

lo mismo podía usted haber introducido en la estrofa *el manifiesto de Manzanares*.

No sería ripio mayor que el de los *azares*, ni más injustificada intrusión que la de *los serenos*.

También esta estrofa la remendó usted el año 68 al imprimir sus *estudios*, poniendo:

«De partir á los azares
Con Setiembre te dispones...»

Y la verdad es que así se entiende menos.

Y se separa más de la hermosa sencillez del original, que dice:

«Il Settembre innanzi viene
.E à lasciarmi ti prepari:
Tu vedrai lontane arene...»

Por cierto que este último verso le traduce usted:

«Tú verás lejas *mansiones*...»

¿Quién le ha dicho á usted que *arene* significa *mansiones*, D. Antonio?

Y luego, ya que emplea usted el adjetivo «lejas», ¿por qué no le ha hecho usted poner en el Diccionario? ¿No ha querido Cañete? Y entonces, ¿de qué le sirve á usted ser monstruo y dueño de la Academia?

Otro poco:

«Y yo *abriendo*, *abriendo* al llanto
Los mis *ojos* cada día
Tras la escarcha y *tras* la fría
Nieve *oir creeré* tu canto,
Que *al parecer golondrina*
A piedad de mí se inclina.»

¡Soberbio! Soberbio como usted, D. Antonio.

Porque hasta ahora, se había creído que los ojos abiertos servían para ver, y que

abriendo los ojos se veía; pero usted, *Bodegas* ilustre, ha descubierto que los ojos sirven para oir, ó para *creer oir*, sobre todo cuando se abren dos veces, *abriendo, abriendo,* como usted dice.

Y eso de que *al parecer* se inclina á piedad de usted la golondrina, tampoco es malo. Pero no crea usted que sea sólo *al parecer;* debe ser de veras.

Motivos no la faltan.

Aunque, como el sentido no está del todo claro, puede ser que usted no haya querido decir que la golondrina se inclina á piedad *al parecer*, sino que se inclina á piedad de usted *al parecer golondrina*, no al parecer ganso.

Porque los versos de usted, señor *Bodegas*, ya sean originales, ya traducidos, una cosa son y otra parecen. Es decir que, parecen malos, y son peores.

Por último:

«Una cruz *por primavera.*»

La verdad es que ya estaba yo echando de menos la *primavera* en los versos de usted, Sr. D. Antonio, y no podía faltar. Son versos de primavera legítimos.

«Una cruz *por primavera*
Hallarás *en este suelo*,
Ten aquí á la tarde el vuelo,
Golondrina *aventurera*:
Dame paz y trina, trina,
Pasajera golondrina.»

Todo está bien. Aquel *por primavera* del primer verso es muy gramatical y muy eufónico.

Y el *ten* tambien está muy bien.

¡Y dale con la aventurera!

Lo de «*dame paz* y *trina, trina,*» debe de ser una equivocación. Lo que usted habrá querido decir es *dame pan...* y *dime tonto,* que es lo que dicen siempre los conservadores.

XV.

Tienen los franceses un refrán que dice: «*A tout seigneur, tout honneur*», lo cual traducido libremente en castellano, quiere decir que, «según es el burro, se le hace la albarda.»

Sin intención, ni la más remota, de que se tomen estos refranes y mucho menos el nuestro en su sentido literal, los he traído aquí para dar á entender que, figurando ya en este libro algunos académicos simples, como Marcelino, Pidal y Cañete, con dos artículos cada uno, creería yo pecar contra la justicia distributiva, si al señor D. Antonio Cánovas, dada su condición de monstruo literario y político, no le dedicara lo menos cuatro. El doble que á los más favorecidos de entre sus compañeros de Academia.

Y como no tiene todavía más que dos, allá va el tercero, por de pronto.

Ya se ha visto cómo cantaba D. Antonio en su juventud los supuestos *amores de la luna*.

Se ha visto también cómo traducía por entonces las *canzonettas* italianas.

Hay que ver ahora otro canto original y rodado, cometido también por D. Antonio en la menor edad, pero en el que ha reincidido varias veces siendo ya viudo y señor mayor, incluyéndole en el libro de sus *Estudios literarios* el año 68, y haciéndole reproducir después el 25 de Febrero de 1875 (á raíz de su inesperado encumbramiento á la presidencia del Consejo de Ministros) en la *Revista Occidental* de Lisboa.

Nótese el detalle de que la revista era *occidental;* como D. Antonio, que está ya en el ocaso afortunadamente.

Afortunadamente, para la literatura.

Casi tanto como para la política.

Pues, sí, este canto de D. Antonio se llama *invitación*, aunque no se sabe por qué, y empieza de esta mala manera:

«Los que juntáis, *felices* trovadores,
El canto *dulce* al arpa *regalada*...»

El principio, como ustedes ven, no puede ser más desgraciado.

No porque D. Antonio hable de *juntar felices trovadores*, porque eso ya se sabe que es una trasposición mal imitada de la de Lope Félix,

En una de fregar cayó caldera;

sino porque, aunque sea eso de *juntar el canto al arpa*... es una juntura que á nadie se le podía ocurrir más que á un estañador de la clase del señor *Bodegas*.

Por más que el arpa sea *regalada* y el canto *dulce;* porque estos epítetos cursis y gastados, ya se sabe que no alzan ni bajan ni sirven más que para llenar su hueco ó su consonante, á la manera como sirvió Pidal para llenar un ministerio.

Dejemos á D. Antonio que redondee su mal pensamiento:

«Los que juntáis felices trovadores,
El canto *dulce* al arpa *regalada*,
¿Sabéis *ya* qué es amor y qué son flores?
¿Habéis ido á los valles de Granada?...

Nada: que D. Antonio cantó á Granada, para no ser menos que Zorrilla.

Se empeñó en ser monstruo en *tooz loz ramoz*...

En política *ze* ha propuezto por modelo á Bismarck, y hasta que no le eclipse no para.

Y en literatura se conoce que quiso seguir y eclipsar á Zorrilla; al Bismarck de los versos.

Sólo que mientras Zorrilla canta aquello de

«Granada, ciudad bendita,
Reclinada sobre flores,
Quien no ha visto tus primores
Ni vió luz ni gozó bien...»

ó aquello otro de

«¡Yo te adoro, Señor, cuando la miro
Dormida en el tapiz de su ancha vega!
¡Yo te adoro, Señor... cuando respiro
Su áura salubre que entre flores juega!...

el pobre D. Antonio sólo acierta á decir:

«¿Oisteis el *trinar* de *aquellas aves*
Y aquel eterno son de *fuente* y *fuente?...*»

De fuente y fuente...

Es decir, de dos fuentes.

¿Pero usted cree, Sr. D. Antonio, que en ir añadiendo fuentes y fuentes está el secreto de la poesía?

Pues no señor. Lo mismo es eso de poner después de una fuente otra fuente, que disparar dos cañonazos, porque no alcanza uno.

Y esto ya sabe usted que es una tontería. Conque lo otro...

¡Vamos! ¡Al diablo se le ocurre... ponerse este hombre ó este monstruo á trinar, es decir, á cantar á Granada!

¿No tenía usted ahí más cerca á Pinto?

Pues para la musa de usted, Sr. D. Antonio, me parece que bastante era Pinto.

O Illescas.

En Illescas, por ejemplo, esas dos fuentes *(fuente* y *fuente)* estarían bien, porque regularmente no habrá más que una, y la villa salía ganando una fuente.

¡Pero meterse nada menos que con Granada!...

Todo por no hacer caso de Horacio, que bien claro se lo dijo á usted y á Cosgayón cuando dijo:

Sumite materiam vestris qui scribitis æquam
Viribus...

Y el resultado es que ni Cosgayón pudo con la Hacienda, ni usted con la poesía... de Granada.

¡Granada... *Bodegas!*

La poesía y la prosa.

¡El edén, y la presidencia de un Consejo de ministros con Pidal y Elduayen!...

¡D. Antonio cantando á Granada!

¡Pero qué afán tiene usted, Sr. D. Antonio, por llevar la contraria á todo el mundo!

Porque observo que ya no es sólo á Horacio y á Villaverde, sino que también quiere usted desmentir á D. Tomás de Iriarte.

El cual, hablando del escarabajo, dejó dicho en una de sus fábulas:

«De este insecto refieren una cosa;
Que, royendo cualquiera porquería,
Nunca pica las hojas de la rosa.»

Y usted, escarabajo literario, sin duda por desmentir la afirmación de D. Tomás, ataca usted siempre á las rosas más frescas y lozanas.

Un día á la *Rondinella*, delicada flor del parnaso italiano.

Otro día á Granada, la rosa más hermosa del hermoso jardín de Andalucía.

No señor; á Pinto, D. Antonio, á Pinto; ó si se quiere usted ir más cerca de su tierra, á la Pizarra.

Y sigue el señor de *Bodegas* preguntando:

«¿Vísteis la luna y la *naciente* aurora
Y los rayos lucir de medio día
A través de los arcos que la *mora*...»

¿Ustedes creerán que esta mora es una mora auténtica?

Pues valiente chasco se llevan ustedes...

La mora de D. Antonio, es otra cosa muy distinta.

Allá va la *mora* de D. Antonio:

«A través de los arcos que la *mora*
Mano partió... en aérea celosía.»

Mano partió...

¡Usted sí que nos ha partido por el medio, como suele decir D. Sebastián Urra desde el púlpito!

Usted sí que nos ha partido con ese *mano partió*... cuando esperábamos ver una mora viva... ó de zarza, pero, en fin, una mora, y no una *mora mano*.

Lo de la *aérea celosía*, es *un ripio aéreo* propio de un estanquero *ídem* como D. Antonio... y adelante.

¿Tenía usted algo más que preguntar?

¡Ah! sí, lo siguiente:

«¿Vísteis *caer los surtidores* claros?...»

No, señor; eso no lo hemos visto nunca: hemos visto caer el agua de los surtidores y á Bosch de la Alcaldía de Madrid, y á usted del Ministerio; pero *caer surtidores*, ni claros ni oscuros, francamente, no lo hemos visto.

Pregunte usted otra cosa.

«¿Vísteis caer los *surtidores claros*
Entre los sotos de arrayan *vestidos*
O lamiendo, al caer...»

Eso sí; todos los conservadores caen lamiendo. Menos usted, que cayó rabiando.

Y luego..... «Vísteis *caer*..... ó lamiendo al *caer*.....» Dos caídas.

«O lamiendo al caer, mármoles *raros...*»

¡Usted sí que es raro!...

«*O lamiendo al caer*, mármoles *raros*
En soberbios salones *embutidos?*»

Pasen los *soberbios* por ser cosa de usted, Sr. D. Antonio; pero, hombre, esos *embutidos...*

¡Salirnos ahora con una cosa tan prosaica como los *embutidos*, hablando de la bellísima Granada!...

Y no diga usted que es mala intención mía; porque la verdad es, que, dada la deliciosa falta de sintaxis con que usted revuelve los *mármoles raros*, los salones soberbios y los *surtidores* que *caen*, no sabe uno adonde pegar como adjetivo los embutidos; y no pudiendo ni sabiendo colocarlos como adjetivo, naturalmente, hay que irse á pensar en el famoso sustantivo extremeño.

Embútanos usted otra pregunta:

«¿Vísteis de adelfas y jazmín y láuro...»

Mucha gente reune usted.

«La bóveda...»

¿La bóveda, ó el Bóveda? Porque á éste, que

también se llama Vallejo, le hemos visto en la Presidencia.

«La bóveda que *en torno se dilata*,
Por donde corre silencioso Dáuro...»

¿Por dónde corre? ¿Por la bóveda, ó por el torno, ó por el *sótano y el torno?*

«Por donde corre silencioso Dauro
Y Genil, al correr, *nieves desata?*»

¿Y quién las había atado?...

¡Mire usted que un río que al correr desata nieves!...

¿A que á usted mismo, ahora después de advertírselo yo, le parece un disparate?...

Otra pregunta:

«¿Vísteis los manantiales que destila
Gota por gota, sobre el hondo río,
Cuando á *bañar desciende* en la tranquila
Onda los pies Generalife umbrío?»

¿Van ustedes entendiendo algo?

Onda los pies...

Los pies generalife...

Y así sucesivamente.

Pero ¿quién destila los manantiales?

«¿Y la silla del moro *corpulenta?...*»

Corpulento adjetivo para una silla; pero como venía después un *sustenta*...

Por último, ya á D. Antonio no se le ocurre más qué preguntar, y exclama:

«¡Ay! sino, ¡no cantéis!...»

Es decir, si no vísteis esa silla *corpulenta*, y la *gota por gota*, y las *nieves desata*, y los *embutidos*, y los *surtidores que caen*, y la *mora... mano partió*, con todos los demás disparates de las preguntas de D. Antonio, no cantéis.

Que es lo que debía de hacer él, á pesar de haber visto todas esas cosas; no cantar.

Porque lo hace malísimamente.

«¡Ay, sino, no cantéis! Tristes reflejos
En belleza alcanzaron *vuestros ojos*,
Y *con que viéseis* á Granada *al lejos*
Os diera *ya*, cuando *cantáis*, enojos.»

Y continúa D. Antonio, recargando:

«No, no cantéis *aún;* mas presurosos
Allí acudid por letras...»

¿Hay allí fundición, D. Antonio? ¿O son *letras* comibles de esas de pasta para las sopas?

«No, no cantéis *aún;* mas presurosos
Allí acudid por *letras...* y sonidos,
Y *tales* hallaréis, que *deleitosos*
Os hechicen el *labio* y los oídos.»

¿Y qué son esos *tales*, señor *Bodegas*?

¿Son lo mismo que aquellos *tales* de los *amores de la luna?* ¿Y cómo hechizan el *labio?*

¡Qué *tales deleitosos* gasta usted, hombre!

Allá va otro cuarteto:

«Y *entonces* enviaréis á las hermosas
De esperanzas y amor *tales* querellas.»

¡Qué afición á los *tales!* Pero al fin este *tales* se sabe que se refiere á las querellas; el anterior no se sabe á quién pertenece.

«Que, cuando *pareciesen* desdeñosas...»

¿Las querellas tales, ó las hermosas?

«Que, cuando pareciesen desdeñosas,
Tiernas, *de hoy más*, os mirarán por ellas.»

¿De hoy más? ¡Qué poético!

Y luego, ¿para qué dice usted *de hoy más*, si está usted hablando en hipótesis, de *entonces?...*

«Y *entonces enviaréis...* que cuando pareciesen... *tiernas de hoy más os mirarán...*» No, señor; eso no es sintaxis. Será si acaso sintaxis *bodeguil*, pero no castellana.

Ahí, dada la construcción de los tres primeros versos, tenía usted que decir no *de hoy más*, sino «*de allí en adelante*», lo cual no sería más prosa que lo que usted ha dicho.

Todavía sigue D. Antonio ensartando cuartetos malos, uno de los cuales comienza:

«Diréis lo que sepáis...»

Consejo que debiera tomar D. Antonio para sí, para no decir más que lo que sabe.

Aunque si D. Antonio se limitara á decir lo que sabe, ciertamente diría muy poco.

Y desde luego no volvería, como vuelve, á hablar de *los claros surtidores*, ni diría:

«Los moros que venció el buen caballero»,

verso imposible; ni diría en otro:

«De esos valles y alcázares *é historias*»;

ni llamaría al agua del río *siempre verde*, como si el agua del río tuviera parentesco con Raymundo Fernández; ni diría que

«El oro Dáuro de sus linfas pierde»,

porque Dáuro no tiene oro que perder en las linfas, sino en las arenas; ni diría que

«Alegre esconde el Albaicin *en huertos*
Su muerte, al peso de la edad, vecina...»

Porque ¡esconder *en huertos* la muerte vecina al peso de la edad!...

D. Antonio concluye con este otro cuarteto inverosímil:

«¡Oh! si no es que tenéis los trovadores
La garganta sin voz ó el arpa rota,
Id y cantad, las fuentes *ni* las flores
Ni allí la antigua inspiración se agota.»

Donde sólo después de un rato de reflexión se llega por conjeturas á presumir, que lo que el señor *Bodegas* quiere dar á entender, es que ni *las fuentes se agota* (concordancia vizcaina ó malagueña) ni *las flores se agota* (¡agotarse las flores!) ni *allí* se agota la inspira-

ción antigua, ni aquí tampoco se agota la facultad que tiene D. Antonio de escribir dislates.

¡Qué lástima que no tomara para sí el señor *Bodegas*, aquel consejo que él mismo da á los trovadores felices, plagiando probablemente á algún juez de instrucción: *Diréis lo que sepáis...*

Porque si D. Antonio se limitara á decir lo que supiera, como nada sabe decir bien, no diría absolutamente nada.

Ni en verso ni en prosa.

XVI.

Hay en el desdichado libro de los versos de D. Antonio, en aquel libro que D. Antonio apellidó buenamente, es decir, malamente, *Estudios literarios*, á más de elegías y sonetos, otras... cosas á las que D. Antonio llamó *canciones*.

Cómo serán las canciones de D. Antonio, fácilmente puede figurárselo quien haya leído cualesquiera otras cosas de las suyas.

Mas para ahorrarles á ustedes el trabajo de figurárselo y el riesgo también de equivocarse en favor de D. Antonio, pues por malas que se figuraran sus canciones, no habían de figurárselas tan malas como son, voy á presentar á ustedes una.

Es la primera, va dirigida contra Elisa, y empieza así:

> «*¿Quieres*, Elisa mía,
> Que entone *quieres* apacible canto...?»

Como si no quisiera; pues el señor *Bodegas* es incapaz de entonar ningún canto apacible.

Y además, ¿para qué la dijo dos veces *quieres?* ¿No bastaría una?

«*¿Quieres*, Elisa mía,
Que entone *quieres* apacible canto
Que *allá decir* solía
Cuando esperaba de tus ojos tanto
Y aún no tu ingrato desamor temía?»
(¡Ay, cuánta tontería!)

Porque convendrán ustedes conmigo, en que todas esas cosas lo son:

Y si no, vamos á ver. ¿Qué esperaría don Antonio de los ojos de Elisa? ¿Qué podía esperar de unos ojos que, si se parecían á los suyos, no serían muy hermosos? Y aunque lo fuesen...

Y si no esperaba nada, ¿para qué dice aquello de

«Cuando esperaba de tus ojos tanto»?

¿Y dónde será *allá*, que dice D. Antonio en el verso anterior?

Y sobre todo, ¿para qué nos emplumaría, ó mejor dicho, para qué emplumaría á la pobre Elisa aquel par de *quieres?*

Se advierte que esta estrofa también la remendó D. Antonio al ponerla en el libro de los *Eztudioz*; pero ya antes de remendarla tenía el par de *quieres* y otros varios pares de desatinos.

Y eso que entonces no llamaba D. Antonio á estas cosas *canciones*, sino *cántigas*, á lo Rey Sabio.

Pero lo mismo da. La estrofa decía:

«*¿Quieres*, Elisa mía,
Que *suene quieres* plácido mi canto,
Como sonar solía,
Cuando esperaba en tu *cariño* tanto
Y nada aún de tu desdén temía?...

Total... en vez de *suene, entone; apacible*, en lugar de *plácido*; en lugar de *sonar, decir; esperar de los ojos* en lugar de *esperar en el cariño*, y en lugar de *desdén, desamor fiero;* en fin, que no se exceden una estrofa á otra un par de coricias.

Pero imitemos á D. Antonio y hagámosle sufrir la pena del talión disparándole otra estrofa como la suya.

¿Quieres, hermoso Antonio,
Renunciar *quieres* ya del Ministerio,
Para darte al demonio,
Antes de que el país te arme un tiberio,
Que dé de tu torpeza testimonio?

¿Que no le gusta al señor Bodegas? Se comprende; pero también se puede asegurar que mucho menos la gustaría á la pobre Elisa la canción de D. Antonio, si tenía siquiera barruntos de gusto literario.

¡Porque, vamos, que aquel *quieres, Elisa mía, que entone quieres?*.....

Y eso al principio, porque más adelante es peor todavía.

Demonstratur:

«¡Ay!...»

¡Un *ay!* Será que la poesía se queja de los malos tratamientos de D. Antonio, que la trae y la lleva y la manosea para decir:

«¡Ay! la mano en mi mano
Pon...»

Pon... pon... pon... Después vendrá el pun pun; si acaso lo que canta D. Antonio son las boleras del pan, pen, pin, pon, pun, que es posible.

Pero sigamos. Ponga usted, D. Antonio,

«¡Ay! la mano en mi mano
Pon, y suelto el cabello, el labio ardiente,
Trémulo el pecho...»

Pero antes de que se me olvide; *el labio ardiente* ¿ha de estar suelto también? Y á dónde va usted á parar con todos esos preparativos, ó dígase con todos esos ripios?

Sigámosle:

«¡Ay! la mano en mi mano
Pon, y suelto el cabello, el labio ardiente,
Trémulo el pecho, de la tierra el vano...»

¿El vano, ó el consonante?..... Continúe usted:

«Tumulto por mi amor trueca *impaciente;*
(¿Impaciente ha de ser precisamente?)
Y cuando el viento *aroma*
(Esto parece verbo, más si... ¡toma!)
Lleve á las nubes *en sutil murmullo,*
Junte á la par, blanquísima paloma,
Con tu arrullo *mi arrullo.*

(Y en pensar me aturrullo
Que amontone usted ripios todo un día,
Canciller fracasado,
Para salir con esa tontería
De ese arrullo caduco y destemplado).
Y ámame y dilo...»

Continúa D. Antonio.

«Y ámame y dilo...»

¡Pues no pedía usted poco, en gracia de Dios, ó en pecado mortal, que sería como estaría usted probablemente!

¿Parécele á usted poco heroismo en una mujer el amarle á usted, que además quiere usted que lo diga?

Eso ya sería demasiado.

Ni tanto, ni tanto, D. Antonio.

«Y ámame y dilo. La *veloz* pupila...
Que brilla y *salta*...»

¿Que brilla y salta? ¡Ya! Como lo sospechábamos, por lo de *veloz*...

La *pupila* del cuento ó de la canción, por lo visto es alguna bailarina huérfana, cuyo tutor es D. Antonio. Porque eso de que brilla y *salta*, sobre todo, lo de que *salta*, sólo á esa clase de pupilas puede hacer referencia, así como lo de veloz que queda más arriba.

¿Pero qué diablos tendrá que hacer la tal bailarina en la canción de D. Antonio?

¿No temía usted que con eso iba á aumentar el enojo de Elisa, señor de Bismarckasi?

Y digo aumentar porque antes de llegar

ahí es seguro que Elisa estaba ya enojada.

Desde aquellos dos *quieres*, es decir, desde los primeros versos.

Pero sigamos á la pupila de D. Antonio, que como, según él dice, es veloz y salta, corre peligro de que á lo mejor se nos escabulla y nos deje en blanco.

Aquí va:

«Y ámame y dilo. La *veloz* pupila
Que brilla y *salta* y se *revuelve* inquieta
(Como para bailar la pataleta)
Fíjala un punto sobre mí tranquila...»

Tranquila y consonante de *pupila*... Pupila que por lo visto no es huérfana menor de edad ni *bailarina*, sino la pupila del ojo de Elisa; y pupila tranquila, al decir de D. Antonio, único poseedor de la tranquilidad que se necesita para decir que la pupila del ojo es *veloz* y *salta*.

¡Qué intenciones más dañinas las de don Antonio! ¡Quería saltarla los ojos á Elisa! Le habría dado calabazas, cuando menos, y don Antonio se quería vengar.

¡La *veloz* pupila que *brilla y salta!*

Siga usted, hombre, siga usted:

«Fíjala un punto sobre mí *tranquila*
Y á mi *sedienta* voluntad sujeta
(Voluntad de verano. ¡Qué trompeta!)
Que tu *cándida* voz traiga á mi oído...»

¡Hombre, hombre, D. Antonio! ¿La pupila ha de traer la voz?... A más de que la voz

será clara ó ronca, suave ó áspera, dulce ó desapacible, ¿pero *cándida*?.... ¡Por Dios, don Antonio, ó don alforjas viejas! las voces no tienen colores, hombre. ¿Ha visto usted alguna voz morada?

Pues ni cándidas las hay tampoco.

En cambio si le cae á usted hablar del cutis de Elisa, puede ser que le llamara usted *melífluo*...

¿Pues, y esto?

«Que tu vida renueve el consumido
Fuego en mi pecho, que en cenizas dura.»

¿Y qué es lo que dura en cenizas? La sintaxis quiere que sea el pecho, aunque usted de seguro querrá que sea el fuego.

¡Tiene usted unos quereres tan raros!

Por eso no ha solido usted ser correspondido, y lo más natural era que no lo hubiera usted llegado á ser en toda su vida.

¡Vaya con el «*consumido* fuego en mi pecho, que en cenizas dura!...»

Nada, que es imposible idear una construcción más oscura ni más ramplona.

Y no sigo examinando los versos de la canción á Elisa, por no alargar demasiado este artículo. Mas los analizados, que son los veinte primeros, pueden servir de ejemplar y muestra.

Todos los que siguen son lo mismo, si no son peores.

Y eso que, peores...

XVII.

No se me olvida nunca.

Una noche, hace ya muchos años, paseándose Mariano Catalina con un amigo suyo por el vestíbulo del teatro Español, se le acercó la florista á ofrecerle un ramito de pensamientos, diciéndole:

—Tome usted estos *pensamientos*, don Mariano.

—No los quiero, déjame en paz—la contestó secamente el futuro académico.

—Vamos—insistió ella, haciendo ademán de ponérselos en el ojal de la levita—tómelos usted, que buena falta le hacen.....

Pocos meses después daba el público la razón á la florista, silbando estrepitosamente por insustancial y por vacío el drama titulado *Tomás Aniello*.

Para consolarse de aquel fracaso y del de *Alicia* y de otro que sufrió en otra tentativa dramática, se dedicó Mariano Catalina á poeta lírico, y... ¡si vieran ustedes qué razón tenía la vendedora de flores!

No hace falta decir que el libro de los ver-

sos de Mariano Catalina está impreso con lujo. Siendo malos los versos ya se sabe: con lujo y con prólogo de Cañete.

El cual don Manuel llama al tal don Mariano «espíritu enriquecido con el estudio y la experiencia», y después de decirle que cultiva las berzas... digo, no, las letras humanas por vocación y no por oficio, y que toma el arte por lo serio, y que se conserva fiel á las tradiciones del buen gusto, y que por todas estas cosas se ha atraído la estimación de los buenos, añade que «á esto ha debido Catalina el honor de ser llamado á intervenir en las fructuosas tareas de la Real Academia Española.»

Eso no. Perdone usted, señor don Manuel, pero eso no es cierto.

El honor, si honor fuera, de ser llamado á intervenir en las *fructuosas* tareas de la Real Academia Española, no se lo ha debido Catalina á la estimación de los buenos, que ni le estimamos apenas ni nos metemos en esas cosas; se lo ha debido á D. Manuel Tamayo, que no es bueno del todo, á lo menos á mí no me lo parece (1).

Verá usted cómo fué, ó cómo lo cuentan los que presumen de bien enterados.

Parece que el difunto ministro moderado

---

(1) Dejó de parecérmelo cuando enajenó la primogenitura tradicionalista por el suculento potaje conservador que le ofreció Pidal en la jefatura del cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios.

don Manuel Orovio (q. e. p. d.) tenía por lo menos una cualidad buena: la gratitud. Estaba muy agradecido á don Severo Catalina, porque le había hecho allá en tiempos de doña Isabel un excelente plan de enseñanza que publicó siendo ministro de Fomento.

Después de la venida de don Alfonso, se encontró el señor Orovio de ministro de Hacienda; y como don Severo Catalina ya se había muerto, y este Mariano era algo sobrino, y á don Manuel Orovio le duraba la gratitud, concentró su afecto en el pariente de su bienhechor y le dió un alto empleo en el ministerio, depositando además en él tanta confianza, que en aquel tiempo venía á ser Mariano en la casa grande de la calle de Alcalá lo que José en la corte de Faraón, el que lo disponía todo.

Y como don Manuel Tamayo tenía entonces en el ministerio de Hacienda el expediente de su clasificación como pasivo, para que se le despacharan pronto y bien, se le ocurrió hacerse amigo de Mariano Catalina y le dijo que si quería entrar en la Academia, y Mariano á lo primero se asustó, pero luego contestó que sí, naturalmente, y en fin, que se arregló la cosa.

De modo que así como otros muchachos hacen carrera á título de hijos ó en clase de yernos y hasta de novios—porque últimamente han adelantado ya más las cosas, y los pro-

hombres liberales que disponen del presupuesto del país hacen diputados y funcionarios públicos á los novios de sus hijas antes de que se casen—este Mariano entró en la Academia en clase de sobrino.

Sí, en clase de sobrino. Diga lo que quiera don Manuel Cañete, y sea lo que quiera de lo del expediente de derechos pasivos, que así lo cuentan ¿eh? pero yo no lo vi, ni gana; sea lo que quiera de todo esto, es indudable que, aparte de sus buenas cualidades de escribir poco y mal, á su condición de pariente de don Severo Catalina y no á la estimación de los buenos, ha debido Mariano «el honor, como dice el prologuista, de ser llamado á intervenir en las *fructuosas* tareas de la Academia.»

Por cierto que eso de que las tareas de la Academia sean fructuosas, necesita alguna explicación, y me recuerda un cuento.

A los gritos de *¡no más calvos! ¡remedio infalible!* vendía un charlatán en una feria de León «las verdaderas y legítimas pastillas para hacer salir el pelo.»

—Esto es prodigioso: dos reales nada más; —gritaba desde encima de una mesa—no se ha inventado nada más eficaz para que salga el pelo: apenas se pasa la pastilla por la cabeza dos ó tres veces ya sale....

—No le hagan ustedes caso, que no sale—dijo cuando algunos se disponían á comprar,

un calvo incipiente que había estado escuchando la arenga.

—¿Cómo que no sale?—replicó el sacamuelas haciéndose el ofendido.

—Como que no sale—insistió el espectador—como que le compré á usted una pastilla el año pasado, la estuve usando cuatro meses—y... nada.

—Porque no la sabría usted usar. ¿A ver? acérquese usted—dijo el charlatán con tal resolución que su contradictor obedeció en seguida.—Vamos, úntese usted bien la cabeza—añadió, poniéndole una pastilla en la mano.—Ahora arréglese usted el pelo—dijo, dándole un peine—y verá usted.

El paciente se untó y se pasó después dos ó tres veces el peine por la cabeza.

—Vaya—le dijo el charlatán al oído mostrándole el peine todo embozado:—¿Ve usted cómo *sale?*... Sale en el peine.

Así, de un modo parecido son *fructuosas* las tareas de la Academia: fructuosas para los académicos.

Pero volviendo al libro de Mariano Catalina, dejando el prólogo y entrando por los versos, hallaremos que los mejores son así:

«Nobles, plebeyos, príncipes,
Todo el rencor lo irrita,
Y con terrible vértigo
La multitud se agita
Para humillar del lábaro
El cetro secular...»

¡Adiós, Manzoni!...

No he podido contener esta exclamación, porque, salvo el estar mal acentuados y el no decir nada y el no poderse entender lo del *cetro del lábaro*, estos versos de *Catalini* se parecen bastante á los de Manzoni.

Pues en un soneto muy malo dirigido á don Alfonso «en su entrada cuando volvió á Madrid después de la paz,» á vuelta de otros muchos ripios, le dice:

«Dios el trono te dió...»

¡Qué figuras tan atrevidas! ¿eh?

Porque ¡mire usted que llamar Dios al general Martínez Campos!..

Ni él mismo creerá que lo es; de seguro.

Más adelante nos encontramos á lo cimero de una página con este rótulo:

MIS PENSAMIENTOS.

¡Aquí de la florista!

Y dice Mariano, tan campante:

«Suelen ser mis pensamientos.
Cuando me ocurre pensar...»
(¡Pues es claro! Tú no piensas,
¡Ya lo sabíamos, ya!
Si no muy de tarde en tarde,
Y así... por casualidad.)

Sigue:

«Suelen ser mis pensamientos,
Cuando me ocurre pensar,
Pájaros que huyen del nido
Para no volver jamás...»

(Por eso no te ha quedado
Ni uno para niciar;
Pues los pocos que tenías
Han ido volando ya.
¡Bobo! ¿Por qué no aceptabas
Los que te quería dar
La florista? ¿Vas creyendo
Que no te venían mal?)

Más adelante se lee:

«A VICTORIA

remitiéndole unos versos para su hija Teresa.»

Por el *remitiéndole* creerán los lectores que se trata de un padre que se llama de apellido Victoria, pero no es así. Se trata de una madre, á la que dice Mariano en el oficio de misión:

«Victoria, pobre memoria
A dar con mis versos vengo
De tu hija para la historia;
(Este verso es una gloria)
Pero dando lo que tengo,
No puedo hacer más, Victoria...»

Así es. Pero podía usted haber hecho menos, y se lo hubieran agradecido á usted más, de seguro.

Podía usted no haber dado ni eso que tiene usted, que no es más que ripio.

Después comienza el académico á hablar de la niña y dice:

«Feliz hoy con su candor...
Pronto llorará *perdida*...»

¡Hombre! ¡Qué profecías tan halagüeñas para una madre...! ¿Y no le tiró á usted el costurero á la cabeza?...

Verdad es que luego lo enmienda usted un poco, añadiendo:

«Esa edad que es todo amor...»

Pero de todos modos la primera impresión de la palabra perdida es terrible, y nunca debió usted emplearla.

«Pero entonces ¿qué diré?

pregunta usted un poco más adelante.

Y ese es el caso: tiene usted razón. No diciendo algún disparate que otro ¿qué va usted á decir?

Y más después de la voladura de los pensamientos...

«Pero entonces ¿qué diré?
(¿Y á quién lo pregunta usté?)

Lo que vale es que usted mismo se contesta inmediatamente:

«Pero entonces ¿qué diré?
En verdad que no lo sé;

(Ni yo tampoco).

Pero te aseguro, amiga
Que todo lo que yo diga
De cierto lo sentiré.»

Aquí no hay poesía, pero sintaxis... tampoco.

Porque en primer lugar no sabe si es que sentirá usted lo que diga de cierto ó si es que de cierto sentirá lo que diga.

Y luego usted seguramente ha querido decir que siente usted lo que dice, que habla usted con sinceridad; pero como después del *diga*, subjuntivo, empleó usted el *sentiré*, futuro, y como la sintaxis es así tan intransigente, se rebela y dice que nones; que lo que usted dice es que lo que dice tendrá luego sentimiento ó pesar de haberlo dicho.

Hay otra composición que empieza:

«Soy como la mariposa...»

¡Coquetón!

¡Y con qué serenidad lo dice!

Más adelante escribe usted *en un álbum*:

«Que eres joven y hermosa
Cualquiera, si no *es* ciego, lo *diría*;
Y repetirte yo *tan clara cosa*
Bien pudiera pasar por tontería.»

Sí señor. Y pasa...

Pero lo mejor de todo es aquella felicitación «á Salustiano en sus días» que empieza:

«En no muy buen castellano...»

Si eso ya se sabe: en castellano académico tiene que ser. Adelante:

«En no muy buen castellano,
Y en estilo liso y llano

Mis pobres versos dirijo
A tí, amigo Salustiano,
Y á Salustianito, tu hijo.»

Así:

Y á Salustianito, tu hijo.

Advierto á los lectores, temiéndome que no lo crean, porque tampoco lo querría creer mi querido amigo D. Ramón de Campoamor una vez que le recité esta quintilla; advierto á los lectores que no la he inventado yo, que así está en el libro textualmente, en la primera llana del pliego 10, á la que corresponde la página 145.

Siguen en la felicitación otros muchos prosaismos y otras muchas simplezas; pero ¿á qué citar más, si después de eso de *Salustianito tu hijo*, todo parecería bueno?

Sin embargo no puedo resistir al gusto de reproducir la segunda quintilla que dice:

«A celebrar vuestro día
Van las *agostadas* flores
De mi *seca* fantasía...»

Aquí del *Manitas* el de *El Gorro Frigio:*
«¡Y que puedes decirlo muy alto,
Porque es verdad!»

«A celebrar vuestro día
Van las agostadas flores
De mi seca fantasía;
Si tuviera otras mejores
Lo mismo las mandaría.

Es claro. Y valga la franqueza. Ya que la poesía no vale.

Si tuviera Mariano otras flores mejores, por ejemplo, las que le quería regalar la florista del teatro, no hubiera tenido que *mandar* al amigo Salustiano *ni á Salustianito, su hijo,* esas *agostadas* trivialidades.

Filosofías de D. Mariano:

«La amistad... ¡Oh! la amistad
Es una necesidad...»

Bueno... ¿Y qué más?

«Y aquí la carta termina,

(¡Gracias á Dios!)

Que aunque no es larga ni fina,

(No; ya lo vemos).

Te lleva *en su desaliño*
Leve muestra del cariño
De Mariano Catalina.»

¡Caspitina!

XVIII.

Pues también hay en el libro de Mariano Catalina una carta al marqués de Molins, en coplas á lo Jorge Manrique, «metro que, según dice Cañete, *maneja* (Mariano) con gran facilidad y donaire.....»

Y, vamos á ver.

¿Qué consonante creen ustedes que pone Mariano á la Mancha?

Mariano escribía desde la Mancha (porque ya habrán ustedes adivinado que es de la provincia de Cuenca), y necesitaba un consonante para decirlo.

¿Qué consonante creen ustedes que fué á buscar.

Pues *lancha*: el menos á propósito para un país donde no hay mar, ni apenas río.

Pero hay que ver la estrofa entera para apreciar el ingenio del autor en todo su brillo:

«Como el pescador bogando
Parte del querido puerto,
Con su lancha,
Así yo voy caminando
Por este árido desierto
De la Mancha.»

La analogía, como se ve, no puede ser más grande, ni la imagen, por consiguiente, más propia.

No hay más que figurarse un pescador en una lancha, ó, como dice Mariano, *con su lancha*, que sale de Motrico, y ya parece que se está viendo á Mariano asomado á una ventanilla del tren que va de Alcázar á Criptana.

Porque es de advertir, para que la analogía con el pescador sea más completa, que Mariano iba en ferrocarril, según él mismo dice en otra estrofa tan infeliz como la pasada:

«Y cuando el tren más de prisa
A impulso del *vapor rueda*
Y *anda más,*
Miro *con triste sonrisa,*
Que mi pobre alma se queda
Más atrás.

¿Con *triste sonrisa* ó con triste consonante?

Pero verán ustedes qué cosas ve Mariano desde el tren:

«Veo á Carmen que se *afana*
Trabajando en su *labor*
Con empeño.

(¡Claro! si se afana, tiene que ser con empeño, y si trabaja, tiene que ser en su labor; pero todo hacía falta para llenar la copla).

Y á su *inteligente* hermana
Luchando á más y mejor
Con el sueño.»

(Y es una buena manera
De llamarla dormicera,
Sin beleño.)

Después habla de sus versos y dice con toda la prosa del mundo:

«Coplas *á escape trazadas*
Con la *natural premura*
De un viajero;
Ni han salido bien *pensadas*,
Ni mejor literatura
Darles quiero.»

Hace usted bien. Al cabo eran para otro académico, y, como dice el refrán, para los... académicos, buenos son los salvados.

Después empieza el reparto de las expresiones, lo mismo que en las cartas de los quintos, sólo que más prosáicamente.

Primero á los de casa:

«Y á Carmen la bondadosa,
A Angelita la discreta,
Y á tu niño...»

¡Qué monada, y qué falta de poesía!...

Después á los de fuera:

«Y además de tu familia
En nombre mío saluda,
Con pasión,

(¿Eh?)

A la bondadosa Emilia,
A la bellísima viuda

(¡Hombre! ¡hombre!)

Y al buen Mon.»

¡Eso es! Y al buen Mon... ¿No es esto bien poético?

Ahora la despedida:

«¡Adiós, maestro amoroso...

¡Adiós con la colorada!

Esto no lo dice Mariano en las coplas, pero como dicen los académicos en el Diccionario que es frase que se usa para despedirse, nunca sería mejor empleada que ahora.

«Adiós, maestro amoroso,
Cuya generosa mano
Me apadrina
(Se ve venir presuroso,
De consonante á Mariano
Catalina.)

¿Creen ustedes que no? Pues viene.

Aquí está:

«Siempre es tuyo respetuoso
Amigo ex-corde Mariano...»
¡Catilina!

¿Quousque tandem?...

No lo sé. La verdad es que no lo sé. Porque también trae Mariano en su libro diecisiete docenas y media de cantares, todos tan sosos y tan guapos...

Por ejemplo:

«Ya sé yo por qué la luna
Viene con tan poca luz;

A ver, dígalo usted:

«Porque viene de una tierra
Donde la has mirado tú.»

—¿Y no tiene más gracia?—dirán ustedes.
—Sí, esta otra:

«Te pregunté si me amabas,
Me contestaste que no,

(Naturalmente.)

Y desde entonces, mi vida,
Sordo *como un poste* estoy.»

¿Qué t, a, l, tal?

También se resolvió Mariano á escribir algunas leyendas. Porque los talentos así, de primer orden, lo dominan todo.

¡Pobre Zorrilla! ¡Estaría él tan creído de que en este género no le había de eclipsar nadie...

Y sin embargo... verán ustedes cómo domina Mariano este género.

De sus siete leyendas, porque son siete justas, como los pecados capitales, dice Cañete, que «son de lo más original y estimable que ha producido su estro poético.»

Y también son de lo más sencillo.

La primera se titula *No hay mal que por bien no venga*. Lo mismo que una comedia de Tamayo; vamos, traducida, como todas las suyas.

Tiene sólo cuatro capítulos, y entre todos ellos no más que veintitrés quintillas.

También es verdad que si no tuviera el mérito de ser corta, no tendría ninguno.

Vean ustedes el argumento:

Rosa, la pobrecita Rosa, que así la llama el autor, puso su amor en un oficial.

«Del regimiento del Rey,
Tan sublevadizo *el tal*...»

Pero no crean ustedes que el sublevadizo es el Rey, ni el regimiento; aunque se lo aconseje la sintaxis, no lo crean: el sublevadizo es el oficial,

«Que no *le* guardaba ley
Ni á Rosa ni al general.»

Debía decir *les;* pero en fin... el oficial se marchó á Valencia, y en la ausencia

«La pobre Rosa quedó
A la luna de Valencia.»

Fué al revés; porque el oficial fué el que se marchó á Valencia, mientras Rosa se quedó en Madrid; pero á Mariano le hacía falta encajar ese chiste nuevo, y... pase.

¡Pobre Rosa! Así comienza el capítulo segundo. Y luego

... «abandonada
Por el único mortal
De quien creyó ser amada,
Le ocurrió morirse, *y nada*
Encontró más natural.»

Ni más prosaico.

«Examinó su conciencia
Y dijo: La providencia
Premiará mi abnegación,
Y esto con una inocencia
Que partía el corazón.»

Así es. Y todavía le parte. Sólo que eso no se llama inocencia: se llama tontería.

Después

«Perseverando en su tema
Lo iba combinando todo,
Con serenidad extrema.»

Tan extrema como la que se necesita para presentar estos versos al público.

Pero

«No estando la pobre *á tiro*
De Leucades ni de *Bósforos...*»

Ya comprenderán ustedes que va á tomar fósforos, ¿eh?

Pues no los toma la infeliz, no; los toma el autor... para consonante, nada más. Porque dice que

«No estando la pobre *á tiro*
De Leucades ni de Bósforos,
Dióle á su muerte *otro giro*
Menos sublime, los fósforos,
O el estanque del Retiro.»

Y en esta alternativa cruel se acaba el capítulo segundo.

Pero empieza el tercero, y dice:

«Lo del estanque eligió;
Y un día, por la mañana,
Desde Chamberí bajó
Por la fuente Castellana...»
Y al estanque se tiró.

Ustedes creen que la quintilla concluye así... Pues no, no concluye así la quintilla, ni la muchacha tampoco.

Porque han de saber ustedes que cuando iba ya cerca del estanque

«Vió un hombre tendido, muerto,
Tal vez por un asesino.»

Y, es claro,

«Al mirar su rostro horrible
Sintió pavor invencible.»

(Nada más natural.)

Pero *le* ocurrió la idea

(No al muerto, sino á la muchacha, aunque otra cosa parece á primera vista.)

De que ella no era posible
Que se quedara tan fea.»

Es verdad que

«*Pensó dudosa* un momento
De su hermosura *en la suerte;*
Pero Rosa era muy fuerte
Cuando ante tal pensamiento
No renunció á darse muerte.»

Y entonces, dirán ustedes, ¿se puede saber de qué le ha servido al autor ponerla el muerto en el camino?

De nada; de lo mismo que sirve el resto de la leyenda.

El caso es que la pobre muchacha

«Llegó por fin al *estanque...*»

Ya se están ustedes figurando que la faltó *arranque.*

Pues no lo crean ustedes, no la faltó; le

tuvo. Mariano dice que le tuvo. Después de ponerla junto al *estanque*, dice que

«Tuvo el *decoroso arranque*
De recogerse el vestido.»

Lo que hubo fué que

«Miró al agua, y al mirar
Su rostro, estuvo dudando
Si acabar ó no acabar...
Mas ya se inclinaba, cuando
Oyó á su lado llorar...»

Puede ser que sospechen ustedes que el que llora es el oficial que ha vuelto de Valencia. Pero no. Verán ustedes, verán ustedes:

«Con *rapidez se volvió*
Y un *bulto* junto á *ella* vió;
Acercóse más al *bulto*,
Y....»

¿Qué dirán ustedes que era?...

«Y un recién nacido *oculto*
Entre unos paños halló.»

Y es claro, ya no se pudo tirar al estanque.

Y eso que, no vayan ustedes á creer que ella tuviera nada que ver con el niño. No, ella era una muchacha de bien, que no tenía en la aparición del niño culpa ninguna.

El niño le puso allí Mariano para que la muchacha no se tirara, como podía haber puesto un guardia de orden público.

Porque lo que dijo la pobre Rosa:

«Sí, ampararle es menester,
Yo le debo recoger...
Y entonces... fuerza es vivir.

(¡Claro!)

¡Paciencia! ¡Cómo ha de ser!
¡Ya no me puedo morir!»

¡Qué lástima!

¿Pero no ven ustedes qué ingenioso es todo esto?

Y ahora falta sólo el capítulo cuarto que dice:

«Y cuando á Madrid volvía
La pobre Rosa decía:
No hay mal que por bien no venga;
Y cuando Dios me le envía
Será porque me convenga.»

Es verdad.

Pero no es leyenda, ni poesía, ni nada.

Y es verdad, solamente tratándose de Dios, no cuando se trata de un académico que nos envía sus versos; los cuales de seguro no nos convienen.

¿Preguntan ustedes si no tiene más lances la leyenda?

No más.

Y creo que es la que más tiene de todas. Porque otra que se titula *Dios es la luz*, aún es mucho más sonce.

Comienza el *poeta*, con letra bastardilla, diciendo que cuando, en noche *tranquila* y *silenciosa*, descansa todo en *envidiable* paz, á él entre sueños una voz le acosa siempre tenaz, y añade:

«Cuando mis penas descansar rehusan
Y busca *el torbellino* mi dolor

(¿Qué dolor será este que busca el torbellino? ¿O será el torbellino el que busca el dolor de Mariano?)

De cien voces extrañas que me acusan
Oigo el rumor.»

Y sigue diciendo:

«Por todas partes llevo en el oído
La fiera acusación de una maldad;
Y, *si hay delito*, yo le he cometido
Por caridad.»

¡Ave María purísima!

Pero verán ustedes con qué ingenio explica Mariano este enigma, todo en versos iguales á los que preceden, é igualmente prosaicos.

Una noche, mientras el padre de Mariano estaba durmiendo, á Mariano le llamaba la afición al juego, y se escapó de casa. Después abandonó el lecho... ¿Dicen ustedes que debió ser antes?.. También yo creía lo mismo; pero Mariano dice que fué después, porque dice:

«Pero el juego á sus antros me llamaba
Y al juego fuí
El lecho abandonó mi planta incierta, etc.»

De donde me parece que se deduce que primero se marchó á jugar y después abandonó la cama; es decir, que se fué al juego con la cama á cuestas.

Al salir de casa tuvo cuidado de no cerrar la puerta, ó tiene cuidado de decir en la le-

yenda que la puerta «no se cerró.» No hay que olvidar este detalle.

Aunque Mariano salió de casa para irse al juego, se conoce que le dió otra idea en el camino y se fué á la Playa.

En la Playa vió un *bulto*.

—¿Otro bulto?

—Sí, otro bulto. En todas las leyendas de este académico hay lo menos un bulto, y muchos disparates.

Se paró Mariano á ver el *bulto*, y el *bulto* ¡cataplún! se tiró al mar. Y Mariano se tiró detrás de él y le sacó.

Ya les tenemos á los dos, al *poeta* y al *bulto*, otra vez en la playa. El *poeta* preguntó al *bulto* que qué iba á hacer, y

«Él *con voz ronca* contestó:—Morir.»

Mariano reconvino al *bulto* para que viviera, pero el *bulto* le dijo en muy malos versos:

—«O morir ó matar es mi destino:
Condénasme á vivir, pues mataré;

(Es la misma puntuación del libro).

Tú le diste el puñal al asesino
Acuérdate...»

Después lanzó el *bulto* á Mariano una mirada que le dejó mortal, y luego le mostró la diestra armada

«Con mi puñal...»

con el puñal de Mariano.

De donde se deduce que esta Catalina

usaba puñal en sus nocturnas excursiones. ¡Quién lo había de decir!

Bien dice el refrán, que á veces, bajo una mala capa, hay un... mal poeta.

Después

«Relámpago fugaz brilló en el cielo,
Se oyó del trueno la potente voz:
Bramó la mar; estremecióse el suelo...»
(¡Esto es atroz!)

Y empieza el capítulo tercero.

Sigue hablando el autor:

«Poco tiempo después entre soldados,
Tahures y *perdidas* me metí.»

¡Y con qué frescura lo cuenta!

«Olvidéme de todo al ver los *dados*...»

¿Los *dados* ó los consonantes?

Lo digo porque ya nadie juega á los *dados*, y lo que usted vería si acaso, serían los pies á una sota; pero los dados no. Esos *dados* son para concertar con *soldados*. A mí no me la pega usted, ni ningún académico.

En fin, el caso es que Mariano jugó y perdió (es la vida del hombre malo), y cuando volvió á casa, halló á su padre muerto por el suicida á quien él había sacado del agua, y con el puñal que á él le quitó...

Bueno. Convengo con ustedes en que la leyenda es muy sosa, ó, si ustedes quieren, que sí querrán, en que esto no es leyenda ni es nada.

Pero por qué se llama *¿Dios es la luz?*

No se sabe.

Regularmente lo bautizará así el señor Catalina, porque comprendió que, si Dios no alumbraba algo, el lector de su leyenda se quedaba á oscuras completamente.

Pues ¡si vieran ustedes *La maldición!*... ¡Y *La amistad*, que está dedicada á Salustiano, al Salustiano de antes!

Pero no quiero hacerles á ustedes ver más, porque temo que estén ya... encatalinados.

Conque memorias de *Salustianito*, y hasta Balaguer, si Dios quiere.

XIX.

¿Quién es Balaguer?

Allá por el mes de Octubre de 1868, en los primeros días que siguieron al triunfo de la revolución de Setiembre, varios personajes muy liberales y muy revolucionarios, que habían visto los toros desde la barrera, entraron en España por Barcelona.

El primero creo que fué Prim, y después siguieron su ejemplo algunos otros.

Y andaba por allí un hombrecillo de pelo largo y de facha vulgar, que dió en la gracia de, en cuanto llegaba un personaje de aquellos, cogerle del brazo, meterle por la puerta de la casa consistorial, subirle al balcón y presentarle desde allí á las turbas, que en aquellos días de criminal jolgorio llenaban la plaza de D. Jaime.

Era una especie de introductor de embajadores del pueblo soberano.

Al efecto se había aprendido de memoria un discurso, cuya parte principal decía así, palabras más ó menos:

«¡Sombras de los Moncadas y Berengue-

res, sombras de los condes de Urgel y de Barcelona, sombras de estos y de los otros y de los de más allá... levantaos! Venid á ver á vuestros nietos reconquistando su libertad perdida... ¡Levantaos! Venid á contemplar á vuestros descendientes gozando de los derechos de los pueblos libres...»

Esto era hoy. Mañana venía otro personaje, y volvía el introductor á subirle al balcón de la plaza de D. Jaime y á repetir punto por punto la misma soflama, llamando y haciendo levantarse á las sombras de los Moncadas, de los Berengueres, de los condes de Urgel, etcétera...

Se había repetido ya muchas veces la función, cuando una tarde asistió casualmente á ella un artesano pacífico que, como asistía por primera vez, no conocía al hombrecillo del pelo largo.

Oyóle comenzar su discurso, y sin llegar al pasaje principal, ó sea al levantamiento de las sombras, ya le llamaron la atención sus voces y sus ademanes, por lo cual preguntó á un conocido suyo que vió allí cerca:

—¿Qui es aqueix que predica?

—¡Tonto!—le contestó el otro.—¿No l'coneixes? Es aquell que fa resusitar als morts...

Pues bien, aquel que hacía resucitar á los muertos, era D. Víctor Balaguer, desconocido hasta entonces en la política, y apenas conocido en Barcelona más que por unas revistas

cursis de salones que solía escribir para el *Diario*.

Tres años más tarde fué ya ministro de casualidad.

Digo, de D. Amadeo de Saboya.

Después lo ha sido también de D. Alfonso.

Y ahora ocupa una de esas presidencias pingües donde suelen descansar de su inutilidad y de su torpeza los exministros que han demostrado con bastante claridad no servir para nada.

La presidencia del Consejo de Filipinas.

También ocupó ya la del Consejo de Estado.

Y también dicen que ocupa otra presidencia. La de la junta encargada de levantarle á él mismo una estatua en su pueblo.

Además—y esto no podía faltar—desde el último domingo de Febrero de 1883, es académico de la Española.

Y todavía reniega de España y maldice á Castilla en unos versos en catalán muy malos, repitiendo cuatro veces este estribillo:

«¡Ay, Castella castellana,
No t'hagués conegut may!»

Es decir que ¡ojalá no la hubiera conocido nunca!...

¿Qué más querría este infeliz que le hiciéramos en esta Castilla castellana, que ministro y académico y personaje?

Ya, como no le hubiéramos hecho sabio...

Y eso no se podía...

Pero fuera de eso me parece que no se le ha tratado del todo mal...

Don Víctor Balaguer ha escrito mucho, y todo muy malo, por supuesto.

Tan malo que nadie se lo compra; pero él lo regala.

—¡Líbrele á usted Dios de que le presenten á Balaguer!—me dijo un día un literato ilustre.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque al día siguiente le encaja á usted todos sus libros—me contestó. Y añadió, para dar más fuerza á la amenaza.—Yo le conocí una noche al salir del Congreso: otro diputado me le hizo saludar; y á la mañana, antes del almuerzo, ya llegó un mozo cargado con la *Historia de los trovadores*, las *Tragedias*, las *Poesías*, los *Estudios históricos y políticos*, y no sé cuántas más cosas; en fin, una espuerta de libros enorme.

Como político ha sido detestable.

Cánovas creo que ha dicho de él estas palabras: *Eze* Balaguer lee *loz ezpedientez*, pero no *ze* entera.

Como literato es ridículo sencillamente; y siendo cierto que una sola barbaridad de esas grandes basta para inmortalizar á un hombre, con las que á Balaguer le atribuye la fama, bien repartidas, habría para hacer inmortales á todos los hombres de su siglo.

¿Quién no ha oído hablar de las *plumas de gacela?*

De seguro no hay nadie que no haya leído ú oído contar que á D. Víctor le plugo una vez en su ignorancia zoológica adornar con plumas á aquel cuadrúpedo inofensivo.

También es bien sabido que otra vez describiendo un banquete llamó á la langosta *el cardenal de los mares*, creyendo sin duda que este apetitoso crustáceo, ya en el mar es encarnado como en la mesa.

También se dice que traduciendo novelas, que fué la ocupación casi exclusiva de su juventud, llegó á *ver una luz apagada*; y también cuentan que terminó de esta manera un capítulo: «La condesa cayó desmayada. Cuando volvió en sí era ya cadáver.»

Esto no lo he llegado á comprobar, ni apenas lo creo; pero la verdad es que un consejero de Estado amigo mío me lo contó como cosa cierta.

Lo que no me ha contado nadie, sino que lo he visto yo, y lo tengo á disposición del que lo quiera ver, es lo de *reflejar sombra.*

Esto, aunque parezca mentira, lo dice don Víctor en un libro titulado *El Monasterio de Piedra.*

«Tan solo estoy—dice D. Víctor á un inglés á quien se dirige en el preámbulo—tan solo estoy que mi cuerpo, *ni siquiera refleja sombra.*

¡Miren ustedes que *reflejar sombra!*

Viene á ser así como reflejar disparates.

¡Qué don Víctor este!... La sombra, pedazo de... académico, no se refleja, se hace, se da, se produce ó se proyecta, que es lo más técnico. ¿Pero reflejar?...

¡Si precisamente la sombra es lo contrario del reflejo!...

En el mismo libro dice D. Víctor que *susurran las flores*, lo cual es levantarlas un falso testimonio, y llama *solitario* á un benedictino que vive en comunidad, y dice que unos monjes «encontraron á una mujer tendida en el suelo *y cadáver*.»

Y cadáver, como la condesa, sólo que ésta no se dice que hubiera vuelto en sí.

Pues en el libro de sus tragedias pone este apóstrofe en boca de Safo cuando se va á tirar al mar:

«Abreme tus abismos ¡oh mar salada!»

¡Oh mar salada!... Lo salado aquí es la ocurrencia de D. Víctor. Porque no hay duda de que á Safo la importaría mucho que la mar fuera salada ó sosa para ahogarse en ella...

En el mismo libro llama «emperatriz de gracia y *pubilla de belleza*» á la duquesa de la Torre; de donde se deduce que D. Víctor, siendo catalán, no sabe bien lo que es *pubilla*.

Lo que sabe es hacer sus alardes de impiedad, ó por lo menos supo, ó si no supo los hizo sin saber, allá en el período revolucio-

nario; porque, aunque tonto, bien conocía que para medrar era aquello lo más conducente.

Por eso dice, después de hablar de una Bula de Clemente IV:

«Así daban entonces los Papas reinos que no eran suyos.»

¡Serían de usted!...

Y por eso luego se alza de medio atrás y suelta al aire este par de... versos.

«El clero es lo más innoble
De todo cuanto se ve.»

Vamos, me parece que esto es una burrada ¿eh?

La palabra no será fina; mas para calificar cosas así es lástima echar á perder otra.

Pero no hagamos la tontería de tomar á D. Víctor en serio. Verán ustedes cómo hace versos libres.

«Hoy no eres tu*ya ya.* ¿Tuvo el esclavo...»

Tuya ya, ¿eh? ¡Ya, ya!

«Pero *ni allí... ni allí...* que ni siquiera
En el mercado aquel de los burdeles,
Ni allí, *ni allí* siquiera ha de hallar plaza
La que teniendo libertad, no supo
Antes que darla sucumbir *primero.*»

Así: dos albardas.

Tras de las cuatro veces *ni allí* de más arriba, «*antes* que darla sucumbir *primero.*»

No fuera que alguno entendiera «*antes* que darla sucumbir *después.*»

Y sigue:

«*Antes* que darla sucumbir *primero*...
Que allí, que allí de donde fugitiva...»

Todos los *allí* vienen á pares.

Más versos libres:

«¡Conradino! Y muerto él ya, ¿tú vives
Aún? ¡oh tierra, horror del mundo, escarnio!...»

«¡Conradino! Y muerto él ya ¿tú vives...»

Esto cree D. Víctor que es un endecasílabo castellano.

Y verán ustedes qué imagen:

«Entonces, del patíbulo las gradas
Subió tranquilo *el novio de la muerte.*»

¡El novio de la muerte!... Mejor se podría llamar á cierta persona el novio de la tontería.

Otra frase:

«*¡Si yo soy tú!* Si voy de pueblo en pueblo...»

¡Si yo soy tú!... No, lo que es usted es otra cosa.

Otro endecasílabo:

«Yo, soy, yo, quien lo vi. Y también ¡oh pueblo!»

Otro:

«Pero antes que liberticida, esclava.»

A estas cosas llama endecasílabos Balaguer.

¡Y que esto lo haya hecho un académico, ó, como si dijéramos, legislador, maestro de nuestra lengua y de nuestra poesía!

¿Les parece á ustedes que así se limpia, fija y da esplendor al habla castellana?

Disgustado y entristecido de ver lo mal que D. Víctor escribe en castellano, quise consolarme con la idea de que, á lo menos en catalán, escribiría bien.

Y así creía haberlo oído decir varias veces. Pero ¡quiá!

Me informé sobre el particular de una persona muy entendida, y me dijo que, precisamente lo mismo que á mí, les pasa allá á los catalanes; que teniendo á Balaguer en catalán por un escritor chapucero, creen que escribiendo en castellano será una gran cosa.

Después he visto un tomo de poesías catalanas de Balaguer con un prólogo de D. Aniceto de Pagés, quien dice haber oído afirmar á don Víctor que «cuando escribe versos no existen para él reglas gramaticales ni preceptos retóricos».

¡Bien se conoce!

Y añade el autor del prólogo, poeta catalán y gran conocedor del idioma:

«Una verdadera profusión de adjetivos y un uso inmoderado de la partícula expletiva *ne* dan frecuentemente á su estilo (al de D. Víctor), una ampulosidad y redundancia que no se encuentran en el estilo de ningún otro poeta catalán, en general sobrio y conciso, como á la naturaleza de nuestro idioma conviene. Tampoco se muestra Balaguer muy escrupuloso en cuestión de lenguaje: no siempre es todo lo puro y castizo que fuera de desear.»

Conque cuando en un prólogo escrito por

amistad dice el Sr. Pagés estas cosas, ¡qué tal será el estilo del Sr. Balaguer en catalán y cómo serán las poesías de D. Víctor!

En una dedicada á la Virgen de Montserrat dice:

«Tal com se veu á l'aliga orgullosa
En la roca mès alta fèr lo *cau*,
Tú la serra mès alta y mès hermosa
Vas escullir per ferne ton palau.» (1)

Donde el *cau* puesto por D. Víctor para significar el nido del águila, y principalmente para concertar con *palau* (palacio), es un disparate. Porque *cau* es cueva, madriguera, agujero; todo menos nido.

¿O es que cree D. Víctor que las águilas viven en madrigueras como los ratones?

En la misma composición dice á la Virgen:

«Ta grandesa senyora, no repare
Si avuy te parla en catalá ma veu» (2),

Y luego se las echa de muy amante del idioma catalán... y pide perdón por hablar en catalán, ¡como si fuera un caló despreciable!

Verdad es que esta tontería la ha corregido en la edición última.

Pues en otra composición que lleva fecha

---

(1) "Tal como se ve al águila orgullosa hacer la madriguera en la roca más alta, tú escogiste la sierra más alta y más hermosa para hacer allí tu palacio."

(2) «Tu grandeza, Señora, no repare si hoy te habla en catalán mi voz.»

de Madrid de 1873, hay una estrofa que dice:

«Quan se te l'ánima desfeta *á trossos*
Quan ja no 's trova pau ni deport,
Quan ja ab sa dalla *¡pam!* á la porta
Truca la mort» (1).

¡Pam! Este pam vale un mundo, con sus Academias y todo.

¡Pam! ¡Qué poético y qué delicado! Y luego parece que se está oyendo el golpe de la guadaña de la muerte llamando á la puerta.

Fuera de que la muerte no llama con la guadaña ni la guadaña se usa para llamar; pero... vamos.

¡Pam! No se me olvida el golpe.

En lo más sublime de una oda *¡pam..!* Es un *¡pam!* que despampana á cualquiera.

Pues en otra cosa escrita en 1881 se queja don Víctor amargamente, y dice:

«... l' enveja crua
M' ha mossegat, *filoxerant* ma vida» (2).

¿No es verdad que este *filoxerant*, *filoxerando*, tiene mucha gracia?

¡No está D. Víctor mala filoxera!... Para el catalán y para el castellano.

Siguiendo por este camino, el día menos

---

(1) «Cuando se tiene el alma deshecha á trozos, cuando ya no se encuentra paz ni placer, cuando ya con su guadaña ¡pam! á la puerta llama la muerte...»

(2) "La envidia cruda me ha mordido, *filoxerando* mi vida."

pensado nos vamos á encontrar con algún otro poeta-plaga, es decir, algún otro aspirante á académico, que diga *oidiando* ó *mildewiando*.

De todos modos, conste que si D. Víctor no escribe peor en catalán que en castellano, no es más que por una razón.

Porque peor no es posible.

XX.

Si de la misma manera que los modernos tratadistas de Derecho dividen las leyes en sustantivas y adjetivas, dividieran también la poesía los retóricos, ya sé yo á qué clase había de pertenecer la de usted, señor Núñez de Arce; á la segunda.

Porque toda ella es un puro adjetivo.

Y eso que yo no creo lo que cuentan de usted, que cuando se pone á escribir versos mete todos los adjetivos usuales en un bombo como los números de la lotería, y luego, dando vueltas al aparato, los va aplicando según van saliendo.

Como tampoco creo aquello otro que también he oído decir, lo de que no tiene usted más musa que la cesantía, puesto que cuando le dejan á usted cesante los demagogos se venga usted de ellos cantando en católico el *Idilio*, y cuando le dejan cesante los conservadores canta usted en impío *La visión de fray Martín*, y *La última lamentación de Lord Byron*.

No, señor D. Gaspar, yo no creo estas co-

sas, que á lo mejor no serán más que malos quereres.

Bueno que sea usted un poco voluble; digo, bueno no es, pero es verdad... Quería decir que aun cuando sea usted algo voluble en sus creencias, ó en la manifestación de ellas, y aparezca usted en sus versos unas veces cristiano y otras veces impío, eso de que no tenga usted más musa que la cesantía me parece un poco exagerado.

De todos modos, como quiera que es usted académico y poeta, y en los versos de usted hay sus ripios correspondientes, no puede usted menos de figurar en este libro.

Pero le advierto á usted que le voy á tratar con extraordinaria blandura; porque como usted, cuando llegó á ministro, dejó de saludarme, acaso creyendo que le iba yo á pedir algún destino gordo en Ultramar, no quiero darle á usted ni el pretexto más leve para atribuir esta crítica á resentimiento.

A no ser por esta consideración crea usted que le trataría con severidad; pero así... nada, esto no va á ser nada más que un rifi-rafe ligerísimo; casi, casi una jabonadura.

Vea usted por dónde una mala acción le va á producir á usted un beneficio, como al *quidam pètulans* de la fábula.

No crea usted que esto es llamarle á usted petulante, no señor, ¡Dios me libre!

Yo no soy como usted, que llama petulante

á *Maruja*, sin razón por cierto, cuando dice usted en el poema que lleva el mismo nombre de la chica:

«¡Por Dios, que estaba hermosa! Era su gesto
Tan *petulante* y vivo...»

Y digo que no tiene usted razón para llamar petulante á aquella mendiga infeliz porque es seguro que ella no dijo al criado aquello de «*te detesto*» que usted la atribuye. Si lo hubiera dicho sí que sería petulante de veras; pero no lo dijo ¿qué lo había de decir? Eso no lo dice ninguna rapaza de su edad y de su condición. Diría «no te quiero», si es que dijo algo.

Y ya que hemos hablado de *Maruja* y de su poema, le diré á usted que éste, sobre tener como todos los de usted, muchísimos adjetivos, tiene también muchísimos ripios de otra índole, más feos si cabe, como aquel de

«El *lento* río, el lago *sin espuma*.»

¿Qué falta hacía decir que el lago no tenía espuma, si ya había dicho usted que era *manso?*

Sin necesidad de decirlo, por supuesto, porque casi todo es manso en el poema de usted, incluso el conde.

A más de que el lago no gana gran cosa con no tener espuma. ¿Ó cree usted que en el lago el estar sin espuma es una buena cualidad como en el puchero?

También está mal que diga usted más adelante

«Dejar correr las horas *sin medida*»,

porque las horas no se miden, se cuentan... ó no se cuentan. Y tampoco está bien que llame usted *árido* á un árbol, como si fuera un arenal, y *ricos de color* á los días de los condes, como si fueran cuadros.

¿Y qué le diré á usted de aquello de

«Sus pláticas de amor encantadoras
Quiebra de pronto *el ardoroso trueco*»...?

Pues, en primer lugar, que no se dice *trueco*, sino trueque; pero ya sé que á usted le hacía falta el *trueco* para concertar con *eco*. En segundo lugar, que al trueque y al *trueco* les pega muy mal lo de *ardoroso*. Y en tercer lugar, que lo de *quebrar* las *pláticas* también es una quiebra... fraudulenta.

Más adelante dice usted hablando de la condesa:

«Cubre su seno *incitador*, *espesa*
Y *nívea* malla de *ligero* encaje
De donde arranca *alabastrino* cuello.»

Todo esto es mediano, D. Gaspar; no sólo por los muchos adjetivos, sino tambien por la poca sintaxis. Porque usted querría de seguro que el cuello *alabastrino* arrancara del seno incitador, y por falta de sintaxis arranca del encaje *ligero*, ó, cuando más, de la malla *nívea*... y espesa.

Y luego, si la malla podía ser *espesa* para

servir á la *condesa*, ya que no de abrigo, de consonante, y también podía ser nívea para llenar el verso segundo; pero después de haberla hecho usted espesa ¿para qué la quiso usted hacer de encaje *ligero?* ¿No veía usted que las dos cosas eran incompatibles?

El adjetivo *ligero* aplicado al encaje quiere decir claro, ralo; porque en el sentido natural, ó sea en oposición á pesado, todo encaje es ligero. Y si encaje ligero es encaje claro, ¿cómo, siendo *ligero* el encaje de la malla de la condesa, puede ser *espesa* la malla, que en resumidas cuentas es el encaje mismo?

Hay que pensar las cosas antes de escribirlas, señor Don Gaspar, y no poner los adjetivos así donde caen... (¡Si será verdad lo del bombo!)

Más abajo nos pinta usted á la condesa absorta y distraída, lo cual me parece que viene á ser lo mismo, y después de decirnos que no envidia, ni aborrece, ni ambiciona, en contradicción con lo que se desprende de otra página, dice usted:

«Y olvidada del mundo *como un preso...*»

¿Sabe usted que me hace gracia la comparación? ¡Comparar á una condesa boba con un preso..! ¿Y quién le ha dicho á usted que los presos estén olvidados del mundo?

A no ser que aluda usted á Vázquez Varela, que salía de la cárcel, ó á Millán Astray que

le dejaba salir, ó á los curiales que se empeñaban en que no se probara que salía...

También hace usted decir al conde

«*Rendimos* la *cerviz* al santo *lazo*.»

Y también está mal. Usted ha oído decir al santo yugo y eso está bien. Pero el *lazo* no es para rendir cervices. Lo mismo le digo á usted que á D. Manuel Cañete, cuando nos habló de «rendir el cuello al... fuego.»

Es extraño que usted, señor D. Gaspar, siendo de tan buena tierra, incurra en impropiedades de lenguaje, pero la verdad es que incurre usted muchas veces. Como cuando dice usted:

«Sabe Dios, á quien *tomo* por testigo...»

en lugar de *pongo*, que es lo corriente; cuando habla usted de emprender la jornada «*con* la fuerza del sol», en lugar de «*por* la fuerza ó *á* la fuerza del sol», y cuando dice usted «fiero *contra* esa pobre», en lugar de «*con* esa pobre».

Y no le quiero á usted decir nada de un «*te despido*,» muy prosáico y muy cursi con que el conde amenaza al criado Andrés García, ni del adjetivo *gallarda* muy mal puesto en boca de la condesa para calificar á una rapaza como un arbejo...

¡Ah! ni quiero decirle á usted, porque no hace falta, que aquello de decir el amo al criado que Maruja es

«Más chica que el dedal de tu señora»,

es imitación mala de lo de Campoamor:

«Más grande que la palma de la mano.»

Pues si dejamos á *Maruja* y nos metemos por *La pesca*... ¡no le digo á usted nada!

Allí sí que se pueden pescar truchas, ó dígase ripios, á bragas enjutas de poesía...

Habla usted del pensamiento humano, y dice:

«Que alzando *sin cesar su voz de trueno*
Forja en *su ardiente seno*...»

Lo cual me parece que es bastante disparatado, porque ni el pensamiento tiene voz de trueno, ni es ese el camino.

Después dice usted al mar:

«Pero más, mucho más que cuando *inmolas*
Y *abismas* en tus *olas*
La insolencia...»

Y ese *inmolas* será muy... consonante de *olas*, pero es muy impropio.

Como esto:

«El horizonte corta y se alza *enhiesta*
Sobre la *calva* cresta
Del picacho granítico, una ermita.»

¿*Calva cresta* dice usted? Pues crea usted que las crestas no pueden ser calvas, y que donde hay cresta no hay calvicie.

Vamos adelante:

«Desde el peñón *desnudo* y *solitario*
Que el *blanco* santu-ario
(Este guión es casi necesario)

Con su apacible majestad *abruma*,
Contempla por doquiera la *mirada*
La costa *acantilada*
Donde se estrella *con fragor* la espuma.»

¿No es verdad que esta estrofa es muy mala también?

Sí, señor. Porque, aparte de la profusión de adjetivos, ni se sabe si quiere usted que el santuario abrume al peñón ó que el peñón abrume al santuario, ni en el primer caso se sabe por qué el santuario, que, aunque sea *blanco*, no puede tener cuatro sílabas, ha de abrumar al peñón, y menos siendo *apacible* su majestad, al reves de lo que pasa con otras, ni la mirada contempla la costa, ni la costa contempla la mirada, ni *acantilada* es poético, ni la espuma se estrella *con fragor*, ni nada.

Y vamos á la estrofa XXI, que parece una almoneda de adjetivos:

«Y allí, donde *de pronto* se despliega
La *pintoresca* vega,
Siguiendo los contornos *desiguales*
De la *verde* montaña, *resguardado*
Por el peñón *tajado*
De *recios* y *furiosos* vendabales...»

Verá usted: *de pronto*, es un prosaismo. *Pintoresca*, es un adjetivo muy cursi, pero muy largo; casi da un verso él solo. *Desiguales*... ya ve usted, ¿qué remedio tenían los contornos más que ser desiguales? Como la monta-

ña tenía que ser *verde*, á lo menos en la primavera. Lo de que el peñón fuera *tajado* ya es más potestativo de usted, pero no hemos de discutir por tajadura más ó menos. Y los vendabales... sí, los vendabales, ó no son tales, como diría el Sr. Cánovas, ó tienen que ser *recios* y *furiosos*, por lo cual no hacía falta decirlo.

El *resguardado* no se ha sabido hasta ahora qué hace allí ni á quién pertenece; pero en la estrofa siguiente se llega á saber que se refiere á un pueblo que:

«Bajo el amparo de la Iglesia santa
Sobre la *cual levanta*
(Y esto nadie lo aguanta)
Sencilla cruz sus brazos redentores,
Sin que la sed de la ambición le aflija,
Humilde se cobija
Aquel pueblo de *honrados* pescadores.»

¡Sin que la sed de la ambición le aflija! No dirá usted que este verso no es un puro ripio desde la primera sílaba hasta la última.

Y además no es verdad. Porque también los pescadores tienen sus ambiciones, lo mismo que los académicos.

Después dice usted que

«Un joven pescador de piel curtida
Por el viento del mar, *áspero* y *rudo*,
Iba *nudo* por *nudo*...»

Aquí tenemos dos adjetivos entrecomados que no se sabe á quién corresponden: *áspero*

y *rudo*. ¿Quién es el áspero y rudo, el pescador, ó el viento del mar?

Usted podrá decir lo que quiera; pero el que lee sin estar en la intención de usted no lo sabe.

Y la estrofa que sigue también es medianilla.

Dice que el pescador de la piel curtida, *áspero* y *rudo*, si es que el rudo y áspero no era el viento del mar que le había curtido la piel, iba recorriendo la red

«Para coger *los puntos de la malla*
Que en *su* postrer batalla
Rompió, saltando el pez, vencido y preso
En la jornada del *pasado día*,
Cuando la red *crujía*
De la *copiosa pesca bajo* el *peso*.»

¡Mire usted que este verso último!

Es más que de pe pe y doble v, porque es de las tres pes, como decía un cirujano que eran los vecinos de su lugar: pobres, pocos y porreteros.

«¡De la *copiosa pesca bajo* el *peso!*»

¡Y luego el *crujir* de la red y el *pasado día*, y el pez *vencido* y preso en la jornada... ¡Cuidado que es malo!

Pero volvamos al pescador, y sabremos que

«Agraciada mujer, *viva* y *morena*...

(Sobre todo, viva).

En la *ingrata* faena
Le acompañaba, y *con secreto gozo*
A menudo *ligera como el rayo*,
Mirándole al soslayo
Orgullosa pensaba: ¡Es un buen mozo!
Y él al fijarse, *de impaciencia lleno...*»

Pero, ¿por qué? ¿Por qué ha de estar de *impaciencia lleno?...*

¡Ah, ya! Porque ella tiene un *redondo seno, redondo* ¿eh? que el *ceñido* jubón *reprime* y *tapa... Tapa* después, para concertar con *guapa*, porque si no... lo primero es tapar, y después reprimir. Y también ella está *muda de embeleso*, para que concierte con *beso*. Lo mismo que antes miraba al *soslayo* y, precisamente *ligera como el rayo*, para que concertara lo uno con lo otro.

Después

«Bajo su *tosca* y *natural* corteza...»

Tosca y natural, porque podía ser artificial y fina.

«Oculta la nobleza
De un corazón resuelto, *pero* sano...»

Resuelto, pero sano... De modo que usted cree que lo resuelto no es sano sino por excepción, como usted es progresista, pero poeta... ¡Vaya, vaya!

«Tres meses hace que *al sagrado lazo*
La ya vencida voluntad *rindieron...*»

¿Otra vez? ¡Dale con rendir al lazo!
No, señor; no: eso no se dice.

«Nunca vió la cantábrica montaña,
Honor y prez de España...»

¿Qué honor y prez, ni qué ocho cuartos? Lo que es eso es ripio, y nada más.

Para concertar con cantábrica montaña, *honor y prez de España*. ¡Como si las otras regiones no lo fueran tanto!... ¡O como si allí no hubiera liberales!

«El íntimo y verboso *cuchicheo*,
Semejante al *gorjeo*
De alegres aves...»

No, señor. ¿Quién le ha dicho á usted que el *cuchicheo* íntimo de los enamorados sea semejante al *gorjeo* de alegres aves? No se asemeja en nada más que en la terminación. Verdad es que esto era lo que á usted le importaba.

Más adelante hay unas *llenas ubres*, que son *demasiadas* para una vaca sola. Porque la vaca tiene cuatro tetas, pero ubre no tiene más que uno.

También hay unos *bellos*, que conciertan con *ellos*, pero que les sientan muy mal. Y unos *netezuelos*, que son nietezuelos á todas luces; y en cambio en *Maruja* hay un *ternísimo* que podía ser ternísimo.

Pero no es esto lo más académico, es decir, lo más malo; peor es aquello de

«Una tímida frase, ¡una tan *sola!*»

No, señor; una tan sólo, se dice en caste-

llano. Verdad es que para eso era menester que la *amapola* de más arriba fuera *amapolo*... y esto no podía ser. Pero si tenía usted absoluta necesidad de decir *sola*, hubiera usted quitado el *tan* y hubiera usted dicho «*una sola*». Eso se puede decir; pero «una tan *sola*» es sólo un disparate.

Después nos habla usted de un «amor *inofensivo* pero *punzante y vivo*» y.... consonante, como más atrás habló usted de otro «amor tan *inocente* como *vivo*»; y Rosa también era *viva* y morena... todo lo cual me parece que es abusar de lo *vivo*.

Y en fin, este poema es todo él muy malo, casi tan malo como *La visión de Fray Martín*, que no tiene pies ni cabeza... ni poesía.
Pero aun el *Idilio*, que es lo mejor que ha escrito usted, también está lleno de incorrecciones.

¡Y cuidado que es hermoso el *Idilio!*

Yo no sé si será verdad que ha plagiado usted el argumento. Lo que sé es que el *Idilio* es bellísimo.

Con decirle á usted que le he leído muchas veces, y todavía no le puedo leer sin que se me salten las lágrimas, me parece que digo bastante.

Pero siendo tan bello ¡qué prosaismos y qué ripios tiene!

Hay un verso que dice:

«Al cabo pude abandonar el lecho.»

¿Cree usted que esto es poesía?

«*Al cabo pude abandonar el lecho;*
Mas, ¡ay! *no sin despecho*,
Porque *á medida* que la sangre...» etc.

No, señor don Gaspar, no; eso es pura prosa.

¡Al cabo... no sin despecho... á medida!..

¿Y esto?

«Al pie, tendido en la agostada alfombra,
De un árbol cuya sombra
El sol calienta, pero no traspasa.»

¡Usted sí que traspasa los límites racionales del hipérbaton!

Y si no convenza usted al lector de que no está usted ahí tendido *en la agostada alfombra de un árbol.*

Nada; que eso es un logogrifo indescifrable.

Y aquel *prestóla*, consonante de *sola* de la estrofa VI, un prosaismo insufrible.

Y esto un ripio muy feo:

«¡Cuán hondo surco en mi memoria *labra!*
La primera *palabra*...»

Y no es la primera. Porque siempre que tiene usted que decir una *palabra*, se nos mete usted á labrador, y *labra* usted cualquier cosa: surcos ó disgustos; lo que cae.

Porque en *la Pesca*, tambien escribió usted:

«Si mi franqueza tu disgusto *labra*
No diré una *palabra*.»

Tampoco se libró el *Idilio* de la nube de

adjetivos que cae sobre todos los versos de usted.

¿Qué se había de librar, si hay estrofas que quitando los adjetivos se quedarían en nada? Como esta:

«*Rápidas* al pasar y *halagadoras*
Las *no contadas* horas
Nos hallaban *tranquilos* y *risueños*
Hasta cuando la noche *negra* y *fría*
Piadosa nos rendía...»

También hay una «confusión ruidosa *pero* grata». ¡Qué peros usa usted! Y una *loca cabalgaba* (lo *ca-ca*) que si no huele mal, por lo menos es muy mal sonante. Y un «*dándoles* gracias al cielo» que no concuerda. Y una emoción intensa y *viva* ¡dale con lo vivo! Y un arroyo que *proyecta* una torre en lugar de *reflejarla*, sobre lo cual podía usted hacer un cambalache còn su compañero de Academia D. Víctor Balaguer, el que hace á los cuerpos reflejar sombra.

De modo que con dos académicos se puede hacer un escritor regularcillo.

Todos estos defectos del *Idilio* y otros muchos que omito por no alargarme demasiado, se los perdonaría yo á usted en gracia de la belleza del conjunto. Lo que no le puedo á usted perdonar es que en la última estrofa, en lo más tierno é interesante del poema haya puesto usted este verso infame:

«*Grité* con *ansia inacabable* y fiera»,

donde están mal el *grito*, el *ansia*, el insufrible adjetivo *inacabable* y todo.

Se había muerto *ella*, volvía usted del estudio y dice usted:

«Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
A cuyos muros me llegué temblando,
Aguardábame sola y enlutada,
Mi madre idolatrada
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

La estreché desolado y convulsivo.
—¡Murió! ¿para qué vivo?—
Grité con *ansia inacabable* y fiera...»

¡Qué había usted de *gritar*, hombre! Ahí no se puede gritar. Es imposible. Gracias que se pueda sollozar, ó murmurar, ó suspirar, ó decir; pero gritar, nunca.

Y luego, con ansia *inacabable* precisamente...

Conque adiós, D. Gaspar. No dirá usted que no le he tratado con dulzura.

¡Ah! Y no se moleste usted en ir diciendo por ahí que no tengo gracia ni gramática, porque ya lo conocerá el público.

Las cosas que están tan á la vista no se deben contar á nadie.

¿Qué necesidad hay de decir, por ejemplo, que usted es bajito de estatura, si lo ve todo el mundo?

XXI.

(VERBOS EN CAZUELA.)

Llegamos al conde de Cheste, ó sea á don Frey Juan Manuel González de la Pezuela, que viene á ser el Prior, y aun el peor, en el conventículo antiliterario de la calle de Va-al-verde, número 26... Es decir, que llegamos á lo último.

Y aunque el conde de Cheste ha sido ya juzgado y condenado también como mal poeta en el libro de los *Ripios Aristocráticos*, con todo, por su condición de jefe de la Academia ó gran limpia-vocablos nacional, no puede quedarse sin ración en este libro, para que no haya lugar á decir aquello de que «el mejor danzante, sin castañuelas.»

Tiene costumbre el buen conde de Cheste, que es fino y cortés con todo el mundo, menos con la literatura, tiene costumbre de reunir en su casa, cada año una vez, á sus compañeros de disipación del idioma, para darles una cena y una velada literaria.

Y como el año no tiene más que trescientos sesenta y cinco días, y si es bisiesto trescientos sesenta y seis, el director de la Academia suele pasar por sus vacilaciones y perplejidades para señalar el día más á propósito.

Un año se había fijado desde luego y como por instinto en el día 28 de Diciembre; pero un periódico se apoderó de la noticia, observó que el día fijado era el día de los Inocentes, y celebró la buena elección ó la coincidencia.

Con lo cual tuvo el conde que alterar el programa, ó por lo menos adelantar la función veinticuatro horas, y anunciar la solemne deglución literaria para el 27 por la noche.

Que, si se tiene en cuenta que las fiestas religiosas comienzan desde la puesta del sol de la víspera, ya era día de Inocentes.

Verdad es que *día de inocentes* en el sentido que á esta palabra suele dar el vulgo, lo es cualquier día en que celebren fiesta los académicos.

Es de saber que la cena poco menos que histórica que anualmente da el conde á sus alumnos se suele componer de fiambres, ó sean manjares fríos, para que guarden alguna relación con los versos que de sobremesa se recitan.

Y como los versos, que naturalmente son fríos también, forman parte integrante, digámoslo así, de la cena, el de Cheste ha hecho alguna vez un exceso literario más, á fin de

que sus compañeros en esplendor comenzaran á cenar versos mucho antes de sentarse á la mesa de su casa: les ha escrito en verso el convite.

Ya saben ustedes que el conde-director ha hecho alguna vez que otra versos muy malos, como aquel de

«Yo fuí cordero de la santa *grege*,»

ó los otros que dicen:

«Venturoso mortal que amante guía
De María los pasos al altar.»

Lo que quizá no sepan ustedes es que el egregio conde siempre los hace así.

Y ahora díganme ustedes: un hombre, general ó particular, pues para estas cosas es lo mismo, un hombre que hace malos versos hablando verbigracia de la Virgen María, que es la criatura más poética y más hermosa, ¿qué versos será capaz de hacer metido entre pucheros, cacerolas y sartenes?

Van ustedes á verlo, porque entre amigos, como ustedes y yo, dice el refrán que con verlo basta.

La carta de convite empieza así:

«En Madrid donde resido,
Entre octavas del Ariosto,
Y no el veintiuno de Agosto,
Este engendro he producido.»

Bien que *engendro*. ¡Y es un engendro particular!... lo cual no deja de ser un caso nue-

vo, á primera vista, siendo su padre, como es, general á todas las vistas exteriores.

Desde luego habrán notado ustedes que el poeta, llamémosle así, se propone imitar á Baltasar de Alcázar en su célebre cena jocosa; y como aquélla empieza:

En Jaén donde resido,

no ha necesitado el conde-marqués-general-académico más que poner *Madrid* donde dice *Jaén*, para que le saliera bien el primer verso.

Mas en el segundo verso de Alcázar

Vive don Lope de Sosa,

que sin duda no debía ser amigo del conde de Cheste, quien, por ver de desalojarle de la habitación, ha metido en ella un nuevo inquilino, que fué gran poeta, pero que traído á vivir donde ha querido el conde, no es más que un ripio, vamos, un individuo degenerado de la familia de don Lope, es decir, de Sosa.

Lo que tiene muchísima gracia es el otro verso, digo, el otro ripio que sigue (porque en las estrofas del conde los ripios se cuentan por versos), en donde el conde pone una especie de fecha negativa, diciendo que no escribe el 21 de Agosto, ó que no reside en Madrid el 21 de Agosto, porque de ambas maneras puede entenderse.

Y vean ustedes, antes que se me olvide, otra cosa particular de los versos del general, que generalmente parece que se pueden

entender de tres ó cuatro maneras distintas, y luego no se entienden de manera ninguna.

Volviendo al 21 de Agosto, notarán ustedes que, á pesar de ser un ripio muy feo, casi no es tan feo como el de las octavas de el autor *Orlando*.

Porque éste no se sabe por qué ni por dónde ha venido, mientras que el veintiuno de Agosto tiene ya alguna razón de ser, aunque sea mala, que sí lo es; la de concertar con el autor de *Orlando*.

Y digo que es mala, porque, aparte de ser una simpleza el andar buscando en los versos palabras consonantes, vengan ó no vengan á pelo, ni aun admitida esta simpleza había necesidad de sacar de su casa y obligar á hacer un viaje de cuatro meses á ese desgraciado día veintiuno de Agosto.

Si D. Juan Manuel creía indispensable convidar á Ariosto á su cena (aunque no se lo ha de haber agradecido), ¿qué mejor que haberle ofrecido lisa y llanamente un vaso de *mosto?* ¿Cuánto más adecuado consonante era éste que no el mes de Agosto, tratándose de una cena, y siendo en invierno por añadidura?

Porque, aun cuando en el invierno no suele haber mosto, también al vino formal se le llama mosto por extensión, porque lo fué en su día.

Lo mismo que á algunos académicos formales se les puede llamar por la misma figu-

ra malos poetas; porque lo fueron en sus juventudes.

Y además lo continúan siendo.

Pero dejándonos de digresiones, no estará de sobra decir á ustedes que se ha suscitado una disputa, casi un certamen, entre los académicos, sobre cuál es mejor de estas dos redondillas; la copiada del de la Pezuela ó esta otra muy primaveral y muy conocida:

«Hermoso jardín es este.
¡Calla! Una estatua... Es Minerva...
¡Y cómo crece la hierba
Con este viento Sodoeste...»

Las opiniones han estado divididas, y el caso no era para menos; mas al fin parece que por agradecimiento al conde que les dió de cenar, los esplendorosos señores han decidido el caso en favor de la primera redondilla pezolana.

De la primera corresponde pasar á la segunda, y ya es hora; porque ya la primera nos ha ocupado un rato bien grande.

Y vean ustedes lo que son las cosas, y los generales en verso.

Generalmente se dice que el mérito de los buenos escritores consiste en decir mucho en pocas palabras.

Pues bien: el conde de Cheste, no diré yo que en pocas palabras diga mucho.

Pero da que decir.

Descansado como debió quedarle al señor

conde el entendimiento después de haber *producido* el *engendro* de atrás, continúa:

«El cual...»

Este *el cual* no se sabe á punto fijo si es Madrid, ó si es Ariosto, ó si es Agosto, ó si es el engendro del conde de Cheste. Pero demos por supuesto que sea el engendro, y sigamos:

«El cual recordaros debe
Que el martes, *á pie ó en coche...*»

Este inciso de *á pie ó en coche* es muy importante, es decir, muy ripio, como luego verán ustedes. Se adivina que va á venir la noche. Más que adivinarla, se la ve venir.

Pero adelante; porque si damos en reparar en pequeñeces, el análisis de la carta del conde va á durar medio año. Adelante:

«El cual recordaros debe
Que el martes *á pie ó en coche*,
A las siete de la noche

(Ya vino la noche).

Vengáis á mi *Parasceve...*»

La palabra no es adecuada, pero al conde le pareció erudita, y, por si no encontraba mejor ocasión de encajarla, la encajó aquí.

«Y que hoy suena mi almirez
En la calle de Pizarro,
Donde *lo* ha mudado el carro,
Junto á la esquina del Pez.»

¡Buen pez está el conde! Habrá creído él que iban á exclamar aquí los lectores y comentaristas.

Pero se equivoca. Por mi parte no estoy dispuesto á llamar á su excelencia *pez* simplemente. En todo caso será un pez con esquinas.

Por lo demás, el almirez del conde debe ser un almirez muy grande, quizá mayor que su falta de numen; como que ha sido menester un carro para mudarle.

Y la verdad es que un almirez colocado en uno de esos enormes carros de mudanzas y viajando de incógnito de una calle cualquiera á la calle de Pizarro, no deja de ser una imagen poética de primer orden.

No menos poética es la idea de llamar á comer á los académicos á son de almirez.

¡Ya, ya!

Si como es moderado impenitente y casi irresponsable el señor conde, fuera progresista, y, á pesar de serlo, progresara, para el año que viene llamaría á sus hermanos á cenar á son de caldero.

Pasemos por encima de otra redondilla, un si es no es más mala que las tres anteriores, en la que, para poder decir impunemente que el pueblo es *católico*, pide prestado un *cólico* á la medicina, y detengámonos en la quinta, que dice:

«Y yo, *porque no haya engaño*,
Lo que á daros voy diré;
Y así mejor os traeré
A mi cena de *este año*.»

Y aquí sí que pasa otra cosa particular.

Aparte de lo antipoético del conjunto, tiene de raro esta cuarteta que entre el *engaño* del primer verso y el *este año* del cuarto no se acierta á decir cuál es más ripio, porque tan de sobra están uno como otro.

Lo del engaño bien demás estaba, porque á nadie se le había de ocurrir en la vida que podía ser engañado por el conde, y lo de que el convite es para la cena de *este año*, tampoco se le ve la necesidad; pues aunque la generalidad de los académicos no pecan de listos, no hay que hacerles tan tontos que fueran á creer que se les convidaba para la cena del año pasado.

Vuelvo á mirar el engendro del conde con objeto de estudiar otra redondilla, y se me ocurre una observación.

Suele llamarse generalmente á los malos versos renglones desiguales; pero estos versos del conde de Cheste, á pesar de ser general el autor, tienen la particularidad, no de ser malos, que esto no es particular en los versos del conde, sino de ser casi iguales de largos á la simple vista, que es la única vista que se debe emplear en semejantes versos.

Al menos así resultan en la edición que de ellos ha hecho *La Epoca*, que, dada la cualidad de malos que los versos tienen, no podía menos de publicarlos.

La Epoca los ha publicado con lujo, en una

columna muy ancha, y allí resultan las redondillas del conde tan iguales y tan hermosas (á la simple vista, se entiende), que parecen adoquines nuevos.

Hecha esta observación, vamos adelante por el empedrado.

En la siguiente piedra, labrada en forma de cuadrilátero, reniega el conde de la fe de Baltasar de Alcázar, después de haber renunciado á su inspiración poética, como don Simplicio á la mano de doña Leonor, y dice:

«Hoy no está la devoción
En vinillo viejo ó nuevo;
Y no uso á lo que bebo
Echarle la bendición.»

No, ya se conoce; ni á lo que usted escribe tampoco.

Porque si hubiera usted echado la bendición á esas redondillas, por poco que valiera la bendición de usted, era imposible que hubieran salido tan malas.

Venga otra:

«La morcilla oronda y rica
No en mi mesa se permite,
Que la morcilla repite,
Y el través y enjundia pica.»

Conque la morcilla repite ¿eh? Lo que repite es la *poesía* de usted, señor conde. Caso de que sea poesía, que no lo es sino en el sentido más innoble de la palabra.

Vaya. Allá va otro regüeldo poético de su excelencia:

«En su lugar un pescado
Del mar ó si no de *balsa*...»

Es verdad; ó sino de río. Sólo que el río no concertaba con la *salsa* que viene detrás en forma de consonante y que siendo salsa aderezada por el conde, dicho se está que ha de ser una salsa muy sosa.

Después entra el conde, sin salir por supuesto de los adoquines, á referir una discusión habida en la Academia entre D. Manuel Cañete y D. Manuel Silvela sobre la definición de la *cacerola*.

Las redondillas en que esta discusión describe el conde, son muy malas; pero la discusión creo que fué peor, si cabe, que escasamente quepa.

El más ministro de los dos Manueles parece que disertó largo y tendido sobre la cacerola, vomitando (estilo poético del de Cheste), tal abundancia de noticias desconocidas que el mismo D. Antonio Cánovas se medio asustó y dijo al académico que estaba á su lado: ¡Hombre! *¿Haz vizto* qué erudito *ez ezte* tonto?

Es imposible seguir al conde adoquín por adoquín en toda su poesía culinario-pedresca, porque es muy larga. Voy á concluir copiando la última redondilla, que dice así:

«Mas la pintura *galana* (¿?)...

El octavo... no levantar falso testimonio ni mentir, señor conde.

«Mas la pintura *galana*
Que os hago, me pone enfermo...»

No es extraño. Pero si al conde le pone enfermo, figúrese lo que nos pasará á los lectores que no somos de la Academia.

«Mas la pintura *galana*
Que os hago, me pone enfermo...
Las diez van á dar; me duermo:
Quédese para mañana.»

No hay inconveniente.

Y mejor todavía que para mañana, para nunca.

Es de notar que el conde-académico se ha dormido una hora y algunos minutos antes que Baltasar de Alcázar.

Pero por eso no hemos de reñirle.

De ninguna manera.

Aunque se hubiera dormido su excelencia un poco más temprano, nada hubiera perdido la literatura.

XXII.

CONCLUSION.

No dejará de haber lectores compasivos que hayan encontrado estas críticas demasiado acerbas. Mas para que reformen su juicio y las tengan por justas, yo les ruego que consideren la enormidad de los desatinos criticados. Y si no es bastante, consideren también que los académicos, que han hecho la carrera por la literatura, y se han subido á los puestos más altos aparentando condiciones que no tienen, y fabricándose allá entre ellos reputaciones convencionales, no merecen que nadie les tenga lástima. *Stulta est clementia*, como dijo Juvenal (1) *stulta est clementia cum tot ubique vatibus occurras...* lo cual quiere decir que es una tontería compadecerse de semejantes poetastros.

También habrá lectores mal pensados que

(1) *Satyra* I.

comparando el número total de académicos, que es de tres docenas, con el número de los criticados aquí, que apenas pasa de una, me tachen de parcial y de injusto. Para probarles que no lo soy, necesito explicarles las excepciones.

Corre como verdad entre la pobre gente campesina, que para comer una culebra sin que haga daño, es menester cortarla cuatro dedos por la cabeza y cuatro por la cola.

Así he querido yo preparar la culebra académica antes de aderezarla para servírsela al público.

En primer lugar, la he cortado los cuatro dedos por la cabeza, separando los cuatro académicos siguientes:

1.º Don José Zorrilla. De este ilustre poeta no tenía nada que decir: He escrito su biografía crítica para la galería de *Celebridades Contemporáneas*, y allí he juzgado lealmente sus obras. Allí puede el que lo desee conocer mi juicio sobre el poeta español y cristiano.

2.º Don Ramón de Campoamor. También es verdadero poeta, aunque de distinta índole. Derrocha el ingenio y la gracia en sus versos que son muy hermosos. ¡Ay! Ojalá que el fondo de sus composiciones fuera siempre tan sano como es bella la forma.

Lamartine dijo: «Toda poesía que no se resuelve en filosofía, no es más que un ju-

guete. Toda filosofía que no se trasforma en santidad, no es más que un sofisma.»

Don Ramón de Campoamor, cumple perfectamente la primera parte de este canon; pero no suele cumplir tan perfectamente la segunda. La poesía de don Ramón de Campoamor, siempre se resuelve en filosofía; pero su filosofía no se trasforma en santidad siempre.

No es anticatólico, no es sectario de la irreligión ni de la impiedad, pero por no renunciar á tal ó cual ocurrencia graciosa y aguda, aparece en ocasiones un poco verde, en ocasiones un poco escéptico. Se lo he criticado muchas veces, pero no acaba de enmendarse.

3.º Don Emilio Castelar. Tiene mucho talento y sabe mucho. No ha escrito versos, á lo menos yo no los he visto. Escribiendo en prosa no es puro del todo, pero como orador no hay quien le iguale. Extraviado en su juventud, comenzó poniendo sus grandes facultades al servicio de la demagogia. Cuando al gobernar tocó los terribles resultados prácticos de su mala doctrina, tuvo la sinceridad de confesar su error. Desde entonce va recogiendo velas y cambiando de rumbo. ¿Llegará al puerto de la verdad? ¡Dios lo haga!

4.º Don Cristino Martos. Otro gran orador político, puesto también al servicio de los errores liberales. Tampoco ha escrito versos. Además, ni éste ni los otros tres académicos anteriores, han tomado en serio el oficio.

Por el otro lado, por la parte opuesta, también hubo que cortar á la culebra académica otros cuatro dedos.

Comelerán, Pidal (el mayor), el conde de Casa Valencia, Don Francisco Fernández y González... ¿Qué iba yo á decir de estos cuatro académicos, si no se les conoce obra ninguna, ni han hecho nada, ni bueno ni malo?

Al primero, dice el señor Castelar que fuí yo quien le llevó á la Academia, y lo dice porque sabe que le llevaron Cánovas y sus amigos por odio no más á mi humilde persona, porque fue el que les sirvió para firmar con el barbarismo de *Quintilius* los artículos que confeccionaban hace tres años Tamayo, Cañete, D. Aureliano, y el mismo D. Antonio para defender el *Diccionario* contra mis censuras.

Al segundo, le hicieron académico porque lo había sido su padre D. Pedro José Pidal, y él no quería ser menos.

Al tercero, le hizo académico el mismo que le había hecho ministro, D. Antonio Cánovas, su cuñado, cuando no lo era todavía.

Al cuarto no se sabe por qué le hicieron académico, quizá porque no hubiera otro pretendiente.

Separados estos ocho académicos, cuatro por delante y cuatro por detrás, quedaban veintiocho, de los cuales he estudiado los trece siguientes: Menéndez Pelayo, Pidal (el

menor), Cañete, Fernández Guerra, Echegaray, Madrazo, Silvela (el mayor), Valera, Cánovas, Catalina, Balaguer, Núñez de Arce y el conde de Cheste.

De los otros quince.... la verdad es que debí separar todavía por la parte última al ingeniero D. Eduardo Saavedra y á don Eduardo Benot, ambos desconocidos en el reino literario, que no sé por qué se ha de llamar siempre república.

Y también debí haber separado por la parte de la cabeza á D. Gabino Tejado, al padre Miguel Mir (S. J.), á D. Francisco Silvela y aun á D. Pedro Antonio de Alarcón, por aquello de que *favorabilia sunt amplianda.*

El primero, el señor Tejado, escribió versos en su juventud no buenos del todo; pero merece perdón porque es un gran prosista. Ha escrito muchos y excelentes artículos en galana prosa, y siempre en defensa de la causa de la verdad, lo que es miel sobre hojuelas.

El padre Mir no ha escrito versos. Escribe una prosa muy correcta, pero un poco artificial y arcaica: se revela en ella demasiado trabajo y demasiado estudio.

D. Francisco Silvela, buen abogado y buen orador político; intencionado y frío como él solo. No ha escrito versos. En prosa tampoco sé que haya hecho más que el estudio sobre las cartas de la Venerable Agreda que está bien escrito. No es obra que revele un escri-

tor de profesión con estilo propio, pero es obra formal y discreta, como de un hombre de talento; y aunque no está exenta de faltas, no merece ser criticada en burlas.

D. Pedro Antonio de Alarcón antes de entrar en la Academia era un escritor muy ameno, de imaginación lozana, de mucho ingenio y de estilo, aunque no del todo castizo, bastante agradable. Sus novelas cortas y sus viajes se leen con deleite. Como poeta también es mucho mejor que dos por lo menos de los tres que ha escogido el señor Boris de Tannemberg para la terna de poetas menores. Después de entrar en la Academia se contagió, se amaneró, quiero decir, y hacía una prosa tan llena de paréntesis, que resultaba ininteligible. Ahora está enfermo, y pido á Dios que le dé salud si le conviene.

En lo que queda del cuerpo de la culebra académica después de estas últimas segregaciones, tenemos á D. Manuel del Palacio, académico nuevecito. No es un poeta como Zorrilla ó Campoamor, pero es poeta. Ha escrito muchos versos que valen poco, pero tiene composiciones muy estimables. Más que por la inspiración se ha distinguido por el ingenio.

El señor Castro y Serrano ni es poeta ni como prosista es notable, pero no es malo.

El duque de Rivas y D. Leopoldo Augusto de Cueto, son un par de malos poetas de pri-

mer orden; pero ya llevaron una buena carda en el libro de los *Ripios Aristocráticos*, y no había necesidad grave de volverlos á cardar ahora. Verdad es, que también el conde de Cheste había sido juzgado allí y ha vuelto á llevar aquí otro rifi-rafe; pero no es lo mismo, porque el conde de Cheste es nada menos que Director de la Academia, y preterirle por entero en un libro de RIPIOS ACADÉMICOS hubiera producido escándalo.

D. Benito Pérez Galdós, ha tenido mucha vocación de académico. Tanta, que después de haber sido una vez candidato y haber sido pospuesto á Comelerán ¡á Comelerán! todavía entró en la Academia. No es poeta ni presume de tal, y aun para poder calificarle de novelista hay sus más y sus menos. Los liberales le han alabado mucho, porque tiene algo de intención anticatólica.

Tamayo y Barrantes tienen en sus obras muchos ripios y muchos plagios; y Rubí... no se diga. Yo no sé cómo pudo pasar por poeta allá en sus tiempos. Aunque también pasó Camprodón, y también hubiera entrado en la Academia si hubiera tardado en morirse.

Estos últimos bien merecían cada uno su artículo; pero ya no caben más en este tomo.

¿Haré otro para ellos? Quizá sí, quizás no, ¿quién sabe?

Merecer es verdad que lo merecen; pero no creo que esté escrito en ninguna parte

que yo precisamente haya de corregir todos los ripios.

¡Bah! Si yo, débil mortal, hubiera de flagelar á todos los que han escrito y escriben disparates, pronto se me gastarían las disciplinas y la fuerza para manejarlas.

Como que del jefe de los dioses dijo Ovidio:

Si quoties peccant homines sua fulmina mittat,
Jupiter, exiguo tempore inermis erit.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
I	5
II	17
III	29
IV	37
V	49
VI	61
VII	75
VIII	89
IX	97
X	109
XI	123
XII	137
XIII	147
XIV	159
XV	171
XVI	183
XVII	191
XVIII	203
XIX	217
XX	229
XXI VERBOS EN CAZUELA	245
XXII CONCLUSIÓN	257

267

PROTESTA.

Si alguna cosa apareciese en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

El Autor.

6

Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa
de José Cruzado,
el 14 de Mayo
de 1890.

—

BINDING LIST DEC 1 1943

LS
V1397ra

Valbuena, Antonio de
Ripios académicos.

417619

DATE

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET